

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — Tomo XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

AÑO 31. — Nº 1,025.

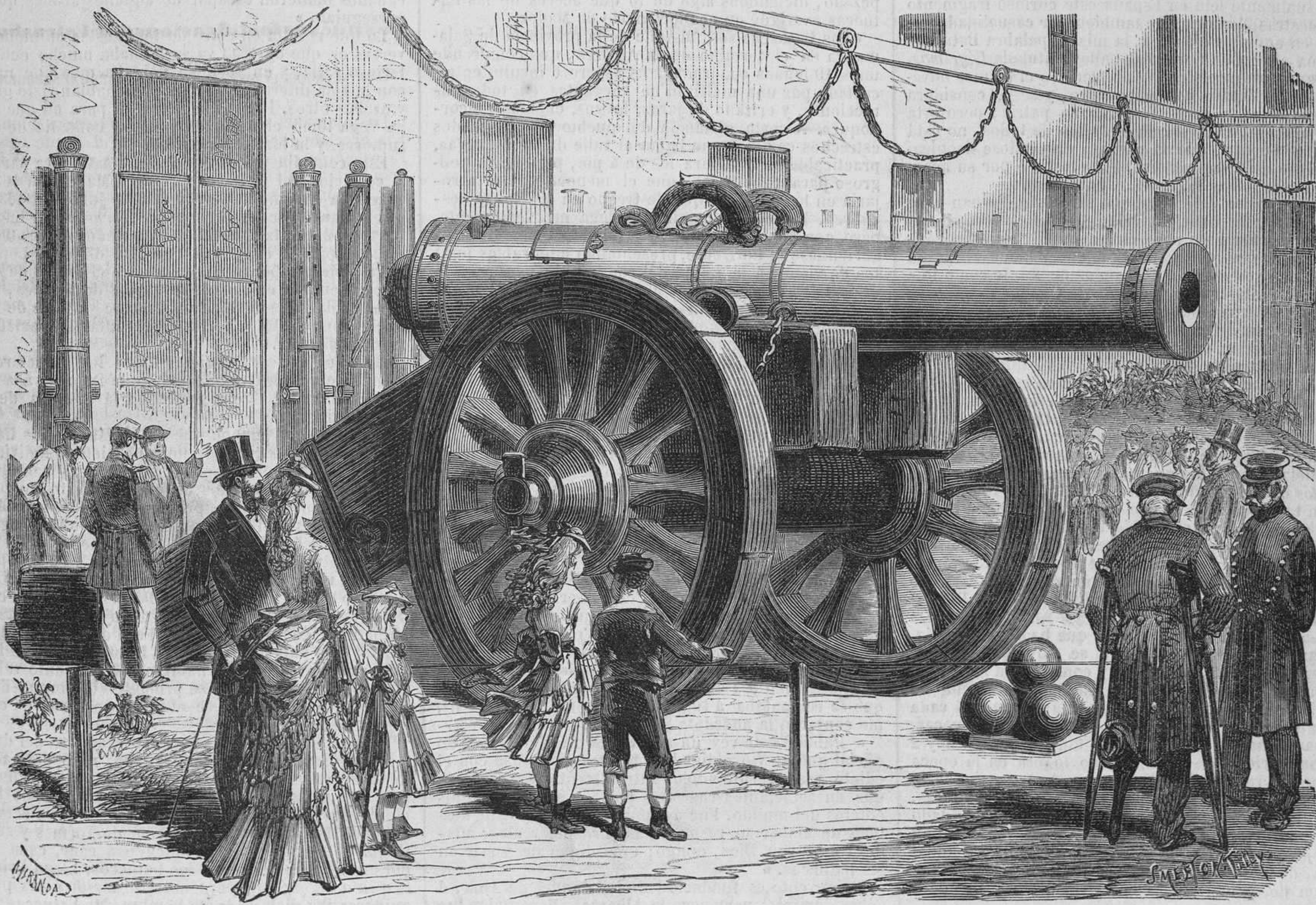
SUMARIO.

El cañón de Metz; grabado. — **Las Bateucas.** — **Viajes:** **La isla de Pascua;** grabados. — **Revista de París.** — **Poesía.** — **París pintoresco;** grabados. — **Sucesos de España;** grabado. — **Estudios históricos.** — **Paseos arqueológicos;** grabados. — **Experiencias hechas con la dinamita en el fuerte de Issy;** grabados. — **¿Qué hará de ello?** — **Restauración de los edificios incendiados por la Commune;** grabado.

El cañón de Metz.

El Museo de Artillería de París ha sido trasladado de Santo Tomás de Aquino al cuartel de los Inválidos. Casi todas las bocas de fuego que adornaban el vestibulo del Museo, las piezas tomadas en Argel y en San Juan de Ulloa, y las bombardas abandonadas por los ingleses en 1422, al frente de la plaza de Meaux, se encuentran hoy en el *patio de Angulema* que prece-

de al *patio de la Victoria*; y la famosa cadena, con la cual los turcos, que hacían el sitio de Viena, aseguraron el puente de barcas que les facilitaba las comunicaciones de una orilla a otra del Danubio, después de haber adornado con sus inmensos festones de hierro las cornisas del vestibulo de Santo Tomás, constituye hoy el mismo ornato en las paredes del patio de Angulema, a la altura del piso principal. Además, al rededor del mismo patio se ven cañones antiguos, algunos de ellos de colosales proporciones.



PARIS. — Traslacion del cañón de Metz al nuevo Museo del cuartel de los Inválidos.

Este patio, que puede considerarse como el gran vestibulo del nuevo Museo, está bien cuidado y tiene verdes céspedes que alegran la vista. Las bocas de fuego se hallan á derecha é izquierda en todo su largo, y las defiende de la indiscreta curiosidad del público un alambre formando balaustrada.

Entre esas bocas de fuego hay una que llama la atención mas que ninguna otra, y es el famoso cañon tan admirado en Santo Tomás de Aquino, y que se conoce bajo el nombre de *cañon de Metz*.

Trabajo ha costado trasladarle, habiéndose necesitado ocho caballos para arrastrar el carro en que le pusieron para su traslación. Con efecto, esta pieza de artillería, fundida en 1520 por Simon Gosmich, y una de las mas gruesas que hay en el mundo, pesa 23,000 kilogramos. El cañon de Metz está hoy visible todos los días en los Inválidos. L. C.

Las Batuecas.

CARTA DE M. ANTONIO DE LATOUR, Á JORGE SAND, TRADUCIDA POR LUIS COLOMA.

Leyendo un día la historia de vuestra vida, que no es seguramente la menos interesante de las novelas que habeis escrito, encontré este párrafo :

« Teniendo yo unos diez y seis ó diez y siete años, lei un libro de la condesa de Genlis publicado en tiempo de la Restauracion, cuya lectura me impresionó vivamente entonces, y despues influyó en toda mi vida; nada he vuelto á saber de este libro, que era una novela eminentemente socialista, titulada *las Batuecas*.

» Las Batuecas son una pequeña tribu que ha existido real ó imaginariamente en un valle español, cercado de montañas inaccesibles; no sé por qué serie de acontecimientos se encerró esta tribu en aquel lugar, en que la naturaleza le ofrece todos los recursos imaginables, y en el que hace muchos siglos se perpetúa, sin tener contacto alguno con la civilizacion ordinaria. »

Conozco esta novela que Mad. de Genlis dedicó á mi viejo amigo el conde de Montesquieu, á quien la autora llamaba entonces su jóven amigo; y está efectivamente sazónada con un grano de inocente socialismo, que os basta para hacer notar al lector, con una malicia no exenta de gracia, que recibisteis vuestras primeras lecciones de filosofia social de la antigua aya del rey Luis Felipe.

Casualmente leía en España este curioso fragmento de vuestras Memorias, y tambien por casualidad tropecé en aquellos días con la misma palabra Batuecas en una novela de Fernan Caballero titulada *Lágrimas*. No ignorais que Fernan Caballero es el primer novelista de la España contemporánea, y se le considera por eso como el Jorge Sand de su patria; pero esta comparacion, que está en el ánimo de todos, no está en el de Fernan, que la rechaza creyéndose lisonjeado, no sé si por su exagerada modestia ó por su acendrado españolismo, es decir, catolicismo.

En esa novela *Lágrimas*, que he citado, Fernan hace con mucha frecuencia alusion á las Batuecas. Interrumpe su narracion para dirigir la palabra á un cándido lector que supone en el lejano y bienaventurado valle, que vos estais á dos dedos de mirar como una creacion fantástica de madama de Genlis.

Cuando Fernan se sirve en su libro de una palabra moderna, se detiene para definirla á su buen lector de las Batuecas; si habla de alguna moda nueva, de alguna costumbre poco comun, las explica con una ironia llena de finura y de gracia á su sencillo lector, que seguramente no las comprendería de buenas á primeras. Le dice, por ejemplo : « Lector de las Batuecas, mi buen amigo, por razon natural tú no sabes lo que es fashionable (que se pronuncia *fachenable*). Consuélate con saber que conocemos á mas de cuatro *pseudos* que usan muchísimo esta intrusa voz y no lo saben tampoco : asi es que la suelen aplicar á la manera que guiso un amigo de tierra adentro unas ostras que mandaron de un puerto de mar, y fué con las conchas y en arroz, como las almejas. Te lo vamos á explicar, no sea que te suceda como á un amigo nuestro que estuvo tres días buscando en el Diccionario de la Academia la palabra *pot-pourri*, etc., etc. »

Creo firmemente que Fernan, que ha visto Francia, que gusta de sus escritores y se alimenta con sus obras, habrá leído, como vos y como yo, la novela de la condesa de Genlis; pero como todo el mundo no ha leído en España las obras de esta autora, y á cada instante oia en la conversacion la palabra Batuecas, en esa forma de proverbio que tan familiar es hoy á los compatriotas de Sancho como lo era en la época en que Cervantes escribía, me preguntaba si habria en efecto Batuecas y dónde estarian estas Batuecas. Cualquiera Diccionario de geografia me hubiese dado la respuesta, pero no siempre se piensa primero en el mejor medio, y en la patria adoptiva de Cristóbal Colon, donde yo me encontraba, á cada instante hay ocasion de aplicar y de explicar la célebre anécdota del huevo.

Justamente tenia en mi poder el Diccionario en diez y seis tomos del excelente Madoz, Diccionario que el gobierno repartió á todos los empleados, en desquite del atraso de sus sueldos. Admirable receta de que se podría sacar gran partido en nuestra patria, donde hay tantos economistas que escriben libros que nadie compra.

Pero en vez de recurrir á la letra B de este excelente diccionario, apelé á otro diccionario vivo, y fué este Fernan. Fernan, cuya pluma es tan diligente como impresionable su corazon y perspicaz su talento, tuvo la bondad de contestarme :

« ¿ Con que me pregunta Vd. por las Batuecas?... Son mi ideal, mi esfinge; dicen que son un eden. Pero no sé cuántos años hace que pregunté si las han visto á todos los que viajan, militares, peregrinos, arrieros, y ninguno me da razon de ellas : yo creo que solo los pájaros podrían dármele, y estos no quieren. Si yo fuese valiente, ya me hubiese ido en busca de las Batuecas por esos mundos de Dios, como Cristóbal Colon en busca de las Américas. Creo que el paréntesis en que se ocultan ha existido siempre, porque hay un proverbio que dice, hablando de una persona distraida é ignorante de lo que pasa en el mundo : « Parece que viene de las Batuecas. » Es, pues, cierto que este rincón existe, y como creo que las ideas revolucionarias y anti-religiosas no habrán llegado allí todavia, me iria de buena gana á pasar en el la primavera. Creo tambien que la ausencia de caminos y comunicaciones, y el alejamiento en que las Batuecas se encuentran de los grandes centros de la poblacion, han sido la causa de este bienhechor aislamiento. En cuanto al dicho de « venir de las Batuecas, » data de muy antiguo, y es tan familiar á las gentes instruidas como á las del pueblo. »

Esto me decía Fernan, y notad, señora, que tampoco á él se le ocurrió, ni por un momento, abrir el Diccionario de Madoz. Pero lo cierto es que Fernan no partió para las Batuecas, y la primavera en que me escribía esto la pasó, como las precedentes, en su torre del Alcázar de Sevilla. Despues de todo, ¿ qué hubiera ido á buscar á aquel solitario valle? ¿ Acaso argumento para una nueva novela?

Vosotros, los novelistas, encontráis siempre los argumentos á la puerta: estos infatigables navegantes del océano del alma, estos atrevidos explotadores del mundo moral, son raras veces aficionados á correr los nuevos continentes, y apostaría cualquiera cosa á que vos, que tantas tierras desconocidas teneis descubiertas en las profundidades del corazon humano, no habeis añadido jamás la mas pequeña isla á los dominios del universo visible. Ya os contaré mas adelante quien tuvo la audacia, ya que Fernan Caballero no lo hizo, de ir á plantar su bandera en el corazon de las Batuecas. Para tal empresa se necesitó nada menos que la nieta del conquistador del Perú.

Mientras tanto acabaré por donde debía haber empezado, diciéndoos algo de lo que acerca de las Batuecas averigüé en el Diccionario de Madoz.

« Las Batuecas son un valle de la provincia de Salamanca en el término de la Alberca, que comprende unas 10 leguas cuadradas, es áspero é inculto entrecortado por una multitud de gargantas en todas direcciones, y erizado de jaras, brezos, encinas y alcornos. A corta distancia del pueblo arrancan dos estrechos caminos que bajan al valle de las Batuecas, practicable el uno para los de á pié, pero harto peligroso para caballerías, que el menor tropiezo arrojaría en los abismos que de trecho en trecho se descubren. Por el otro camino se llega mas lentamente, pero con mas seguridad, y á medida que se baja va abriéndose el horizonte, presentando admirables puntos de vista : á la mitad del camino hay una cruz, la de San José, desde donde abarca la vista al fondo del valle fertilizado por un caudaloso arroyo que forman los afluentes de la montaña. A lo largo de este arroyo se extiende una magnífica calle de cedros y cipreses seculares, que conduce á un convento magnífico en otros tiempos, arruinado hoy, sin mas habitantes que la familia de un guarda que vive del producto de sus colmenas. Todavía se descubren en este desierto los vestigios de unas 15 ermitas, que eran como los puestos avanzados del edificio principal; segun cuentan, en estas era donde el obispo de Salamanca hacia en otros tiempos expiar sus debilidades á aquellos de sus sacerdotes que habian dado algun escándalo público. Pero el convento desmantelado y arruinadas las ermitas, han cesado ya de ser una penitenciaría eclesiástica. »

Solo resumo aquí las dos ó tres columnas del Diccionario de Madoz, y despues de haberlas leído ya no temí que se riesen á mi costa y me preguntasen si volvía de ellas cuando pedía á todo el mando noticias de las Batuecas. Hablaba, pues, sin recelo, de esta materia delicada, y adquirí la certidumbre de que este proverbio era antiguo en España. Para probarme que se remontaba á tiempos anteriores á Carlos III, me contaron la anécdota siguiente :

« Publicó este rey un edicto contra el duelo, y un oficial que se vió obligado á batirse se excusó con el edicto real, resultándole naturalmente los disgustos que en semejantes casos no pueden evitar todos los edictos del mundo. Fué á quejarse al rey, y este, despues de alabar su respeto á las órdenes reales, añadió : « Vé con Dios, amigo; eres digno de servir en las Batuecas. »

El convento es fundacion de los duques de Alba, á cuyos dominios pertenece la Alberca. ¿ Pero quien fué

el primero que descubrió este valle, que vino á dar origen al dicho popular? Es probable que naciera de una comedia de Lope de Vega, impresa y representada en 1633 con el título de *las Batuecas del duque de Alba*. Pero, á mi modo de ver, Lope de Vega, que tomaba de todas partes lo que escribía, no inventó el argumento de su comedia, aunque pudiera muy bien haberlo oido al mismo duque de Alba, cuyo tertuliano era, ó quizás leerlo en una obra titulada *De rebus Hispaniae*, impresa en Alcalá de Henares en 1633, en cuyo libro VII, capítulo V, pág. 368 se encuentra, con referencia á las Batuecas, la siguiente anécdota :

« Un hombre y una mujer de la servidumbre del duque de Alba se enamoraron mutuamente, y para evitar la cólera de su señor huyeron á las lejanas montañas de Salamanca, demasiado escarpadas para que ningun habitante de las comarcas vecinas hubiese penetrado en ellas jamás. Los fugitivos escalaron aquellas montañas, y cuando ya creían llegar por lo menos al cielo, descubrieron á sus pies un profundo valle habitado por hombres sin religion alguna, casi desnudos, que hablaban una lengua desconocida, en que se notaban palabras pertenecientes á la de los godos. »

Esto, que cuenta Alonso Sanchez en el hermoso latin de la Universidad de Alcalá, es considerado como una ficcion poética por otro escritor, sacerdote tambien y natural de la misma Alberca, que en 1693 imprimió en Madrid una *Relacion verdadera y manifiesto apologetico de la antigüedad de las Batuecas y de su descubrimiento*. Pero si es fábula lo que Sanchez cuenta, no tiene mas visos de verdad lo que el autor de este libro el bachiller Tomás don Gonzalez de Manuel refiere :

« Cuenta un estudiante de Salamanca que encontrándose en el pueblo de la Alberca, hará unos veinte años acababan de descubrirse las Batuecas, y como yo le pregunté si las habia visto él, me contestó que lo habia leído en un libro de un tal Cabrera, y otro estudiante que iba con él añadió que tan cierto era aquello como que él vió representar la comedia titulada *Un nuevo mundo en España*. Tambien yo habia visto esta comedia, compuesta por el doctor don Juan de Montalvan (en lo que el buen bachiller se engaña), y no pude menos de decirle que si creia como artículo de fe el argumento de una comedia, era menester dejarle por loco. Algun tiempo despues me burlaba yo de este hecho, contándoselo al reverendo padre fray Francisco Pies del Castillo, que era natural de la Alberca. « No tiene Vd. que sorprenderse, me dijo; lea Vd. á Eusebio Riremberg, y verá cómo, hablando de si el paraiso terrenal se habia descubierto ó no, dice que debió de estar en el valle de las Batuecas, en el corazon de España; que este valle se habia descubierto hacia unos cuarenta años y estaba habitado por árabes. Lo cual habia sabido por dos estudiantes de Alcalá que fueron allí, y gracias á la ligereza de sus caballos pudieron escapar de aquellos árabes que les perseguían. »

Lo que resulta en claro de todas estas opiniones diversas es que en 1633 ya se hablaba mucho del misterioso valle, y en 1693 se hablaba mas que nunca, con la sola diferencia de que unos habian visto godos, y árabes otros. Por lo que yo tengo para mí que Lope de Vega tomó el argumento de su comedia de estos rumores, y la hizo eco de ellos.

Esta comedia figura en la vigésimatercera parte de la coleccion del poeta, impresa en Madrid en 1634, y aprobada dos años despues el 8 de junio de 1636. El celebre autor de *los Amantes de Teruel*, don Eugenio Hartzenbusch, tan profundo conocedor del teatro antiguo español, conjetura que esta obra de Lope de Vega podría haber sido escrita para el duque de Alba, y representada en su casa de Alba de Tormes, principal ciudad de sus dominios, donde ya Lope de Vega habia compuesto y hecho representar la comedia *el Maestro de baile*.

Esta que nos ocupa tiene todos los caracteres de aquellas obras de circunstancias que improvisaba Lope para solemnizar alguna época en la historia de una gran familia.

Lope de Vega supone que en el valle de las Batuecas habitaba una tribu de unos doscientos individuos, que no creían hubiese en el mundo mas pais que el suyo. Gozaba entre ellos de cierto crédito un personaje llamado Triso, que procuraba persuadirlos á que eligiesen un rey. En estas circunstancias un descubrimiento vino á dejar perpleja toda aquella buena gente; encontraron una magnífica espada, y en una gruta próxima un cadáver con una lanza y un escudo. Como ninguno de los habitantes de las Batuecas era capaz de forjar semejantes armas, se dedujo claramente que habian venido de otra parte. ¿ Pero de dónde? ¿ Acaso existia otro pais distinto de las Batuecas y otros hombres que no fuesen sus habitantes? El asunto valia la pena de averiguarse, y se prometió la corona de las Batuecas á quien trajese noticias positivas de aquel otro mundo.

Precisamente en esta época, un escudero del duque de Alba, llamado don Juan de Arce, robó del palacio de su señor, en Alba de Tormes, á una muchacha llamada Brianda, de quien se habia enamorado locamente. Acompañados los dos amantes de un servidor llamado Mendo, huyeron de Alba de Tormes y se extraviaron en el camino, viniendo á caer, cada cual por un lado, en manos de los batuecos. Llega Brianda la primera, y como para escapar mejor á los perseguidores iba disfrazada de hombre, las batuecas, ma-

ravilladas de su belleza y sabiduría, la eligen por rey. Mas deslumbra muy poco á Brianda este trono que la casualidad le ofrece, y solo procura persuadir á sus nuevos súbditos á que reconozcan por señor al duque de Alba, como medio de volver á la gracia de este. Y tales trazas se da para conseguirlo, que cuando el duque llega para apoderarse de los fugitivos, las cosas se arreglan de la mejor manera del mundo, se explica todo, y encantados los unos de los otros, vuelven á tomar juntos el camino de Alba de Tormes.

Tal es, señora, la sencillísima comedia de Lope de Vega, que como veis, encontró antes que madama de Genlis alguna poesía en este asunto. Comedia que debió dejar un buen recuerdo, porque 35 años despues otro poeta dramático, que no deja de tener mérito y ocupa un lugar bastante distinguido en la historia del teatro español, Juan de Matos Fragoso, tomó por su cuenta la comedia, y la hizo sufrir esa mutilación que en España se permite hacer el último emborronador de papel con el primero de sus escritores, y que se llama una refundición. Esto es allí moneda corriente; se toma una comedia de Lope de Vega, de Tirso ó de Calderon; se le cambia el título sin variar el argumento, ni siquiera los personajes, se reforma de arriba abajo, y el público encuentra esto muy natural, y casi cree que la obra del poeta antiguo pertenece al moderno por derecho de hallazgo.

Matos Fragoso refundió, pues, en 1671 la comedia *las Batuecas del duque de Alba*, con el título de *Un nuevo mundo en España*, y con perdon del buen estudiante de Salamanca y del honrado bachiller de Alberca, esta comedia de Fragoso, y no la de Lope, ni la del otro, Montalvan, era la que ellos habían visto representar.

La mayor parte de estos permenores los debo al ingenioso, erudito y excelente poeta don Eugenio Hartzenbusch, que al dárme los me escribía:

« Yo mismo plagie algo de la idea original de Lope de Vega cuando en 1843 compuse, por mis pecados, una comedia de magia que se titulaba *las Batuecas*. » No lo creais, señora. Hartzenbusch, aunque poeta, es de origen alemán, y por eso es modesto: hay en su comedia invenciones muy entretenidas y escenas preciosas, pero las Batuecas solo figuran en ella como recuerdo.

Ya es tiempo de que hagamos una excursión, si queréis seguirme, á ese poético valle, donde Fernan Caballero pasaria de tan buena gana la primavera, y al que nos guiará una nieta de Pizarro, la condesa de Las Navas propietaria hoy por derecho de herencia del escondido valle. Esta señora tuvo larga descripción de su viaje á las Batuecas, tan deliciosa y entretenida que hubiera yo creído era una venganza indirecta, que de mí se tomaba, por no haberla acompañado, si no fuera la condesa la mejor de las mujeres.

« Me propongo escribir, dice la condesa, una corta relación del viaje que he hecho á un valle cuya existencia dudan todavía muchos, y no pocos creen una pura fábula. Así, aunque no logre traspasar el papel todas las impresiones que me asaltaron al recorrer aquellos lugares solitarios, se verá al menos por mi testimonio que existen verdaderamente. Mi narración no será elegante ni aun correcta, porque escribo al correr de la pluma, sin preparación de ningún género, en medio de una tertulia numerosa, sujeta á distracciones de todas clases, ó interrupciones inevitables, en el momento á veces en que vuelven á la mente los recuerdos mas interesantes, las ideas que mas justamente debían de consignarse. »

Como veis, la condesa de Las Navas no es del oficio, pero así su relación tendrá un sabor mas verdadero y será mas sincero su acento.

La expedición debía tener efecto á mediados del mes de noviembre, saliendo de Bejar, pueblecito de la provincia que está en medio de los dominios de la condesa: en un día de camino llegarían al pueblo de la Alberca, y una vez allí no tenían mas que bajar al valle por cualquiera de los dos caminos de que Madoz habla. La condesa habló en Salamanca de la expedición que proyectaba, y un pariente suyo le proporcionó un guía llamado el tío Rojas, que conocía hasta los caminos menos frecuentados de la comarca.

Amaneció por fin el 21 de noviembre, que era el fijado para la marcha, y los viajeros, despues de haber tomado chocolate, se pusieron en camino, á caballo los hombres y en borricos las señoras; á mas de la condesa iba una de sus hermanas y la suegra del administrador de aquella, que, habiéndola hospedado en su casa, le imponía como un deber la hospitalidad española acompañarla en todas partes. Componían, pues, la caravana unas doce personas, contando los criados, que capitaneaba un antiguo voluntario de Luchana, cazador de su oficio. Este viejo camarada de Espartero se llamaba Ramon Regidor; pero desde que se batió en Luchana nadie le conocía por este nombre. ¿Quién supo jamás en Africa el verdadero nombre de nuestro coronel Marengo?

Para que nada faltase á la caravana de su carácter español, vino á reunirseles á última hora un sacerdote jóven, llamado don Juan Manuel, que habia de desempeñar las funciones de capellan.

Llegaron primeramente al lugarcillo de Navalmoral, que está á una legua de Bejar, y dejándolo á la derecha, se internaron en un pintoresco valle, á que da entrada un viaducto romano. Al salir del valle hubo que vadear un arroyo y atravesar un bosque de encinas antes de llegar á Valdefuentes, pueblo mas importante que Navalmoral, notable solo por su hermosa

iglesia de piedra. Despues de Valdefuentes viene Santibañez, situado al extremo occidental de la primera vertiente de la sierra en que se ocultan las Batuecas. Antes de llegar á Santibañez se encuentra una multitud de madroños, cubiertos de flores y frutos, y ya cerca del pueblo viñas y olivos que, comparándolos á los de Andalucía, llama desdeñosamente la ilustre viajera los *enanos* de la especie.

Santibañez es el primer lugar habitado que se encuentra en las vertientes de la sierra de Francia; no se por qué tendrán el mismo nombre un riachuelo que corre mas lejos y una peña que se levanta todavía mas allá.

« En Santibañez, dice nuestra amable guía, contrastaba grandemente aquel pueblo sucio y miserable que tenía á mis piés, con el magnífico horizonte que se abría ante mí, descubriendo la inmensa cadena de montañas que teníamos que franquear antes de llegar á la que las domina á todas, orgullosa sin duda del tesoro que guarda y forma su corona.

Empezamos á subir al fin la alta sierra, despues de haber pasado por un puente moderno de dos arcos el Alagon, cuya corriente sigue á la izquierda su curso entre dos filas de magníficos alisos.

A las dos de la tarde perdimos de vista el río, y como hacia ya mas de seis horas mortales desde que tomamos el chocolate en Bejar, nos propuso el padre comer y descansar en una fuente que á una media legua de allí él conocía. En aquel sitio delicioso se descargaron las alforjas, y á poco las provisiones empezaron á desaparecer rápidamente.

A las tres concluimos nuestra ligera comida, y como nos quedaban todavía cuatro leguas para llegar á la Alberca, donde debíamos pasar la noche, seguimos nuestro camino hacia Miranda del Castañar, mientras el capellan se adelantaba en una de las mulas del convoy para prepararnos alojamientos. »

En Miranda del Castañar estuvo en otros tiempos el juzgado que comprendía todos los pueblecillos de la sierra, y se decidió detenerse en él á la vuelta, contentándose entonces con visitar un pequeño fuerte feudal, que lo defiende por el lado de Oriente. Empieza allí una cuesta rápida y mal empedrada, al pié de la que corre en un cauce profundo el río de Francia, cuyas dos orillas están sembradas de lugares, como Seguros, donde está hoy el juzgado, Casas del Conde, Villanueva, á la derecha la Virgen de Rebolledo, y á la izquierda la Virgen de la Cuesta, dos Virgenes que se tienden la mano de la una á la otra orilla.

La noche se venia encima, y cada vez se hacia mas peligroso aquel camino, que sin dejar de acercarse al río iba estrechándose poco á poco. Una indisposición que el cansancio produjo á la condesa lo decidió por fin á contentarse con llegar aquella noche á Mogarraz y buscar allí una cama para la enferma. Por pobre que sea un pueblo en España, tiene siempre un cura, y dió la casualidad que el de Mogarraz era amigo de los amigos de Salamanca. Un nombre en el desierto es á veces un talisman, y no bien se pronunció el de estos, vióse llegar un anciano de unos setenta años, alto, fornido, de rostro bondadoso y acento gallego.

La casa del cura estaba regularmente amueblada y tenía una hermosa huerta, plantada de toda clase de árboles frutales y de bojés, tan hermosos, tan robustos, tan copudos que se les hubiese tomado por castaños. Había algunos que tenían mas de 30 piés de altura.

El capellan don Juan Manuel, despues de cumplir sus funciones de aposentador, se volvió por donde habia venido, viendo que nadie llegaba y sospechando alguna mala ocurrencia en el camino de Mogarraz.

« Al día siguiente (cedo aquí la palabra á la enferma, restablecida por una noche de descanso) hacia un sol magnífico, y como me encontraba en perfecta disposición de continuar el viaje, volvimos á tomar el camino de la Alberca. Al subir una preciosa colina sembrada de encinas y castaños, que toca todavía á Mogarraz, oímos á lo lejos una canción del país que cantaban voces frescas y sonoras: no podíamos comprender de dónde salían aquellas voces, pero no bien llegamos á lo alto de la colina encontramos siete ú ocho muchachas que al concluir su canción nos saludaron, deseándonos buen viaje. Entonces se nos presentaron á la vista el magnífico bosque de castaños que rodea á la Alberca, ocultándola de tal manera que no se la distingue hasta que se encuentran á dos pasos las primeras casas... ¡Qué admirable país este para pasar en él el verano, á la sombra de aquellos árboles seculares, en medio de tantos abundantísimos manantiales, que ofrecen al viajero un agua fresca, delgada y muy dulce!... »

Todas las notabilidades de la Alberca esperaban á los viajeros á la entrada del pueblo, para ofrecerles los cándidos tesoros de la hospitalidad antigua. Vos y yo, señora, hubiésemos corrido á las Batuecas sin detención alguna, deseosos de resolver al fin uno de esos enigmas que, ya sean grandes ó pequeños, pican siempre la curiosidad y el amor propio humano. Pero nuestros peregrinos eran españoles, y su primer pensamiento, la primera necesidad de su corazón, fué ir á dar gracias por haber llegado felizmente al término de aquella larga y penosa cabalgata, en el venerable santuario que allá junto á las nubes corona la sierra de Francia.

Acompañadme tras ellos, señora, y así no dirán estas almas fervientes, como vuestros huéspedes de las Baleares, que desdeñais estas sencillas efusiones de la fe.

Quien como vos cree tan firmemente en las doctrinas espiritualistas, no debe dejar de sí en ningún rincón, por apartado que sea, una idea inexacta ó una imagen infiel.

El país toma un aspecto salvaje, amenizado solo por el fresco y sombrío valle de Séra, en el camino que conduce á la peña de Francia; apretado este entre montañas, que por toda vegetación producen piedras y pizarras, da mil vueltas y rodeos para trepar por dicha peña, que majestuosamente domina á las otras. Pocas ascensiones hay en los Alpes ó en los Pirineos que ofrezcan mas dificultades, si no mas peligros.

« Las doce del día eran cuando subíamos las últimas quebraduras de aquella imponente montaña. El sol se habia ocultado para volver á aparecer de nuevo, iluminando con todo su esplendor aquel inmenso y maravilloso panorama. Del Este al Mediodía se extienden Bejar y sus sierras, mas allá de la de Piedra Hita, hasta Avila y las cumbres del Guadarrama; al Norte los llanos de Salamanca, en que se dibuja por un rastro de nieblas, hasta los últimos límites de la provincia, el curso sinuoso del torrente. Al Occidente la cadena de montañas que vienen á unirse á la peña misma en que nos hallábamos, y cuyas ramificaciones irregulares van á perderse, achicándose por grados, en las caprichosas orillas del Tajo. Desde lo alto de nuestro observatorio descubrimos una multitud de pueblos, y casi á nuestros piés veíamos el convento del invierno de los dominicos, que solo en el verano habitan el santuario de la peña... »

» Como se trataba de oír misa, la dijo el capellan y la oímos todos en la reducida ermita en que se venera la imagen de la Virgen, notable solo por la pequeña gruta en que, según la tradición, fué encontrada esta imagen por un monge francés llamado Simon Bela. »

(Se concluirá.)

VIAJES.

La isla de Pascua.

DIARIO DE UN OFICIAL DEL ESTADO MAYOR DE « LA FLORE. »

3 de enero de 1872.

A las ocho de la mañana la silueta de la isla de Pascua se dibuja ligeramente en la dirección del noroeste. La distancia es enorme aun, y no llegaremos hasta por la tarde, no obstante la rapidez que nos dan los alisios.

Muchas cosas extrañas nos han dicho sobre esa tierra, que han visitado pocos navegantes en razón á que para llegar á ella hay que apartarse muchos centenares de leguas de los caminos trazados al través del Pacífico. Las relaciones de La Perouse, Findley y el comandante Gori, son muy contradictorias.

Hay quien supone que pueden devorarnos si nos aventuramos locamente por el interior de Rapa-Nui. Se asegura que una corbeta rusa fondeó últimamente en la bahía de Cook, y los indígenas acudieron á la playa y se opusieron á que desembarcaran los habitantes.

Parece ser también que un largo cerco de vertientes intercepta durante muchos meses las comunicaciones entre la isla y el mar; un almirante del apostadero hizo la experiencia.

En Valparaiso nos han dicho que no quedan ya en Rapa-Nui mas que algunos tristes salvajes hambrientos y temerosos que viven de yerbas y raíces.

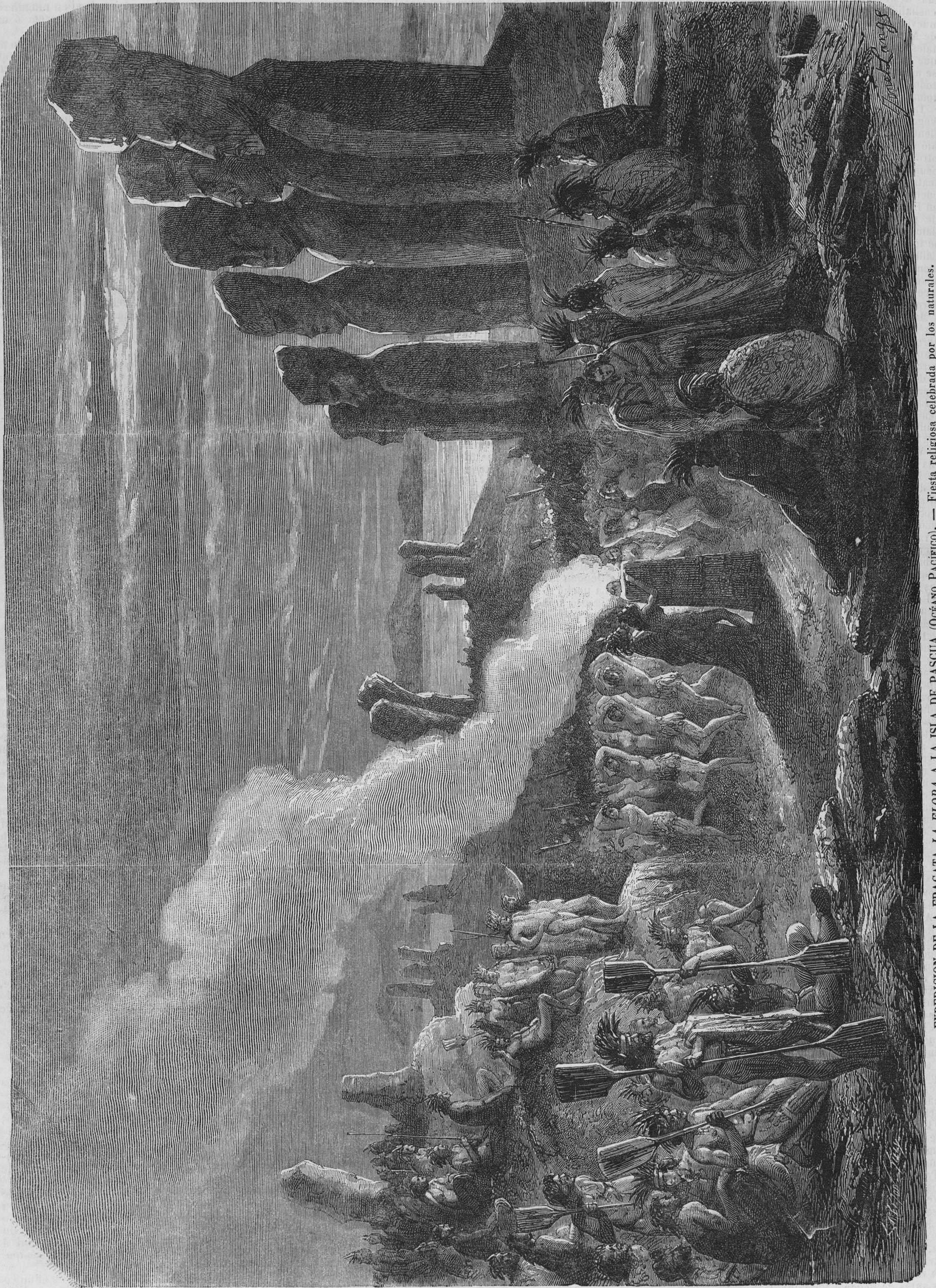
Por último, según la opinión mas acreditada á bordo, la raza indígena se ha extinguido completamente, y la isla no es mas que una gran soledad en medio del Océano, guardado por sus antiguas estatuas de piedra.

Sin embargo, nos acercamos lentamente á ese país misterioso, y nuestra imaginación divaga ante opiniones tan diversas; nuestras miradas se clavan en las formas indecisas como queriendo ya descubrir cosas extraordinarias.

Rapa-Nui nos aparece en lontananza como si estuviera compuesto de cráteres rojizos y todo desprovisto de vegetación. Uno de ellos presenta la forma de un trono antiguo.

A las cuatro la fragata echa el ancla en la bahía de Cook, con un viento muy recio; y en esto vemos un bote que se dirige á nosotros y nos trae un anciano dinamarqués, personaje absolutamente imprevisto. Un europeo en carne y hueso que llega de Rapa-Nui á nuestro encuentro, contradice las singulares ideas que teníamos acerca de la isla.

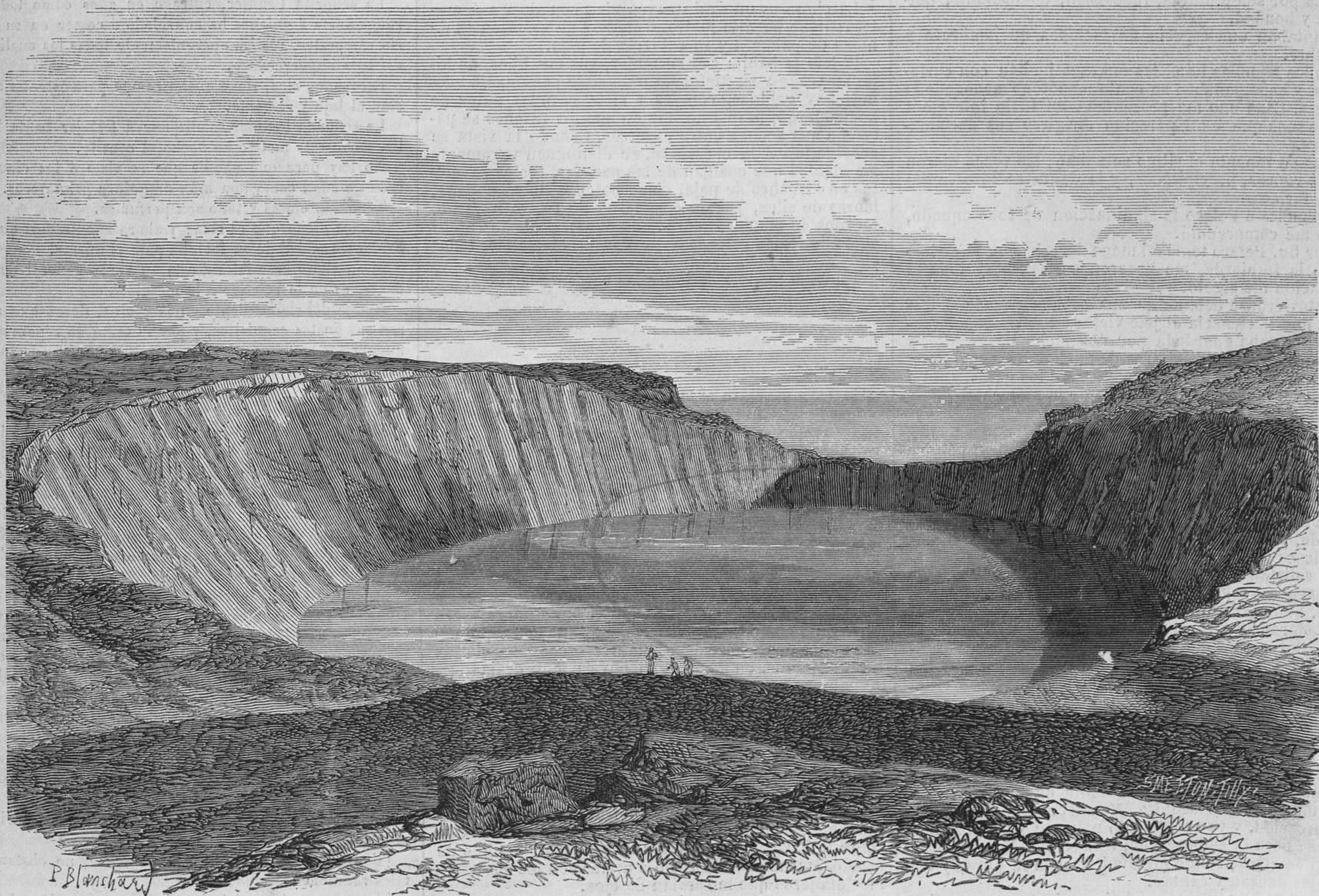
El anciano dinamarqués nos dice que él es el único europeo que existe en la isla, y que ha sido enviado por M. Brader, rico hacendado de Papeiti, que desea establecer en Rapa-Nui un plantío de batatas.



EXPEDICION DE LA FRAGATA LA FLORA A LA ISLA DE PASCUA (Océano Pacífico). — Fiesta religiosa celebrada por los naturales.



LA ISLA DE PASCUA. — Estatuas situadas en la vertiente del cráter de Rano-Raraku.



LA ISLA DE PASCUA. — El cráter de Rano-Rau.

Nuestro hombre tiene una ambición: quiere que le proclamen rey de la isla de Pascua; él nos da la noticia de que la antigua población del país, muy numerosa en otro tiempo, ha sido diezmada por una serie de trastornos y de desastres, y que hoy apenas hay en la isla cuatrocientos indígenas.

Petero, remero indígena, llega a bordo, y la impresión que su vista me causó no se borrará jamás de mi memoria. Solo en la isla de Pascua se pueden producir esas cabezas medio fantásticas. Petero está desnudo, salvo un cinturón de corteza de morera que reemplaza la antigua hoja de viña; es pequeño, listo y nervioso como un gato; sus cabellos crespos y de un color rojo desconocido en Europa, están anudados en plumero sobre la frente; representa veinte y cinco años; su rostro delgado no carece de energía y de expresión un tanto diabólica; sus ojos muy grandes rebosan tristeza, y sus gruesos labios tienen colores azules.

Pasó la noche a bordo y bailó y cantó aires de su país. Mientras cautivaba así nuestros oídos y nuestros ojos, muchas piraguas cargadas de salvajes rodeaban la fragata: venían a cambiar sus ídolos por vestidos.

Mañana al amanecer, J. y de la R... y yo iremos a dar un paseo por Rapa-Nui. Petero está avisado y nos esperará en la playa.

*
**

(4 de enero). — Con efecto, salimos a las cinco. Hacía frío con tiempo cubierto: lo mismo en el cielo que en los volcanes, había matices indescriptibles.

Pasamos sin mucho trabajo la barra de rompientes; y además Petero estaba allí esperándonos, encaramado como un pájaro en el pico de una roca.

Sus gritos despertaron a la población de la bahía, y en un instante la playa se cubrió de salvajes. Todos aquellos salían como por milagro de unas chozas tan bajas que parecía imposible que pudieran contener a un ser humano. Agitaban en la oscuridad matutina sus lanzas de sílex, sus pagayas y sus viejos ídolos...

Era, en efecto, la isla de Pascua y Rapa-Nui tal como yo me figuraba, y aquellos hombres que veía yo agitarse de un modo tan extraño, eran los últimos restos de su misteriosa raza... Creí haber caído en medio de un pueblo de fantasmas... La canoa que nos había traído se volvió, J... y de la R... me abandonaron, y yo me quedé solo entre los salvajes.

Era todo aquello tan inesperado que los más insensibles habrían tenido miedo. Yo, por mi parte, me sentí penetrado de cierto terror... terror irreflexivo, pues aquellos semblantes que al pronto parecían terribles por sus pinturas, rebosaban, no obstante, dulzura y bondad.

Cantaban una especie de melopea quejumbrosa y lúgubre.

Todos aquellos hombres me examinaban con curiosidad y acompañaban su canto monótono meneando la cabeza. Cada uno me presentaba un ídolo informe a quien más que a mí parecían dirigirse sus declamaciones.

Más de repente el ritmo se animó; las voces dieron notas roncadas, precipitadas, y la danza se hizo frenética, furiosa...

Pregunté a Petero la significación de todo aquello, y no me comprendió.

Por fin, Petero tomó mi mano derecha, un jefe viejo tomó la izquierda, me llevaron corriendo, y toda la población me siguió.

Detuviéronse delante de una cabaña pegada a una roca que pertenecía al jefe viejo; su entrada microscópica estaba guardada por dos ídolos de granito, y podía tener 40 centímetros de anchura. Me convidaron a entrar, lo que hice a la manera de los gatos, y fui a sentarme en una estera al lado de la mujer del jefe y de su hija.

Tuve la idea de dibujar el rostro de uno de ellos con sus complicadas pinturas, y la admiración pública llegó al colmo, y me fué preciso dibujar a todos los asistentes y a los ídolos.

Me despido del jefe viejo: Petero me lleva a una cabaña distante, me fabrican unas lanzas que yo había pedido, y hago conocimiento con María y Jueritai, dos preciosos tipos de muchachas de Rapa-Nui.

Al salir de la choza, vuelve a empezar la danza de las pagayas, y Petero me lleva otra vez a casa del jefe viejo, que me recibe ahora en una choza contigua... Verdaderamente tiene toda la traza de un brujo: su alta estatura, sus melenas, sus pinturas y la costumbre que tiene de acurrucarse como una fiera, le dan un aire casi salvaje; y sin embargo, de cerca es la figura más bondadosa que puede verse, con la de sus hermanos Atamon y Houger, que habitan la choza contigua. A su lado la mujer es horrible, con su suciedad y su impudor que repugna.

A las nueve se oye un clamor: es que aparecen por allí M. de Lamotte, el comandante de L... y M. M... con un numeroso séquito. Me ofrecen pasaje en su embarcación, y yo acepto solo para mi pagaya y mis lanzas; pero la embarcación está en la bahía de Cook, a 2 kilómetros; reuno mi comitiva con la suya, y los salvajes danzan y cantan.

El comandante de L... admira mis tesoros, y dice que nunca ha visto nada igual; me suplica que le proporcione un ídolo como los míos, porque piensa que

soy yo muy amigo de los salvajes, y para efectuar el canje me da su levita, objeto de un precio incalculable. Trato pues, con mi amigo el jefe viejo por un muñeco de madera que envolvía cuidadosamente en una corteza de morera.

Otro jefe me lleva a su cabaña situada en el hueco de un peñasco, y deseando una cajilla de fósforos suecos que me había visto, me propone cambiarla por unos pendientes de espina de tiburón, lo que acepto muy gustoso.

A las diez J... y de la R... vuelven; habían estado cazando por la parte del gran cráter de Rarro-Kan; pero no traen más que gaviotas blancas que reparten entre las mujeres. Me encuentran sentado sobre la yerba en medio de mis nuevos amigos. Muchas mujeres se agrupan en torno de nosotros, algunas de bonitas formas y vestidas con las sayas de fabricación francesa que se usan en Taiti.

María y Jueritai se reúnen con nosotros. La bahía de Hanga-Roa, adonde llegan los botes, es semi-circular, y la dominan unos terrenos en anfiteatro donde están edificadas las ocho o diez cabañas de la aldea.

Aquí nos sentamos a esperar las embarcaciones de la fragata.

En un peñón más alto se encuentra otra parte de la población más timorata o más salvaje, con la cual no pudimos trabar conocimiento. Allí están acurrucados sobre las piedras y escalonados, tan misteriosos e inmóviles como las esfinges de Egipto... Los hombres muy pintados, las mujeres vestidas con un ropaje blanco y coronadas con follaje... Parecen druidas o veledas silenciosas e inspiradas. El peñasco en donde se sientan es el único punto que baña el sol, y se destaca sobre un fondo oscuro de nubes negras y de cráteres... Es imponente, extraño, inverosímil...

La embarcación del comandante de L... me arranca a la contemplación del espectáculo; viene a reclamar su ídolo, y le llevo a casa del jefe viejo a ratificar el trato.

Nuestro bote llega también, y nos despedimos de nuestros amigos.

*
**

Después del almuerzo, durante el cual todo el mundo codicia mis muñecos de madera, el bote nos conduce a la playa de Rapa-Nui. Ibuga, Atamon y Jueritai nos esperaban como antiguos amigos. Nos paseamos juntos por la aldea, luego voy yo a echar un sueño en una estera en la choza del jefe, y mientras duermo, Atamon me da aire con un aventador de plumas negras.

La choza es un óvalo cuyos ejes son de 2 y 4 metros; tiene de alto metro y medio; su armazón es de hojas de palmera y su cubierta de paja.

El jefe la habita con su mujer, sus dos hijos, su hija, su yerno y su nieto. En todo siete personas, y además hay gallinas, conejos y siete grandes gatos de hocico largo, lo que no impide que los ratones se paseen a sus anchas entre nosotros. Cuando la vista se acostumbra a la oscuridad, se distinguen vagamente los objetos que cuelgan de las paredes, ídolos envueltos en estuches de paja, como botellas de champaña, lanzas de sílex, pagais ó pagayas de rostro humano, tocados de plumas, adornos de danza y muchos utensilios de forma extraña y de uso problemático, todos ellos muy viejos.

Tal es el modelo de todas las casas de la aldea.

*
**

Atamon me lleva al Morai de la bahía de Cook. Los indígenas llaman Morai a esos monumentos misteriosos que se remontan a épocas incalculables. Morai significa propiamente *escultura*, palabra que designa también sus ídolos, y esas singulares figuras se ligan en su espíritu con el recuerdo de los difuntos que quizás representan.

Seguimos el camino que prolonga el mar y conduce a la bahía de Cook. Atamon me enseña una casa ruinosísima cuyas paredes exteriores están aun en pie, y dice que es la casa de un *papa farani* (padre misionero francés). Y sobre esto me cuenta con energícos ademanes una historia sin duda muy conmovedora, pero que yo no comprendo. Veo por su animación que debió haber tiros, lanzadas, hombres escondidos detrás de las piedras, en suma, una novela muy dramática. Atamon se figura que le he comprendido, me toma de la mano y continuamos nuestra visita.

Llegamos al frente de una aglomeración de piedras como los *cromlechs* galos, que domina por un lado el mar y por el otro el llano desierto. Atamon me asegura que es el Morai, y subimos los dos a las piedras... Pregunto por las estatuas de las que no distingo el menor vestigio; pero Atamon me indica la tierra y miro bien a mis pies... Con efecto, estaba encaramado sobre la barba de uno de los colosos que, tendido de espaldas, me miraba de abajo a arriba con los dos enormes agujeros que le servían de ojos.

Era tan grande y tan informe, que no había yo reparado su presencia. Allí están todos, tendidos juntos y medio hechos pedazos.

Enfrente del Morai se extiende una pequeña playa circular cubierta de arena deliciosa, y formada de corales rotos, blancos como la nieve, con ramajes de coral rosa y preciosas conchas.

El mal tiempo precipita nuestro regreso, Atamon teme la lluvia. La brisa de Este sopla con intensidad creciente y tiende las yerbas en toda la extensión del llano, amontonando nubes tan negras, que los cráteres se destacan en claro sobre aquel fondo siniestro.

Dejamos pasar el aguacero sentados en el hueco de una roca, en medio de un enjambre de libelulas encarnadas...

(Se continuará.)

Revista de Paris.

Sabido es que en el teatro hay nombres a la moda, y uno de ellos es en Paris el de Victoriano Sardou, afortunado entre todos.

Hace días se hablaba de una comedia nueva que debía estrenarse en el teatro del Gimnasio, con el título de *las Solteronas* (les Vieilles Filles), y se atribuía al fecundo autor una parte muy principal en la obra.

La comedia se ha puesto en escena efectivamente; pero no se ha anunciado con aquel nombre mágico, y sí solo con el de M. Ch. de Courcy.

¿Estaban engañados los que daban aquella noticia?

No sabríamos decirlo; pero hay quien supone que no habiendo obtenido esta producción el éxito ruidoso que se había creído, M. Sardou se eclipsa modestamente y abandona a su colaborador la paternidad absoluta.

Sea como quiera, la novedad y las intenciones de la obra nos obligan a ocuparnos de ella detenidamente.

A decir verdad, el título interesa.

Vamos a ver otra vez más en el teatro el tipo inagotable de la mujer que ha envejecido siendo soltera, con sus manías, con sus ridiculeces, con su prurito de despotismo, queriendo gobernar la sociedad aislada y colectivamente.

Con efecto, al levantarse el telón nos hallamos en su presencia.

La señorita Prunier, entrada en años como todas las compañeras a quienes ha convidado a comer en su palacio campestre, realiza aparentemente todas las cualidades del tipo imperecedero.

Rica, muy rica, tiene ancho campo para ostentar su afición al lujo y al boato.

La señorita Prunier se dispone a festejar Santa Rosalía, y con este motivo ha hecho el convite.

No hay para qué añadir que se viste a los cincuenta años de edad como una niña de quince primaveras.

Todo son cintas y todo son perfumes.

Hemos dicho que es rica; y ahora añadiremos que usa con generosidad de su fortuna para sí misma.

Si en algún caso falta a esta su regla general de conducta, es en lo relativo a la mesa.

Amiga del refinamiento en la cocina, desea que admiren sus gustos exquisitos, y por lo tanto no repara en menudear los convites.

Pero hé aquí la hora de rigor, y van a presentarse las amigas.

Nuevos tipos.

El primero está personificado en otra solterona, la señorita de Maldevec, una literata, aficionada al lenguaje culto, y capaz de dar lecciones al mismo Rabelais, si recusitara a hablar con ella.

Este es su carácter principal; pero luego tiene afinidades comunes con su amiga, como son el amor desenfrenado a su propia persona, y la afición no menos decidida a la buena mesa.

¿Cómo no han de simpatizar estas dos personas que sumando sus años alcanzan ya un siglo?

Sigue a esta la señorita Freniches, que ofrece una variante digna de notarse. Los años no han apagado en su corazón la llama del sentimiento, y permite a su sobrino Julio que la dirija algunos galanteos.

Por último, el desfile se completa con una institutriz, la señorita Edmée, cuyo padre, que era un acaudalado banquero, tuvo mala suerte, quebró y dejó a su hija con una educación brillante, y condenada a ganarse la subsistencia.

La señora de la casa la tiene por convidada invariablemente todos los domingos.

¿Con qué dolor la pobre Edmée asiste, no obstante, a tales reuniones!

Llamada por la posición que tuvo en su niñez a todos los goces del lujo, ahora está condenada a vivir en la miseria, y cuando por momentos sale de su triste condición,

es para desesperarse interiormente ante el espectáculo de la fortuna.

Su descontento constitucional, como diría su amigo el doctor Chanteloup, la hace susceptible é iracunda.

En vano quiere corregir su naturaleza apelando á la resignación y á los buenos sentimientos: la institutriz, á medida que envejece, deplora su suerte con mas amargura y se hace mas desconfiada con todo el mundo.

Sin embargo, hay un ser que la interesa, y el doctor, que ha sorprendido su secreto, quiere sacar partido de aquel descubrimiento.

Edmée se niega á declararse al doctor; pero en aquel instante anuncian otro convidado, M. de Clavery, y la turbación de la institutriz lo dice terminantemente.

Tenemos ya en el salon á todos los convidados, y no se espera mas sino que se abran las puertas del comedor para ver maniobrar con los tenedores y cuchillos á las tres heroínas principales de la comedia.

Pero aun nos falta presentar al lector un personaje que tiene su importancia, siquiera sea por la escolta que trae consigo.

Es un pariente de la señorita Prunier, pero un pariente pobre y anciano, llamado Bicheret, que hace años ya se quedó viudo con siete hijas.

Aquí están las siete hijas, vestidas, como por contrata, con trajes blancos y cintas azules.

Es un precioso escuadrón que obedece con regularidad automática todas cuantas señales de mando le dirige su paternal comandante.

Una de las niñas ha compuesto unos versos, que recitan las siete, cada una uno, con tono agudo. El episodio es altamente cómico.

El pobre Bicheret no figura en la mesa de honor: espera á que se acabe el festín para repartirse las sobras con otro pariente no menos pobre que él y no menos gloton, llamado Gerbois, que llega también á la fiesta de Santa Rosalía, y esperando estos dos convidados que les llegue el turno, echan una mano al servicio cuando los criados se lo piden.

Todo tiene fin en el mundo, hasta este primer acto, que parece interminable, y que por fin concluye como todas las fiestas de los parisienses en las cercanías de la capital, con una desbandada al camino de hierro, porque se acerca la hora, precipitada también como de costumbre, porque amenaza una tormenta.

Seguramente esta exposicion, aunque aparece ya erizada de episodios, nos promete, sin embargo, una buena comedia de costumbres; pero ¡ay! desde que empieza el acto segundo podemos echar de ver que no habrá tal comedia, que la accion se repartirá en una porcion de intrigas diferentes, muchas de ellas sin correlacion ninguna, y que, por lo tanto, el interés que se despertó en las primeras escenas irá decreciendo hasta perderse por completo.

Y así sucede.

Nos es imposible hacer un análisis seguido que pondría lo que decimos en evidencia; y nos concretaremos á señalar entre los episodios principales lo que se refiera mas particularmente al fondo de la comedia.

Las tres solteras, las señoritas Prunier, Malvedec y Freniche, hacen testamento nombrándose herederas mutuamente; y entre tanto cada una de ellas se come su fortuna, contando con la de las otras para lo futuro.

Además, conspiran y preparan su recíproca destruccion; y como la Prunier es la mas rica, á ella se dirigen los tiros.

No apelan para esto al puñal ni al revolver, no: apelan... á la comida.

Han pasado ocho dias, y estamos en Paris en otro convite.

La señorita Prunier se ha entregado tanto á su placer favorito, que en lo mejor del baile, cuando están mas resplandecientes los salones, mas animada la fiesta, la solterona se desmaya.

Es una indigestion que presenta síntomas alarmantes.

El doctor Chanteloup acaba por declarar que no responde de su salvacion; pero sin embargo, receta un medicamento que debe administrarse con mucha regularidad, hora por hora.

Es de ver cómo el enjambre de herederos y herederas se ofrece á cuidar á la enferma toda la noche.

Sus inseparables compañeras Malvedec y Freniche se instalan á su cabecera, y los dos primos pobres, Bicheret y Gerbois están de centinela á la puerta.

Los temores del doctor eran infundados: la enferma vuelve en sí, burlando las esperanzas de toda aquella gente.

El desenlace, si podemos expresarnos así, está ligado con uno de tantos episodios como hemos pasado en silencio.

La señorita Prunier ofrece dejar su fortuna al joven Julio, seductor de una de las hijas de Bicheret, para que se case con ella, aquel mismo joven que galanteaba á otra de las solteras en el primer acto de la comedia.

La institutriz Edmée se casa también con M. de Clavery, que ha debido batirse por ella.

Todo comentario seria supérfluo. *Las Solteronas* constituyen una deplorable produccion, salvo el primer acto, que presenta un cuadro de costumbres trazado admirablemente.

Este recuerdo hizo que se tolerasen los cuatro restantes, y á ello contribuyeron mucho también los artistas del Gimnasio, señoras Picard, Ramelli y Lesueur, con Landrol, Ravel y Pradeau, dignos siempre de los aplausos que abundantemente les prodiga el público.

No hace muchos dias hablamos á nuestros lectores de varias publicaciones dadas á luz por Alejandro Dumas y Emile de Girardin, que distrajeran un instante la atencion de los parisienses.

Sin duda se recordará que inició la cuestion Dumas con su inesperado folleto *el Hombre-Mujer*, cuyo título no se ha explicado todavía, y que le contestó el célebre publicista Girardin con otro opúsculo erizado de títulos, seguramente mas comprensibles.

No hablamos entonces mas que de estos dos escritos, aunque teníamos á la vista multitud de ellos, unos en favor del primero, otros en favor del último, y varios también contra uno y otro: ha sido una avalancha de producciones mas ó menos filosóficas acerca del hombre y la mujer en nuestro estado social, todas ellas inspiradas, naturalmente, por el eterno deseo de modificar lo que existe.

La cuestion que valió á Alejandro Dumas tantas ediciones de su obra, ha caído ya en el olvido; pero al vuelo ha sido recogida por el teatro, que le ha dado en verdad el golpe de muerte.

Sabemos ya que Alejandro Dumas presentaba dos soluciones para cortar la cadena conyugal en ciertas ocasiones, el divorcio ó el asesinato.

— Si el divorcio no te conviene cuando tu esposa te ha ofendido, MÁTALA, decía Dumas.

No sabia sin duda que con esta solucion de tribunal de Assises iba á suministrar el título de una actualidad que debía hacer reír grandemente á los parisienses.

Con efecto, así se denomina la nueva produccion que acaba de estrenarse en el teatro del Palacio Real, comedia, sainete, parodia ó como quiera llamarse.

Pero despues de este título, sobradamente expresivo, hay otros y otros con explicaciones que advierten ya al curioso lector del cartel el espectáculo que le espera.

Dice así:

« MÁTALA, ó ella te matará á tí, ó el Hombre-Mujer, ó la Mujer-Hombre, ó ni Hombre ni Mujer, ó Alejandro fastidiado por Emilio, ó Emilio fastidiado por Alejandro. »

Tal es la coleccion de títulos, y las explicaciones son las siguientes:

« Estudio nuevo y conmovedor, exornado con coros de salida, con peleas de arma blanca y de fuego, y que concluye con una ronda extraordinaria sobre un aire no inédito. — Para comprender un poco la pieza, es menester leer y releer los folletos que se venden en tales y cuales librerías. »

Los personajes aparecen también delineados en los carteles.

Castagnol es un moralista muy pedante.

Eduardo, su sobrino, es quizá su hijo, y en todo caso hace papel de novio.

Hay un amante y una suegra.

La novia, señorita Laura, es una negra de una blancura inmaculada, y si el espectador tiene dudas, se le recomienda la lectura del folleto.

Finalmente, hay maridos primero y segundo, y una coleccion de monos de los países del Norte.

El argumento de la obra en que figura este notable personal, no puede ser mas sencillo.

Laura acaba de casarse con Eduardo, y estamos en el dia de la boda.

Debía ser justamente cuando las teorías de Alejandro Dumas producían tanta impresion entre los parisienses, puesto que la madre, muy preocupada, solicita algunos minutos para hablar con su hija á solas.

El resultado de la entrevista, es fulminante: la madre, despues de tratar largamente la cuestion social, da este consejo á Laura.

— Si tu marido es mal marido, MÁTALA.

Y como regalo de bodas la entrega un revolver.

Igual escena con el novio.

Su tío M. Castagnol, el consabido moralista, presenta un cuchillo á Eduardo, para que mate á su esposa si le engaña.

Sobre esto tenemos varios incidentes de comedia grotesca, y por poco Eduardo comete un asesinato contra un infeliz á quien las libaciones del Champaña le hacen andar por las chimeneas.

Afortunadamente todo se cambia en broma, y se baila un rondó general que pone fin á esta actualidad de brocha gorda.

Sin embargo, hay una leccioncita para los moralistas

como Dumas y Emile de Girardin, y es que sus divagaciones sobre la cuestion conyugal no conseguirán otro resultado que el de hacer reír á sus expensas, porque en realidad ellos son los que están en escena en el Palacio Real, bajo la forma de los estrambóticos personajes que ponen en accion sus teorías. Es leccion y sátira al mismo tiempo.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

Á UN NAVÍO.

BARCAROLA.

Bajel que de la playa mi vista alcanza
Y orgulloso te meces en lontananza;
Serenos cual se cierne la golondrina
Al tocar con el pico la agua marina;
Como cisne que nada sobre la espuma
Mientras cefiro blando riza su pluma...
Desde la orilla
Yo te contemplo, á bordo de mi barquilla.

Navío que gallardo surcas las olas
Izando gallardetes y banderolas,
Que al aire desplegados flotan iguales
Lo mismo que un enjambre de garzas reales,
Que tienden á flor de agua las niveas alas,
Altivas despreciando flechas y balas...
Desde la orilla
Yo te contemplo, á bordo de mi barquilla.

Bajel, que por los mares vas solitario,
Sin temer valeroso ningun corsario;
Tú, cuyas velas hincha perenne norte
Sin que borrasca alguna tu marcha acorte;
Tú, que hienes las aguas con rumbo cierto
Y encuentras por do quiera seguro puerto...
Ven á la orilla
Y llévate á remolque mi navecilla.

Nave que aboradas siempre do quier que vayas
Pintorescas bahías y ricas playas,
¡Quién siguiera tu rumbo, quién te siguiera!
¡Quién contigo los mares ¡ay! recorriera!
¡Quién siguiera tu rumbo, quién te siguiera!
¡Quién contigo los mares ¡ay! recorriera!...
¡Quién mi barquilla
Guiara tras la estela que abre tu quilla!

Bajel que entre las ondas te bamboleas,
Garza real que á flor de agua revoloteas,
Golondrina que vuelas entre la bruma,
Cisne que vas nadando sobre la espuma;
Tú, que sabes los riesgos que el mar abarca,
¡Ay! mi barquilla
¡Que se encuentra varada sobre la orilla!

MANUEL PADILLA Y DÁVILA.

Paris pintoresco.

LAS CUARENTA FUENTES DE SIR RICARDO WALLACE.

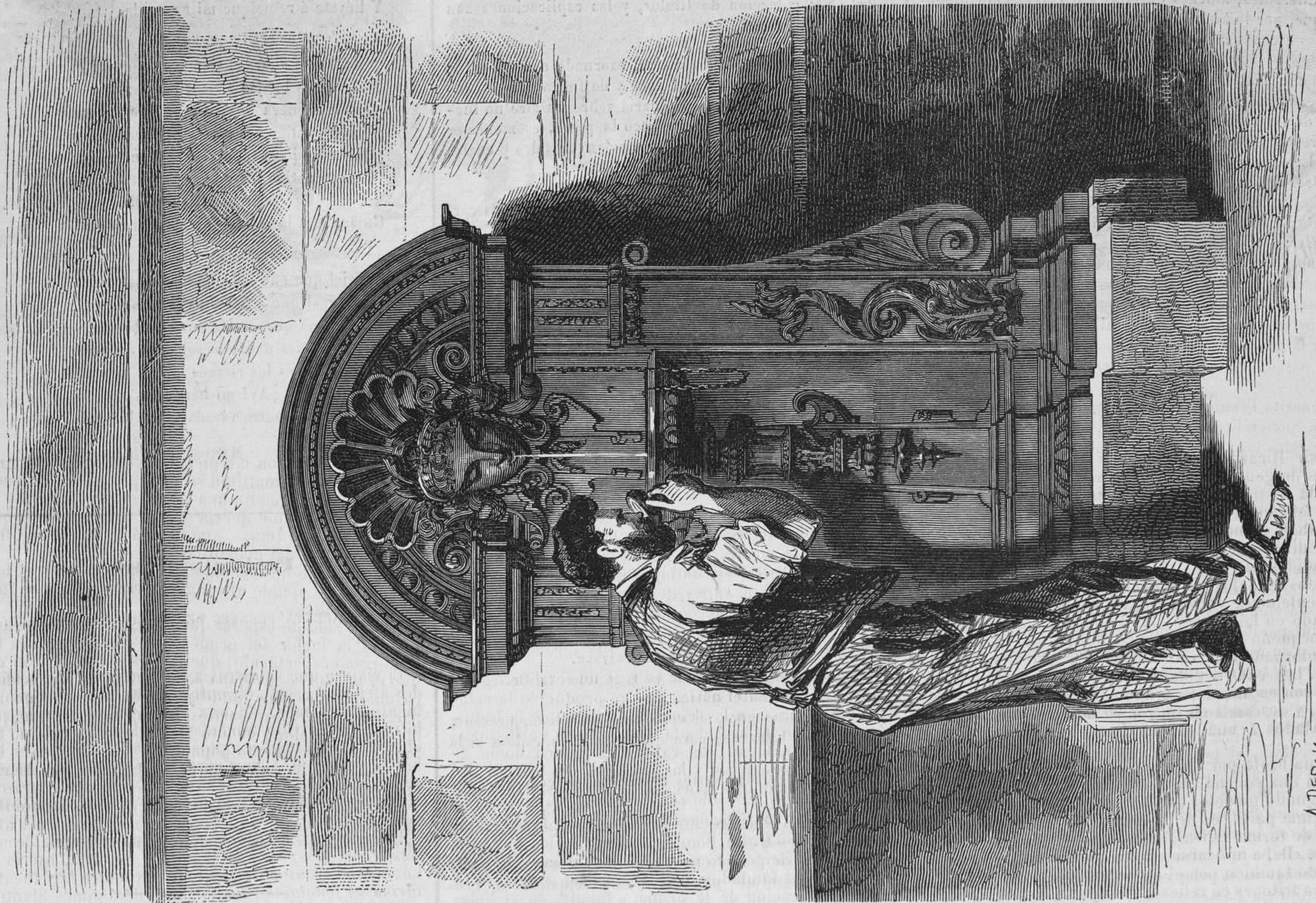
El viajero que se extravía en medio de las soledades africanas, suele encontrar en su árido camino una fuente á la sombra de una palmera, fuente que, por lo regular, ha sido fundada por algun morabito, fiel observador de los preceptos del Koran. Preciso es haber recorrido el Africa para comprender qué bendiciones dirige el viajero, desde el fondo de su corazón, al hombre caritativo que le salva la vida dándole de beber.

La Inglaterra ha comprendido esta inapreciable costumbre de los países de la sed, y en cada barrio de Londres el transeunte sediento encuentra hoy fuentes (*drinking fountains*), fundaciones de algunos filántropos pudientes.

La misma idea se le ha ocurrido al generoso filán-



HOFEL



ADEROY

Las fuentes de sir Ricardo Wallace.



SUCESOS DE ESPAÑA. — Prisioneros carlistas conducidos por la guardia civil.

tropo sir Ricardo Wallace, que ha dado ya tantas pruebas de generosidad á los parisienses. Ha querido que cada distrito tuviese su fuente, y ha encargado que se fabriquen cuarenta.

El trabajo comenzó en setiembre último, y ha sido largo y dificultoso; pero al cabo todas las fuentes están fundidas ya.

Hay dos modelos. El primero, que se ha inaugurado recientemente en el boulevard de la Villette, figurará aislado en las plazas y las avenidas. Tiene la forma de un pequeño monumento cuadrado, de base octógona, adornado con cuatro cariátides al estilo de Juan Goujon. Las cuatro estatuillas de pié sostienen una cúpula con escamas de dragon. Su altura es de tres metros, y descansa en un zócalo de piedra de Hauteville. Atados á una cadena tiene dos vasos de hojalata.

El agua brota por un surtidor debajo de la cúpula, y cae en una concha entre las cuatro cariátides.

El segundo modelo, que todavía no se ha colocado en ninguna parte, es de 2 metros 40 centímetros de altura, de forma ogival, menos adornado, pero mas gracioso. Debe aplicarse contra las paredes, y ha sido inspirado tambien por el gusto del Renacimiento.

Figura tritones en relieve, y el agua sale por la boca de una Náyade, y cae en una concha marina.

Los artistas propusieron el estilo griego, pero sir Ricardo Wallace eligió el estilo Renacimiento, *por ser mas francés.*

En suma, estos dos modelos rebosan elegancia y buen gusto; y entrambos han sido fundidos en la casa Barbezat.

En el primer modelo han entrado 600 kilogramos de fundicion, y 300 en el segundo.

El primero cuesta 1,000 francos, con su base, y el segundo 470.

La municipalidad no paga mas que la cañería interior.

Las dos fuentes son obra de M. Carlos Le Bourg, de Nantes, el eminente artista que ha producido la estatua de Santiago, en la Trinidad, el Genio de la Industria, el ornato de la fachada de las Casas Consistoriales de Fontainebleau, las cariátides y medallones de la calle de Chateaudun y las del hotel del periódico *el Siècle*, así como otra porcion de composiciones notables.

Sir Ricardo Wallace no podia haber hecho mejor eleccion; pues M. Le Bourg era uno de los hombres mas capaces de poner en ejecucion el pensamiento filantrópico del fundador, bajo una forma seductora.

La inauguracion de la primera fuente, en el boulevard de la Villette, ha sido una gran fiesta.

Apenas ajustaron las piezas y comenzó á saltar el agua, cuando la multitud se precipitó sobre el monumento y se emprendió una pelea en torno de los vasos, pues cada cual queria ser el primero en probar la rica agua del Dhuy, que llega á la fuente tan fresca como brota del manantial.

Es un regalo que ha sido muy apreciado en el barrio, y que ha venido afortunadamente en lo mas fuerte de los calores.

Habria sido de esperar que el digno gentleman asistiera á la lucha del primer dia, que presentaba tan pintoresco espectáculo; que hubiese visto el afán con que el pueblo se arrojaba sobre el líquido bienhechor, en una palabra, que hubiese podido juzgar cómo los parisienses de esos barrios trabajadores estiman su magnífico regalo, y cuánto les lisonjea el aspecto artístico del monumento popular.

Apostariamos á que habria recibido así su mas grata recompensa.

Seguidamente continuarán poniendo las *Fuentes Wallace* en toda la linea de los boulevares circulares hasta las Ternes, cerca de las antiguas barreras.

E. F.

Estudios históricos.

LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

(Continuación. — Véase el número 1,024).

Al día siguiente muy temprano se abrieron las puertas, anunciando que podía entrar en la ciudad el ejército de Atila. Los jefes fueron los que primero entraron, para hacer su elección en el botín, y en seguida principió el saqueo. Este se hizo en todos los barrios con una especie de regularidad y de orden; varios carros preparados recibían el botín que habían hallado en las casas, y los cautivos, formados en grupos, eran sorteados entre los soldados. Esta operación fué interrumpida por un grito repentino que despertó la esperanza en el corazón de los vencidos, al paso que infundió horror en los vencedores.

Era Accio y Torismundo que se veían á la cabeza de la caballería romana al gran galope, y detrás de ellos se veían resplandecer las águilas de las legiones y los estandartes de los godos. En breves momentos estuvieron delante de la ciudad.

El primer ataque tuvo lugar á la salida del puente, sobre la orilla, y hasta en las mismas aguas del Loira, sucediéndose otros dentro de las murallas, en donde los cautivos, rompiendo sus cadenas, secundaron á los romanos. Acosados de calle en calle los hunos, ya no sabían qué hacer, cuando Atila mandó tocar la retirada. El patricio no había faltado á su palabra, pues era el 14 de junio. Tal ha sido ese famoso combate que salvó la civilización de una destrucción total en Occidente.

La iglesia de Orleans le celebró durante mucho tiempo, por medio de una solemnidad en la que se mezclaban con las oraciones los nombres de Agnan, Accio y Torismundo.

Los pueblos errantes no tienen en deshonra la fuga por vergonzosa que sea; y así es que, teniendo mucho más interés por el botín que por la gloria, tratan de pelear cuando ven el golpe seguro, y cuando ven que el enemigo tiene mayores fuerzas se esquivan, y vuelven cuando ven la ocasión oportuna.

Eso era lo que hacía Atila, pues engañado en sus previsiones sobre Sangiban, y maldiciendo á Accio, no pensaba ya en otra cosa que poner á salvo su ejército y su botín. Así pues, salió silenciosamente de noche tomando el mismo camino que había llevado, de modo que al romper el día ya estaba lejos de la ciudad.

Atila, en su retirada precipitada, no permitía robar sino lo necesario para facilitarse viveres. Al pasar el Sena por Troyes, no entró en la ciudad; pero el obispo Lupus ó Loup salió á su encuentro suplicándole no hiciese daño á los habitantes.

— Bueno, te lo concedo, dijo el rey huno con tono burlesco, pero vendrás conmigo hasta el Rhin, pues tan santo personaje no puede menos de hacer mi felicidad y la de mi ejército.

Atila quería guardar en rehenes para cualquier evento un sacerdote venerado en todo el país, y muy considerado entre los romanos. Mientras que pasó el Aube por *Arciaca*, llamada hoy Arcis, dejó su retaguardia, compuesta de gópidos, en el llano triangular que bañan el Sena y el Aube á derecha é izquierda antes de confundir sus aguas no lejos de *Mauriacium* ó Mery-sur-Seine.

El ejército de Accio no había perdido un momento, y caminaba con tanta celeridad como el de los hunos, y así fué que su vanguardia cayó sobre los gópidos que protegían el paso del Aube. El choque tuvo lugar de noche batiéndose con tanto encarnizamiento unos y otros, que al romper el día había en el campo de batalla unos quince mil hombres muertos y heridos. Andarico pudo hacer pasar el río á sus gópidos, y se incorporó al grueso del ejército de los hunos entrando en Chalons en aquel mismo día.

Ya no había medio de evitar una batalla general. A algunas millas más allá de Chalons, cerca de la estación llamada en los itinerarios *Fanum Minervæ*, templo de Minerva, se ven aun hoy día los vestigios de un campo fortificado á la manera romana, el cual dominaba la carretera de Estrasburgo, pareciendo haber sido destinada á cubrir las dos ciudades de Reims y de Chalons.

No muy lejos de estas ruinas y en una gran llanura corre el río Vesle, el que, hallándose aun muy cerca de su origen, no es más que un arroyo, por manera que esta circunstancia unida á otros detalles topográficos indicados en la historia, parecen confirmar la opinión que ese punto fué el campo de batalla de los romanos y de los hunos.

Y en efecto, la tradición designa con el nombre de *Campo de Atila* aquellos restos de un establecimiento cuyo carácter es romano incontestablemente, y cuyo buen estado de conservación después de catorce siglos excluye toda idea de un campamento bárbaro hecho de prisa.

Decidido Atila á atacar á los romanos, hizo colocar sus carros en círculo, y estableció sus tiendas en el interior.

En el mismo día Accio acampaba enfrente de él, si-

guiendo las legiones las reglas de la castrametación romana, los federados bárbaros sin trincheras ni empalizadas, y cada nación separada.

Atila pasó toda aquella noche en una agitación extraordinaria, pues el mal estado de su ejército debilitado por las privaciones y muy reducido en número por las muchas pérdidas que había sufrido, le hacía entrever la probabilidad de una derrota, probabilidad que veían también otros menos diestros que él. Sus soldados habían cogido en los bosques un ermitaño que pasaba por profeta entre los paisanos, y Atila tuvo la fantasía de consultarle.

— Tú eres el *azote de Dios*, le dijo el solitario, y la maza con que la Providencia castiga al mundo corrompido; pero Dios sabe romper y rompe cuando quiere los instrumentos de su venganza. Te digo pues que serás vencido en la batalla contra los romanos, para que sepas que tu fuerza no es de la tierra.

Esta enérgica respuesta no irritó al rey de los hunos; y después de haber oído al profeta cristiano, quiso oír también á los adivinos de su ejército.

Así pues mandó llamar á los mágicos, y entonces principió una escena extraña y espantosa de la que la historia, bosquejando tan sólo los principales hechos, deja que la imaginación la complete.

Que el lector se figure pues un concilio de todas las supersticiones del Norte de la Europa y del Asia reunido en una tienda de campaña en medio de las llanuras de la Champagne, iluminado con teas encendidas: que se figure ver al sacrificador ostrogodo con las manos dentro de las entrañas palpitantes de la víctima observando sus palpitaciones; que se figure ver al sacerdote alano sacudiendo su vara divinadora sobre un manto blanco, viendo señales proféticas en el modo de entrelazarse los golpes y los pliegues; que se figure ver al hechicero de los hunos alanos evocando los espíritus de los muertos al sonido del tambor mágico, y dando vueltas hasta caer sin sentido, con su boca abierta y espumosa; y en fin, que se figure ver en el fondo de la tienda á Atila mirando atentamente las convulsiones, y sin perder un gesto ni un grito de aquellos intérpretes del infierno, y así se formará una idea de esta escena. Sin embargo, los hunos tenían todavía una superstición particular y más solemne, superstición que varios viajeros europeos han encontrado aun en vigor en la corte de los descendientes de Tchinghiz-Khan, en los siglos XIII y XIV.

Esta superstición es la de la adivinación por medio de los huesos de los animales, sobre todo de los omoplatos del carnero. La operación consistía en quitar la carne á los huesos sobre los que querían calcular; luego los metían en el fuego, y según la dirección de las venas ó las hendiduras de la sustancia huesosa ocasionadas por la acción del calor, fundaban y basaban sus pronósticos. Las reglas de este arte estaban fijas y determinadas por una especie de ritual como la de la aruspicina romana. El mismo Atila observó los huesos leyendo en ellos su derrota.

Todos aquellos sacerdotes bárbaros se reunieron y declararon también que los hunos serían vencidos, pero que el *general de los enemigos* moriría en la batalla. Atila comprendió que por la palabra general se trataba de Accio, y así es que su semblante expresó la alegría, pues Accio era el grande obstáculo que se oponía á sus planes, pues con su destreza había sabido aislar á Atila de los visigodos, y en fin, Accio había trabajado con buen éxito y sin descanso para reunir muchos pueblos envidiosos unos de otros; por consiguiente, los hunos se creían aun felices perdiendo la batalla con tal que muriese el general romano.

Atila trató de empeñar la acción lo más tarde posible, puesto que debía ser vencido, y así es que dejaba adelantarse el día para poder tomar nuevas medidas por la noche después del combate.

En efecto, á eso de las tres de la tarde mandó salir del campamento á su ejército; se puso él en el centro con los verdaderos hunos; colocó á su izquierda á Valamir y los ostrogodos, y á su derecha á Andarico con los gópidos y las demás naciones vasallas de los hunos. Accio por su parte tomó el mando de su ala izquierda compuesta de tropas romanas, opuso su ala derecha compuesta de visigodos á los ostrogodos, y colocó en el centro á los burgondos, los francos y los alanos de Sangiban. Las disposiciones que tomó Atila indicaban lo bastante su plan, pues al concentrar su mejor caballería en el centro del orden de batalla y á proximidad de su atrincheramiento de carros, quería sin duda alguna dar una carga rápida cayendo sobre el campo enemigo al paso que aseguraba su retirada hacia el suyo.

Accio por su parte hizo lo contrario, pues al colocar sus principales fuerzas en sus flancos, tuvo por objeto rodear á Atila y cortar su retirada. Una altura se hallaba entre los dos ejércitos, y su ocupación podía ser ventajosa como puesto de observación. Así es que los hunos enviaron algunos escuadrones para apoderarse de ella, y Accio, que se hallaba más cerca, hizo salir á Torismundo con un cuerpo de caballería visigoda, quien llegando antes que los hunos, los cargó y los hizo retirar. Este primer resultado pareció de mal agüero al ejército huno, conmovido ya por tristes presentimientos. Atila, á fin de estimular los ánimos, reunió los jefes y les habló enérgicamente, como nos dice Jornandes.

La idea de poseer una arenga de Atila parece sorprender á primera vista, pero la sorpresa cesa cuando se reflexiona en los medios mnemónicos de los pueblos que, no conociendo el arte de escribir, no tienen

otra historia que la tradición oral. Siendo los sucesos de su vida pública y sus fábulas religiosas los solos objetos de su literatura, la fijan en la memoria con mucha precisión; de modo que aun cuando añaden algo á la realidad de los hechos, lo hacen con tanto tino siguiendo el uso de los tiempos y el color de los hombres, que sus mismas invenciones constituyen una especie de autenticidad relativa para la posteridad.

Admitiremos, si se quiere, que ese sea el carácter del discurso que Jornandes pone en boca del rey de los hunos; pero al menos se confesará así que no es la obra de un retórico griego ó latino.

— Después de tantas victorias, dijo Atila, alcanzadas sobre tantas naciones, y en el estado en que llevamos la conquista del mundo, haría á mis ojos un acto inepto y ridículo, si principiase á aguijonaros con palabras, como si fuérais hombres que no saben lo que es batirse. Dejemos pues ese medio y esas precauciones á un general nuevo ó á soldados sin experiencia; pero creo que no son dignas de vosotros ni de mí. Y en efecto, ¿cuáles son vuestras costumbres sino las de la guerra? ¿Y qué cosa hay más dulce para los valientes que buscar la venganza con las armas en la mano? ¡Oh, si, si, es un bien de la naturaleza el de hartar el corazón de venganza!... Ataquemos pues vivamente al enemigo, pues el más resuelto es siempre el que ataca. Despreciad ese hacinamiento de naciones diferentes que no se entienden entre sí, y no olvideis que cuando se cuenta sobre un apoyo extranjero, es precisamente cuando se pone de manifiesto el miedo. Y si no ved cómo se apodera de ellos el miedo aun antes de combatir, pues quieren apoderarse de las alturas, se apresuran á ocupar los puntos elevados que no les servirán de nada, y en breve irán á mendigar apoyo y seguridad á las llanuras. Todos sabemos que los romanos apenas si pueden llevar sus armas, de modo que no solo no pueden resistir los dolores de una herida, sino que el mismo polvo acaba con ellos. Mientras que se reúnen en masa para ponerse á cubierto con sus escudos, no hagais caso, despreciadles y marchad adelante: corred sobre los alanos, y lanzaos sobre los visigodos al mismo tiempo, pues ese es el punto en donde se concentran las fuerzas que debemos vencer inmediatamente. Si se cortan los nervios, los miembros caen, pues un cuerpo no puede sostenerse cuando le sacan los huesos. Revestios de valor y desplegad vuestra furia acostumbrada. Haced ver que sois hunos, probad vuestras cuchillas; que el herido busque la muerte y la dé á su adversario; que el hombre sano se harte de sangre del enemigo, pues el que debe vivir saldrá sano del mayor peligro, y el que debe morir encuentra la muerte hasta en el reposo. En fin, ¿por qué la fortuna habrá hecho salir victoriosos á los hunos en tantas partes sino para darles nuevos laureles en esta batalla? ¿Por qué habrá abierto á nuestros predecesores el camino de la laguna Meótides, desconocido en tantos siglos, sino para que lleguemos á conquistar el mundo entero? No, no me equivoco, este es el campo de batalla que nos promete tanta prosperidad: esta muchedumbre confusa de enemigos no puede resistir el choque de los hunos. ¡Yo tiraré el primer dardo, y si alguno pudiese permanecer impasible viendo pelear á Atila, que se cuente por muerto!

Entonces, dice Jornandes, principió una batalla atroz, múltiple, espantosa y encarnizada. El arroyo casi seco que atravesaba el llano se hinchó de repente alimentado por la sangre que se mezclaba con sus aguas, de modo que los heridos que iban á beber allí, solo hallaban una bebida horrible y envenenada que les quitaba la vida al instante.

El formidable encuentro principió por el ala derecha romana contra la izquierda de Atila. El viejo rey Teodorico recorría las filas animándoles con su voz y con su ejemplo, cuando cayó del caballo y desapareció en el flujo y reflujo de los escuadrones cuyas masas se chocaban.

Algunos dicen que un ostrogodo llamado Andagis fué el que le hirió mortalmente con un dardo. El combate siguió por aquella parte sin que se supiese en lo que había parado el rey Teodorico, y luego los visigodos después de un combate sangriento dispersaron á sus enemigos.

Mientras tanto los hunos de Atila cargaron el centro del ejército romano, le hicieron retroceder y ya eran amos del terreno, cuando los visigodos victoriosos en el ala derecha los atacaron de flanco. El ala izquierda romana hizo un movimiento igual, y viendo Atila el peligro, se replegó á su campo.

En este nuevo ataque estuvo á punto de perecer perseguido tenazmente por los visigodos, y solo se salvó huyendo. Sus tropas en desorden le siguieron guarecidas dentro del recinto que formaban sus carros; y en esto llegó la noche, noche oscura y terrible en la que no se distinguían amigos y enemigos, y así es que divisiones enteras se extraviaron en la marcha.

Torismundo bajó de la colina para incorporarse á su cuerpo de ejército, yendo á parar sin saberlo adonde estaban los carros de los hunos, en donde fué recibido á flechazos, salió herido y cayó de su caballo; pero sus soldados pudieron recogerle. El mismo Accio se separó de los suyos buscando á los visigodos y anduvo errando largo rato entre los enemigos. Al fin tanto él como sus compañeros pasaron lo que faltaba de la noche en vela en medio del campo y con espada en mano.

Rompió por fin el alba, y salió el sol sobre una lla-

nura sembrada de cadáveres, pues se dice que quedaron allí ciento sesenta mil muertos y heridos. Los romanos y sus aliados solo sabían á aquellas horas que el resultado de la batalla era que Atila debía haber sufrido un gran desastre, pues su retirada efectuada con tanta precipitación y en desorden era un indicio cierto de ello, y al fin cuando se le vió obstinadamente encerrado en su campamento concluyeron que se daba por vencido.

Entonces los romanos y los godos deliberaron lo que harían de Atila vencido, conviniendo en que le bloquearían dejándole consumirse, sin ofrecerle un desquite por medio de un ataque á viva fuerza.

Se dice que en aquella triste posición hizo poner las sillas de los caballos en un monton para pegarles fuego y quemarse él en aquella hoguera si el enemigo llegaba á forzar el recinto de su campamento.

Mientras tanto Teodorico no parecía; corrían diversos rumores sobre su desaparición, concluyendo que estaba muerto ó cautivo. En fin le buscaron en el campo de batalla, y en efecto se encontró su cuerpo entre un monton de cadáveres. Los godos al ver su cadáver entonaron un himno fúnebre, y levantaron el cuerpo del rey á la vista de los hunos que no intentaron siquiera impedirselo.

Sus adivinos debieran sin duda encomiar la infalibilidad de sus pronósticos, pues habían anunciado la muerte de un jefe de los enemigos; pero de todos modos no era lo que deseaba Atila. Luego que curó Torismundo de su herida, asistió á los funerales de su padre celebrados con gran pompa por el ejército visigodo.

La muerte de Teodorico á doscientas leguas de su país era un gran suceso para los godos, cuyos reyes eran electivos, aunque los tomaban en el seno de la misma familia.

El joven Teodorico había consentido á la verdad en que se proclamase rey su hermano Torismundo; pero faltaba saber si los otros cuatro hermanos que habían quedado en Tolosa reconocerían su elección hecha por el ejército. Por otra parte era de presumir que dueños del gobierno y del tesoro de su padre tratarían de crearse un partido y apoderarse de la autoridad, cosa muy fácil y conforme por otra parte con las costumbres de los visigodos.

El tesoro de que hablamos era grande, pues contenía los mas ricos despojos de Roma y de la Grecia. Torismundo lleno de inquietud deseaba y le tardaba ya verse en Tolosa para prevenir ó contener á sus hermanos, pero el honor le forzaba por decirlo así á permanecer al lado de Aecio. En esto fué á ver al ilustre patricio cuya edad y experiencia debía aconsejarle, y así es que al verle le propuso en nombre de su padre Teodorico, cuya muerte quería vengar, que se tomase por asalto el campamento de los hunos.

Aecio, que conocía muy bien las astucias y la veleidad del espíritu bárbaro, comprendió que el sentimiento de Torismundo ocultaba una amenaza de marcha; y así es que creyó deber cambiar su plan deliberado con madurez y exponerse á que cambiase la fortuna.

El proyecto de marcha del ejército visigodo en semejantes circunstancias era una verdadera deserción; pero en vista de la conducta que había observado aquel al principio de la guerra, no había motivo para sorprenderse; y por otra parte los romanos estaban acostumbrados á esos caprichos, y á la perpétua fluctuación de la parte de sus aliados imprevisores y egoístas, siempre dispuestos á debilitar el imperio que les había admitido en su seno.

La historia añade que Aecio no sentía en el fondo verse libre de los visigodos que habían desempeñado un papel brillante en la batalla y decidido la victoria en favor de los romanos. Su jactancia y sus pretensiones ofendían sin duda al ejército romano, y por consiguiente Aecio temía que aquellos defensores de la Galia podían gravarle mucho despues de la destrucción de los hunos.

Tal era cuando menos la política que le presta Jordanes siempre favorable á los godos sus compatriotas. En resumen, Aecio pareció consentir en que se marchase Torismundo, lo que equivaila á levantar el bloqueo en que se hallaba Atila.

Ignorando el rey de los hunos todos estos debates y siempre encerrado en su campamento, en donde veía con dolor disminuirse su ejército de día en día por las enfermedades y continuas privaciones, parecía esperar tan solo para tomar un partido que se presentase una aventura como la que dislocaba el ejército de Aecio.

Atila había notado ya que el campamento de Torismundo estaba desierto; pero como aquel silencio podía ser la consecuencia de planes para armarle una celada, permaneció en su campamento con mucha circunspección. Al cabo de algunos días vió que continuaba el mismo silencio, y luego que se cercioró de la marcha de los godos volvió la alegría á dar valor á su alma. Inmediatamente mandó poner al corriente los carros, y salió con un aparato formidable.

Atila no deseaba mas que alejarse; y Aecio reducido á sus propias fuerzas juzgó prudente respetar la retirada del leon bárbaro, siguiéndole á poca distancia y en buen orden para impedirle que robase y quemase como tenía de costumbre. Los hunos dejaron sembrado el camino de muertos y enfermos.

La expedición de Atila fracasó como se ve; el espanto que había infundido un ejército de quinientos mil hombres se desvaneció; las Galias estaban seguras

y á salvo, si no de una devastación pasajera, al menos de la destrucción, y este resultado lo debía el imperio á la prudencia y al genio militar de Aecio.

Sin embargo, solo encontró crítica en aquellos mismos que había salvado, y los visigodos se atrevieron á disputarle el honor de la victoria, mientras que la corte de Ravena mas inicuamente aun que los mismos visigodos le hizo un crimen de haber dejado escapar al enemigo. Sin embargo, este supo hacerle justicia cuando confesó en el campo de batalla de Chalons, que la muerte de Aecio valía una derrota de Atila.

VII.

ULTIMA GUERRA Y MUERTE DE ATILA. — INVASION DE LA ITALIA. — EMBAJADA DEL PAPA SAN LEON.

Atila no se creía vencido, y á los ojos de su pueblo no lo había sido, pues volver sano y salvo á sus hogares con una gran parte de sus tropas y sus carros llenos de botin, eso no era presentarse vencido, al menos siguiendo las ideas que se hacen de la guerra los pueblos errantes; y además, á fin de unir un hecho que parecía no admitir réplica, Atila á la primavera siguiente entró en Italia con un ejército descansado y completo.

Además de eso, es preciso confesar que los hunos no eran los solos en decir que su rey no había sido vencido; pues los enemigos personales de Aecio, los envidiosos y los aduladores de la corte imperial en donde se temía el poder del patricio, gritaban aun mas alto; por manera que hasta aquellos mismos que reconocían que el campo de batalla de Chalons había quedado por las águilas romanas, atribuían el honor de la victoria á Teodorico y á sus visigodos.

En aquella corte, que era un receptáculo de todas las bajezas, querían mejor humillar á Roma delante de los bárbaros inciertos y peligrosos que confesar que debían su salvación al talento de un gran general. El odio fué aun mas lejos, pues pintó al organizador de las Galias y al vencedor de Chalons, como un traidor culpable que había dejado evadirse á Atila para hacerse el mas necesario.

Sus detractores no perdonaban medio alguno para acusarle, y así es que le echaban en cara sus antiguas relaciones con la nación de los hunos, la amistad que tenía con el rey Rua, tío de Atila, y las tropas que había recibido del bárbaro para entrar en el imperio despues de su destierro. En fin, querían decir con eso que Aecio pagaba al sobrino los servicios que había recibido del tío. Semejantes calumnias y otras de esta clase que se encuentran en los escritores de aquel siglo y del siguiente, hicieron gran daño á la autoridad moral del patricio, precisamente en el momento en que esa misma autoridad podía reanimar los espíritus.

También es preciso confesar que Aecio se prestaba un poco á tales propósitos por un orgullo desmesurado, y por las pretensiones que tenía, pues se había puesto en la cabeza que su hijo Gaudencio debía casarse con la princesa Eudogía, hija de Valentiniano. Este entretuvo esta esperanza mientras que tuvo necesidad de Aecio.

Aecio despues de la campaña de las Galias reunió sus legiones y las llevó á Italia; pero estas no podían bastar para hacer frente á la nueva guerra, y en esta que se trataba de proteger la capital del imperio, no tenía á su lado ni á los auxiliares bárbaros, ni los voluntarios nacionales, ni el entusiasmo patriótico que encontraba al oeste de los Alpes. Nadie pensaba resistir, pues el miedo entregaba la Italia sin defensa en manos del enemigo, como dice un contemporáneo.

Mientras tanto Atila se acercaba á los Alpes; y en medio del terror pánico que se había apoderado de la corte de Ravena, y viéndose Aecio con poco aliento por la atmósfera que le rodeaba, propuso, segun dicen, á Valentiniano que le conduciría fuera de Italia, probablemente á las Galias. Como responsable de la vida del emperador quería ponerse á salvo, á fin de poder librarse con mas libertad á las necesidades de la guerra.

Tal vez esperaba también decidir á los visigodos á que le siguiesen á Italia, y tal vez contaba con los burgondos. De todas maneras, había pedido socorros á Constantinopla cerca del emperador Marciano; pero tuvo que renunciar á su plan de poner á salvo al emperador. La idea de sacar á este de Italia excitó tantos clamores y críticas, que Aecio no se atrevió á sostenerla y se decidió á pesar suyo á sostener la guerra hasta recibir los socorros que había pedido á la corte de Oriente.

No pudiendo llevar á cabo su primer proyecto, muy prudente por cierto, hé aquí el que adoptó: no hallándose en estado de cubrir á la vez á Ravena y á Roma, la residencia de los Césares y la metrópoli histórica del mundo romano, y acordándose que Alarico no se había hecho dueño de esta sino por la necesidad en que se hallaban las legiones romanas de guardar la otra, se decidió á sacrificar Ravena, y transportó á Valentiniano á Roma, cuyas murallas mandó recomponer y fortificar.

Al mismo tiempo concentró sus fuerzas mas allá del

Po, á excepcion de las guarniciones de algunas ciudades importantes como Aquilea, y abandonando desde el principio á sus propias fuerzas á la Italia transpanada. Era casi el mismo plan que había seguido en la campaña de las Galias, pues colocaba su línea de operaciones en el Mediodía del Po, como la pusiera entonces en el Mediodía del Loira.

Mientras que se debatían todas estas razones, Atila marchaba con velocidad, pues saliendo de su residencia en el corazón del invierno, tomó el camino mas recto y mas cómodo para un ejército, es decir, la carretera de etapas de las legiones de Sirmium á Aquilea, línea principal de comunicación entre Roma y Constantinopla.

Atila atravesó el puente de Isonzo sin oposición. El ejército de los hunos al atrevesar el fértil territorio de la Venecia, no dejaba detrás de ellos otra cosa que cenizas y escombros. La primera resistencia que encontró fué en las murallas de Aquilea. Esta ciudad, la mas grande y fuerte de toda la Italia, servía de baluarte á aquella pequeña península en su punto mas vulnerable, por donde le amenazaban ora las incursiones súbitas de los bárbaros del Danubio, ora las empresas mejor calculadas de los emperadores de Constantinopla.

El río Natissa que bañaba toda la parte oriental y que vertía una parte de sus aguas en un especie de foso circular, ponía á cubierto por todas partes la elevada muralla con torres de distancia en distancia.

(Se continuará.)

Paseos arqueológicos.

MORET.

De París á Moret la distancia no es larga, 67 kilómetros que se hacen en menos de dos horas. ¡Y qué paseo! Villeneuve-Saint-Georges, Montgeron, Brunoy y el risueño valle en donde serpentea el Yeres en medio de árboles y de flores: aquí la casa de Talma, allí el castillo de Vaux Praslin, luego Melun con su hermoso puente, Fontainebleau y la travesía de la selva, y el inmenso viaducto de Changy, luego Thomery con sus famosas uvas. Por último, Moret es el coronamiento.

« Moret-sur-Loing (Sena y Marne), pueblo de 1,934 habitantes, en la confluencia del Loing y del canal del Loing y del Orvanne, cabeza de canton, distrito de Fontainebleau, estacion de las dos vías de Lyon por la Borgoña y el Borbonés, » dicen los diccionarios geográficos.

Ahora bien, el laconismo del diccionario nos priva de saber que ese rincón de tierra encierra en sí todo lo que puede seducir al arqueólogo, interesar al historiador y satisfacer por la belleza de su situación y de sus cercanías la curiosidad de los aficionados á los paisajes pintorescos. Nada, en efecto, mas gracioso que Moret, reflejándose en las aguas del Loing, con sus antiguas torres, sus antiguas puertas y su vetusto torreón, que domina el imponente perfil de su antigua iglesia. Belleza de otra edad, y que, por lo tanto, tiene su prestigio.

La historia de Moret se relaciona por mas de un concepto con la historia general de la Francia. Luis VII hizo construir allí un castillo, del que solo queda un torreón.

En tiempo de Carlos VI cayó en poder de los ingleses, y luego volvió á poder de Carlos VII, que levantó sus fortificaciones.

Pero aun hay mas: en 1593, el rey Enrique IV, que quería evitar al duque de Mayena, se replegó sobre Moret; y por último, en 1814 sufrió la primera oleada de la invasion, y Napoleon I, marchando sobre París, á su regreso de la isla de Elba, pasó allí la noche, mas no en el castillo, que ya no existía.

¡Pobre castillo!

Habitado en un principio por reyes, Luis VII, Felipe Augusto, Luis IX, Carlos VI y Carlos VII, cayó de manos del *Vert galant* en las de su amada Jacqueline de Bueil, que tomó el título de condesa de Moret, luego perteneció á los Rohan-Chabot, y finalmente, durante la revolución fué vendido y desmantelado. Lo que queda de él ¡oh vicisitudes! es una granja... *Lugete, veneres, cupidinesque...*

La iglesia parroquial de Moret es muy notable. El cuerpo del edificio es del siglo XIII; la nave, cruciforme, se divide en tres partes cortadas por los brazos del crucero. Solo hay esculturas en los capiteles de las columnas. Lo restante es sobrio y severo, y pertenece á la mejor época de la ogiva.

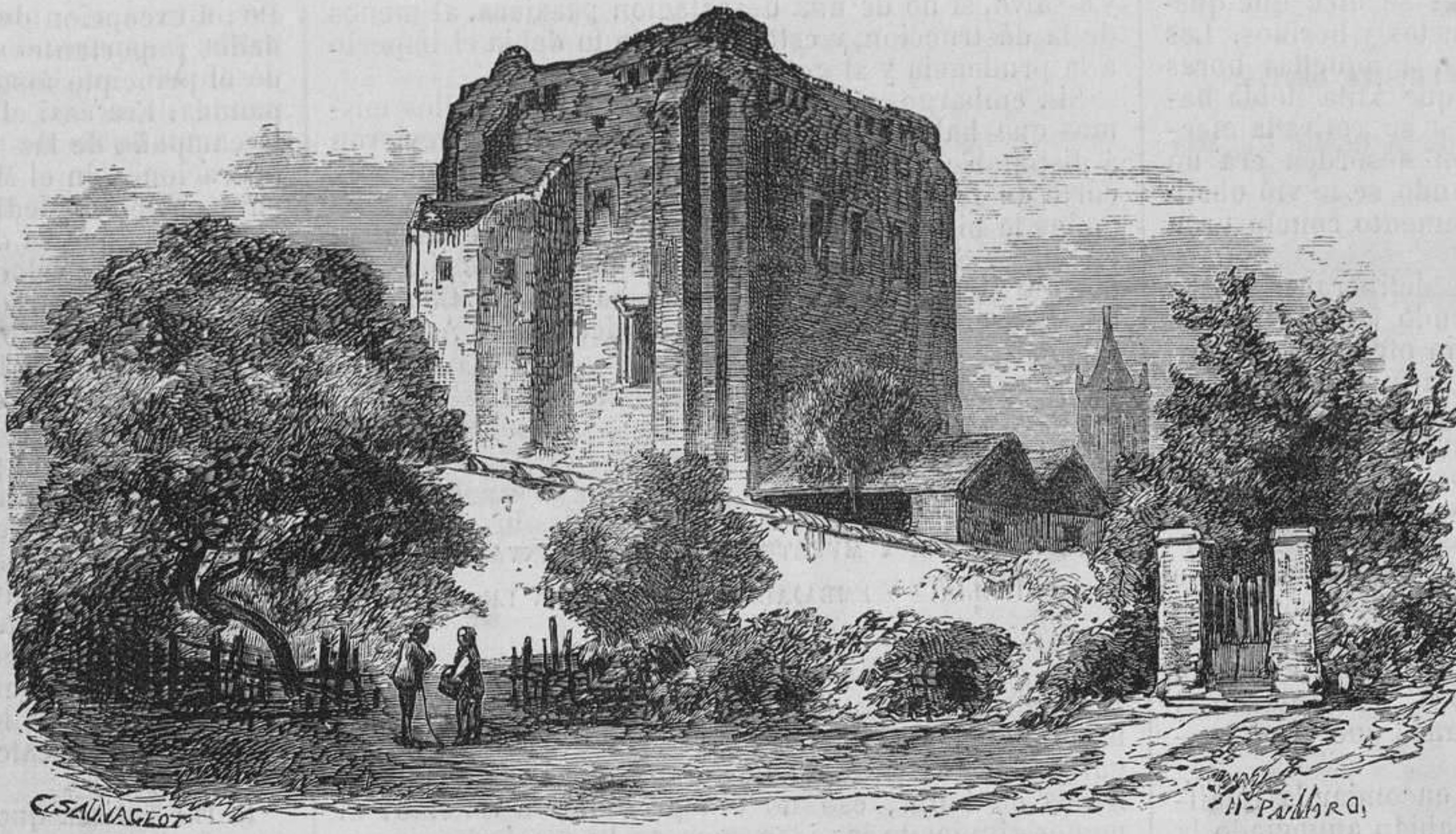
La portada, que es la parte mas moderna de la iglesia, es gótica de la decadencia. Sostenida por anchos contrafuertes, se divide en dos partes, y en medio hay una estatua de la Virgen. Forma esta portada un arco en el que se perfilan cuatro sistemas de ornato. El timpano aparece en doble ogiva. Finalmente, una ancha cornisa se extiende de un contrafuerte á otro, sirviendo de pie á la balastrada de una galería, á cuyos lados hay canales cuyos animales quiméricos producen el mejor efecto.

En otros tiempos Moret tenía tres puertas, la de Borgoña, la de Sannois y la de Orleans. Esta última

ya no existe. La puerta de Borgoña se compone de dos pisos que sirvieron de cuerpo de guardia á los soldados encargados de defender la entrada de la poblacion por el lado del puente.

En el segundo piso se ve una gran chimenea y una especie de jaula de vigas reunidas con bandas de hierro, en donde encerraban provisionalmente á los prisioneros de tránsito.

La puerta de Sannois, que mira á Paris, bastante insignificante en el interior, ofrece exteriormente un conjunto bastante original, como puede juzgarse por nuestro dibujo. Por el lado de la ciudad, á la izquierda de la puerta, hay incrustada una bala de cañon, con este letrero explicativo : 17 de febrero de 1814.



El torreón de Moret.

proviene de la madre de Luis IX, Blanca de Castilla, que no pudo habitar tantas casas, sino de otras reinas, de las *Reinas blancas*, esto es, de las viudas de los reyes, pues el blanco era el color de su luto. « Enrique III, en cuanto llegó á Paris fué á saludar á la reina Blanca, » dice l'Estoile en su diario. Hablaba de Isabel de Austria, viuda de Carlos IX.

Cerca de esa casa de la Reina Blanca está el lugar que ocupó en otro tiempo la casa llamada de Francisco I, trasladada á Paris, al Cours-la-Reine.

En suma, Moret y sus afueras abundan en recuerdos históricos; pero prescindiendo de la historia y de la arqueología, es un sitio que tiene sus atractivos por lo pintoresco. Por una parte el bosque de Fontai-



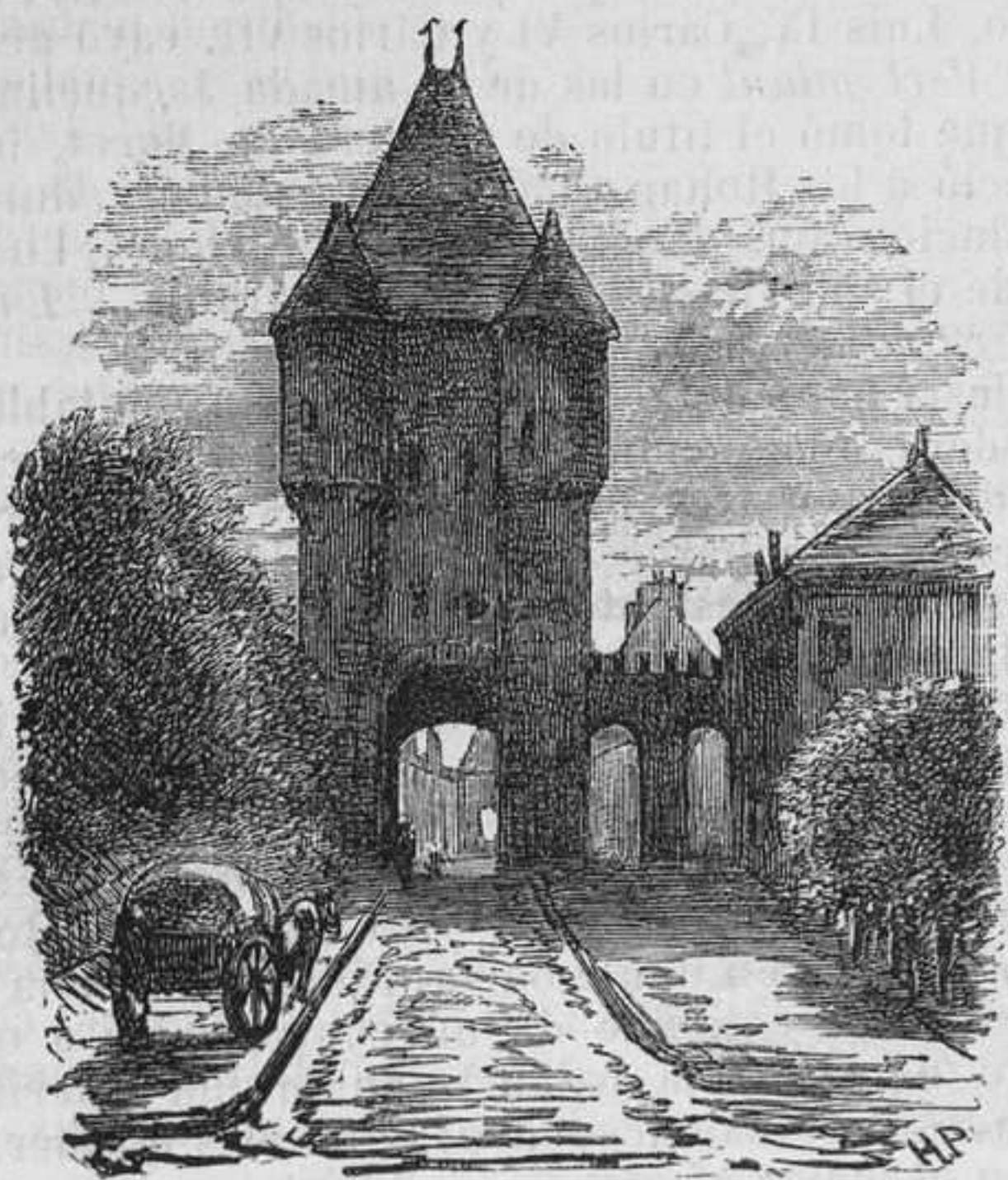
Vista general de Moret.

En el interior de Moret existen tambien algunas casas curiosas, principalmente la de las Religiosas, la del Grand-Saint-Jacques, enfrente de la iglesia, y algunas otras en la calle Mayor. Todas son de la época del Renacimiento.

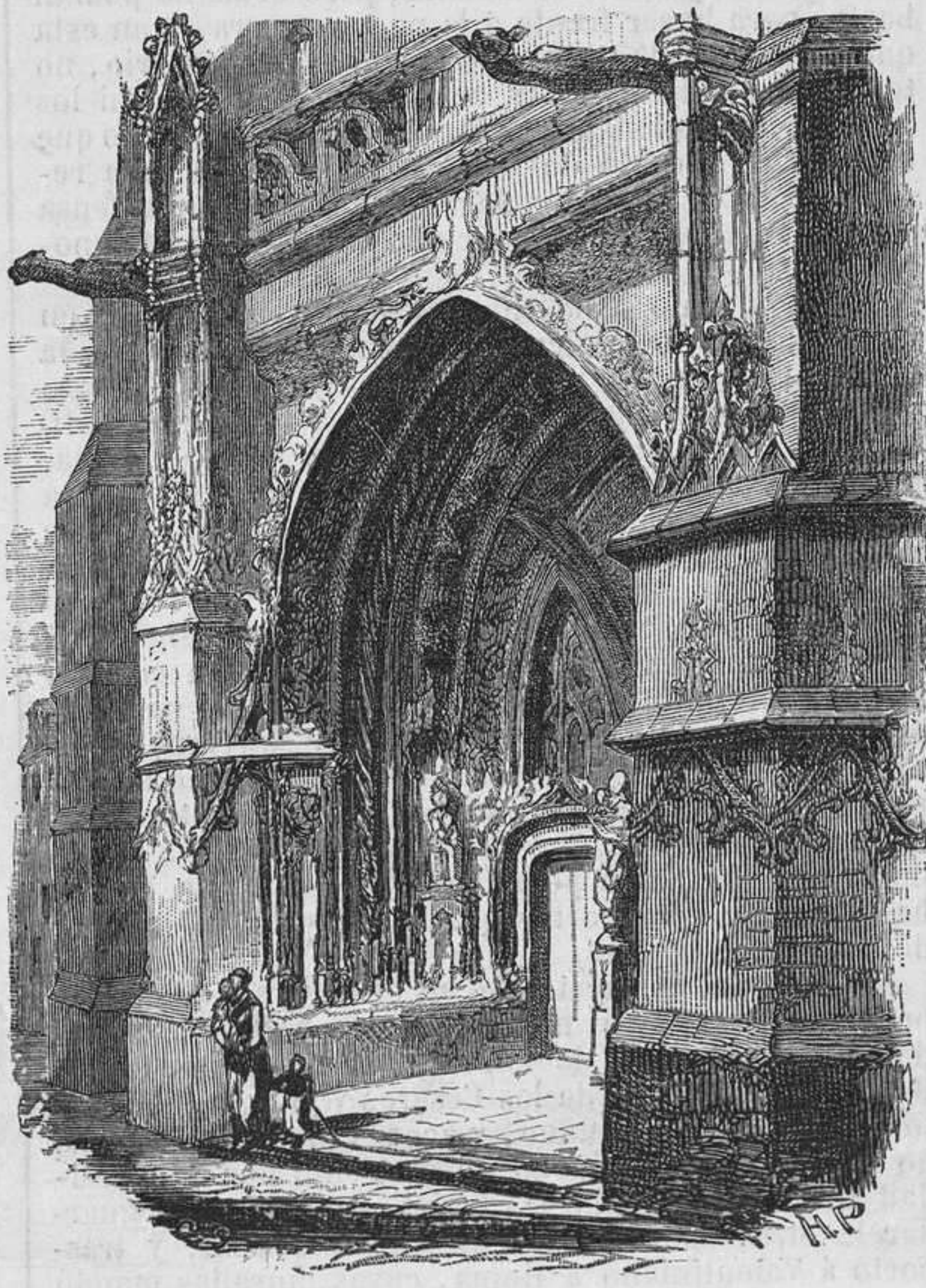
La puerta de una de ellas tiene la inscripcion, digna de meditarse : *Res parvæ concordia crescunt*. No lejos de esta hay otra bastante curiosa tambien, que llaman de la *Reina Blanca*, y no es la única llamada así en Francia. Inútil es advertir que este nombre no

nebleau, que es indescriptible, por otra, cuevas accidentadas, con bosquecillos y peñascos, que conducen á orillas del canal y del riachuelo de Orvanne, que dominan hasta Saint-Mammés y su admirable viaducto de treinta arcos, y de veinte metros de altura. Aquí se reunen el Loing y el Sena. El horizonte es vastísimo, y grandioso el espectáculo. Luego el bosque y otras colinas, y los viñedos de Thomery, que bajan en anfiteatro hácia el rio, serpenteando entre la yerba.

L. C.



La puerta de Sannois.



Portada de la iglesia.



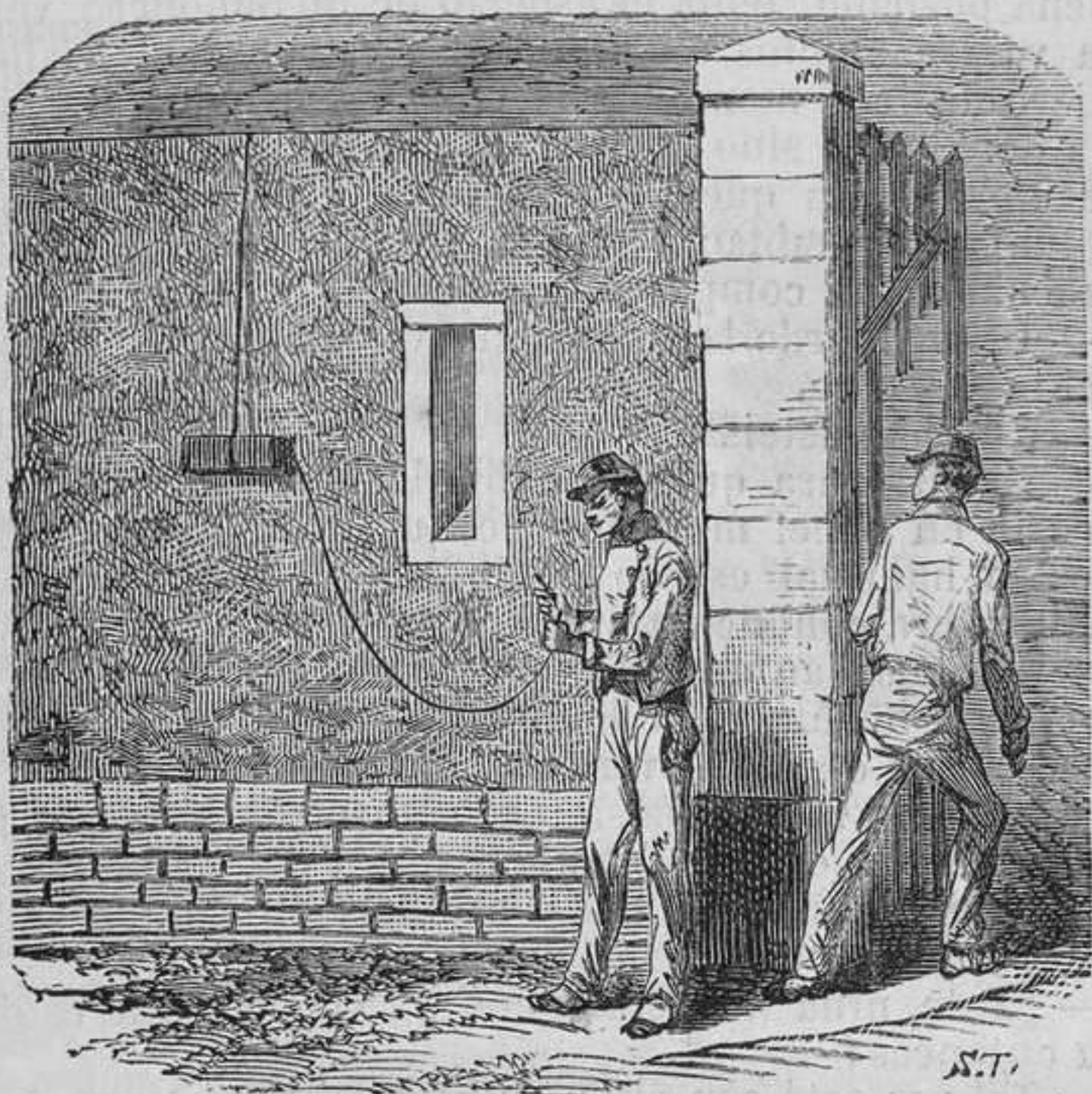
La jaula del encierro.

Experiencias

HECHAS CON LA DINAMITA EN EL FUERTE DE ISSY.

El 24 de junio de 1868 á las tres de la tarde, llegaba

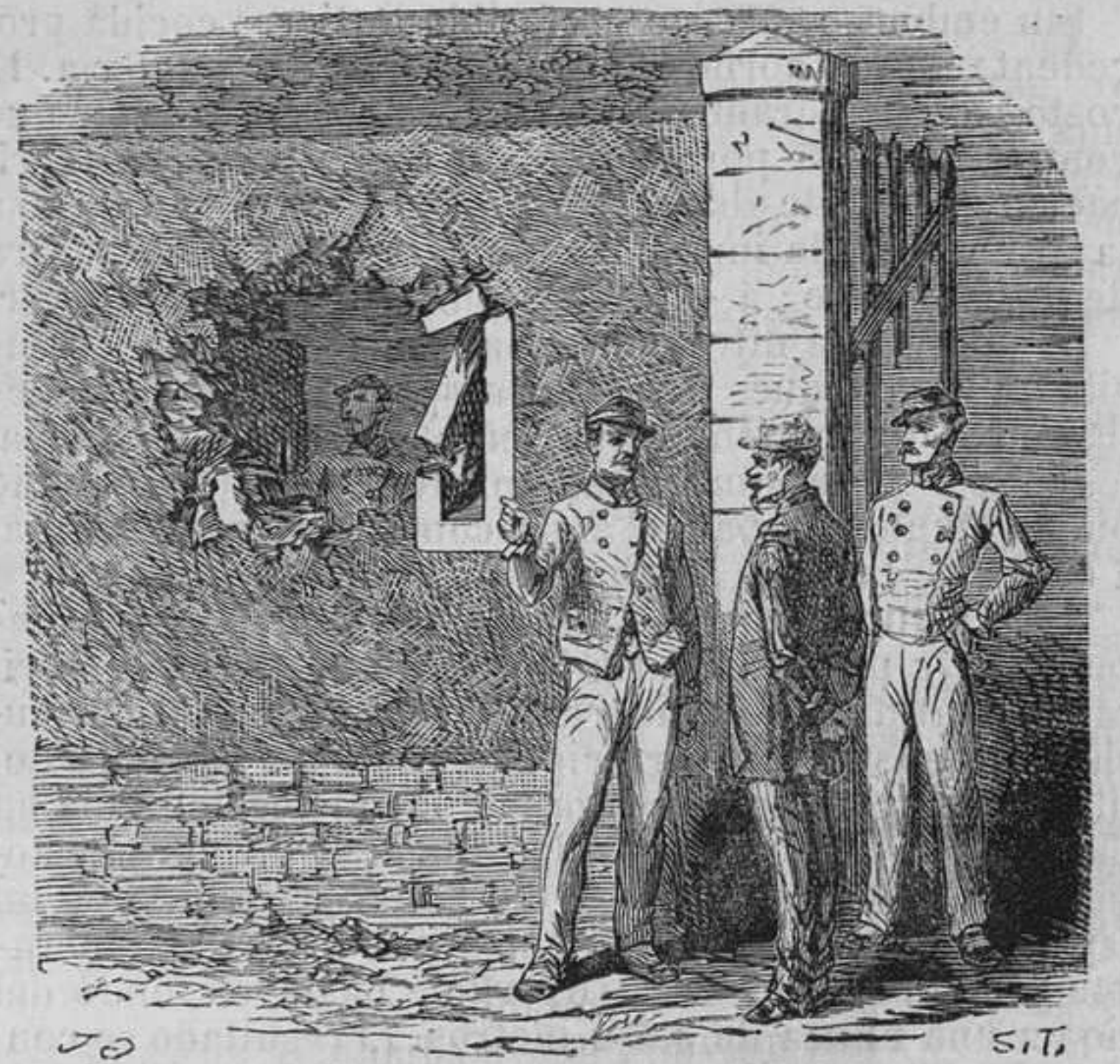
de la casa Nobel, el almacenista, un carpintero que se encontraba allí, una niña que recogía madera, ¡todo había desaparecido! Al cabo de largas y minuciosas pesquisas, no lograron encontrar mas que un fragmento de cráneo humano, un zueco con un pié dentro, y un boton de uniforme.



Destruccion de una tronera. Modo de suspension del cartucho.



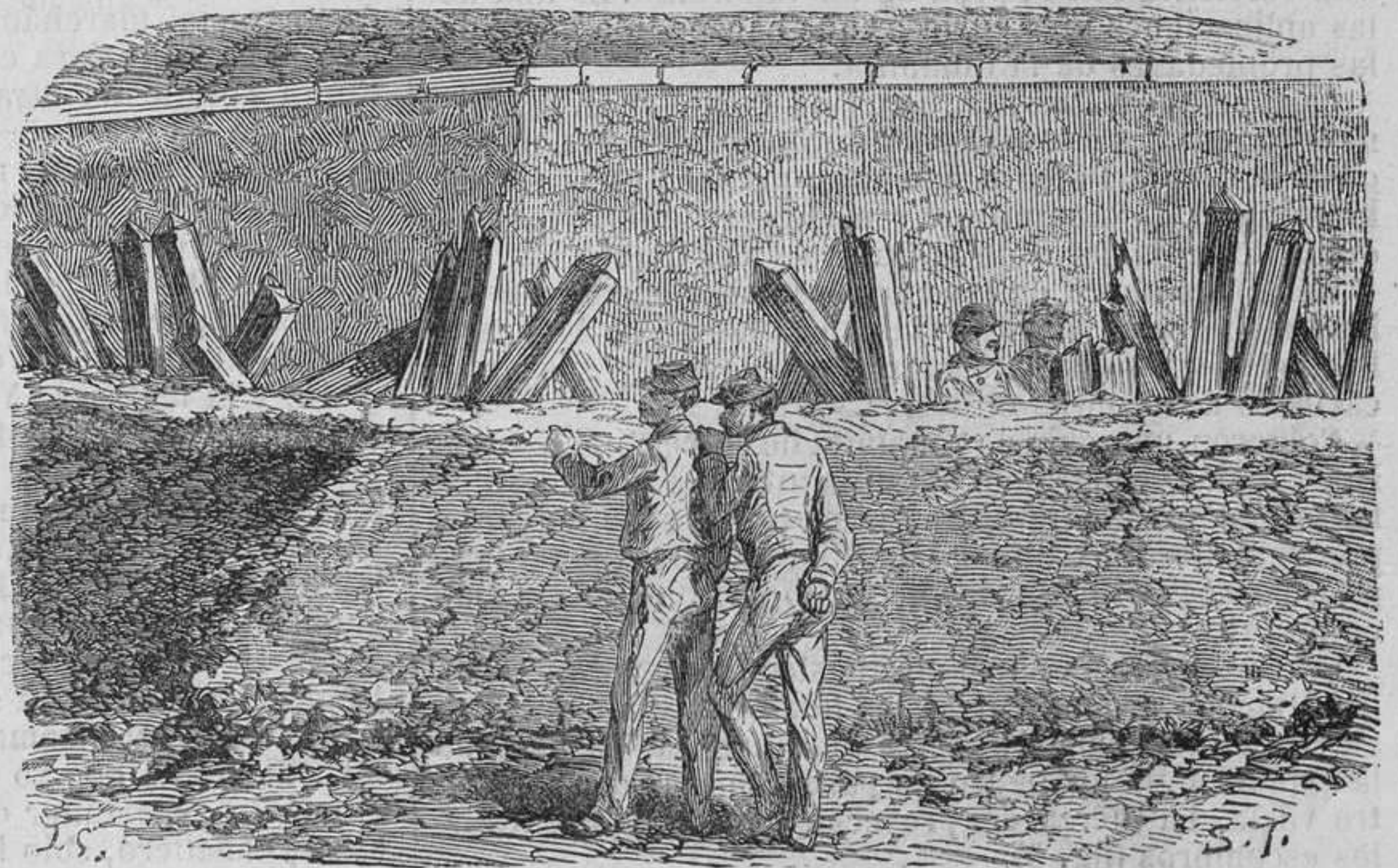
Inflamacion producida á distancia por medio del aparato eléctrico de Breguet.



Destruccion de una tronera. Brecha producida por la explosion.



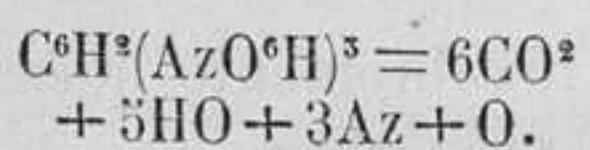
Antes de la explosion.



Destruccion de una empalizada.

Despues de la explosion.

á las canteras de Quenast (Bélgica) un carro cargado con 1,800 kilogramos de nitro-glicerina. Esta sustancia es la mas enérgica de las sustancias explosivas; disloca las montañas, rompe el hierro y proyecta masas gigantes en el espacio. Sobre todo es notable por su propiedad excepcional de encerrar mas oxígeno del que se necesita para quemar completamente los elementos, pues su ecuacion es la siguiente:



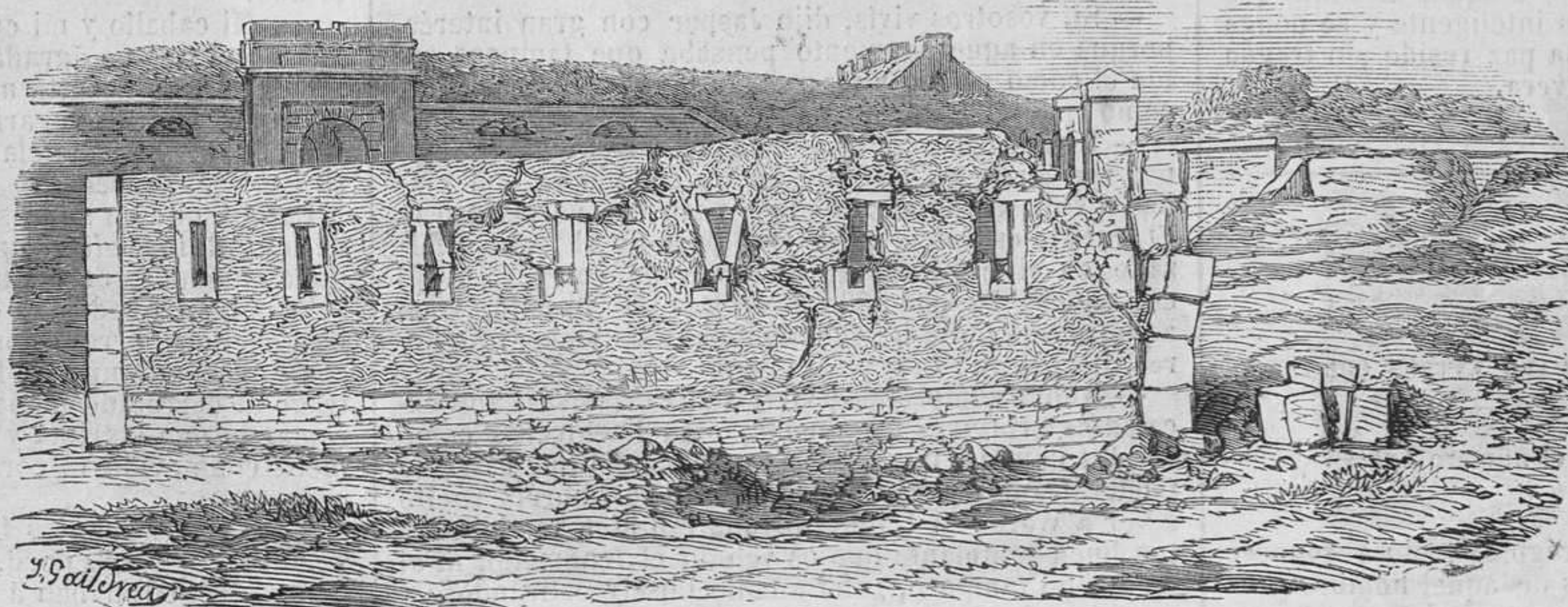
Ocupábanse en descargar las cajas de hojalata que la encerraban, cuando una de aquellas cajas se cayó de manos del operario al suelo.

De repente hubo como un terremoto y un espantoso trueno, en tanto que una inmensa humareda invadió la escena.

Una vez disipado el humo, las personas que acudieron de la aldea para darse cuenta de la catástrofe, encontraron el lugar vacío. El carro, su cargamento, los tres artilleros, el carretero, el representante



Colocacion de un cartucho de dinamita al pié de una pared de fábrica.



Efecto producido por la explosion.

En el sitio en que estaba el carro un momento antes, se abria un hoyo enorme. A unos 20 metros los dos caballos, que habian desenganchado, estaban traspasados con barras de hierro, y sus ojos colgaban de sus órbitas. Todo el almacen aparecia destrozado. Dos jornaleros que trabajaban detrás del establecimiento, quedaron muertos en el acto, y estaban desnudos y negros. En toda la aldea no habia quedado una vidriera intacta, las tejas habian volado en pedazos, los muebles estaban revueltos, etc. Los 1,800 kilogramos de nitro-glicerina representaban una fuerza de 200,000 kilogramos de pólvora, tanto como se necesitaria para volar una ciudad como Bruselas.

Esta catástrofe ha dado nacimiento á la dinamita.

M. Nobel, fabricante de nitro-glicerina, buscó inmediatamente el modo de paralizar la propiedad explosiva de esa sustancia, conservándola al mismo tiempo sus efectos balísticos.

La dinamita es una

mezcla de nitro-glicerina con ciertas materias sólidas, y especialmente con ciertas variedades de sílice y de alúmina. Se emplea el sílice seco, procedente del caolín tratado por el ácido sulfúrico, en la fabricación del alumbre. También pueden utilizarse las arenas y gredas en polvo muy fino. En Alemania, donde se han puesto en los últimos años fábricas de dinamita, se emplea la piedra molinera molida.

Sin embargo, parece preferible la tierra cocida procedente de los hornos de ladrillos y de cristalería. El costo es de 2 francos el kilogramo de dinamita, que contiene un 25 por 100 de nitro-glicerina. La fabricación en grande abarataría el producto. El frío retrasa la explosión y la impide totalmente á una temperatura de 6° bajo cero; á + 6° la explosión es ya irregular.

Aventaja á la nitro-glicerina en que es menos sensible á los choques y puede trasportarse casi sin peligro. No detona sino con el empleo de cebos especiales y no con la simple inflamación; pero en cambio puede emplearse bajo el agua como la nitro-glicerina, á causa de la débil solubilidad de esta en el agua.

Hace algunos años se usa en las minas con preferencia á la pólvora. Durante el sitio de París se fabricaron cantidades considerables, y la aplicaron en muchas circunstancias, principalmente para soltar la flotilla de las cañoneras presa por los hielos del Sena en Charenton; los medios ordinarios eran largos y costosos para abrir la corriente del Sena, obstruida en un espacio de mas de un kilómetro por hielos aglomerados y reunidos desde la superficie hasta el fondo del río en una altura de 3 á 4 metros. El resultado se consiguió en breves dias y con un gasto mínimo, mediante la dinamita puesta sencillamente en la superficie de los hielos. Su explosión dislocaba la masa y separaba los montones de témpanos, que era fácil luego llevar á la corriente con la proa de un vaporcillo. Es una de las aplicaciones mas curiosas que han podido verse de las propiedades de la dinamita.

La fábrica de Paulille, cerca de Port-Vendres (Pirineos Orientales), establecida durante la guerra por el gobierno de la Defensa nacional, prepara unos 15,000 kilogramos de dinamita por mes, para cubrir los pedidos del ministerio de la Guerra y del Comercio.

Hablemos ahora de las curiosas experiencias que se han hecho estos últimos dias en el fuerte de Issy, sobre los efectos de esa sustancia explosiva y sus aplicaciones á las obras militares.

Colgaron una caja de dinamita de 30 centímetros de larga, con 5 kilogramos de dinamita, del muro de defensa del puente levadizo, suspendida sencillamente por una cuerda, y un soldado de ingenieros pegó fuego á la mecha Bickford, que tardó en consumirse cinco minutos.

Esta experiencia se ve en nuestro primer dibujo. La mecha arde mientras los hombres se alejan. Llega por fin la llama á la caja de dinamita, se efectúa la explosión, y un lienzo de pared de mas de un metro vuela. La fuerza de proyección envía hácia atrás los escombros (fig. 3).

En otra experiencia ponen tres cajas como aquella al pié de las empalizadas, formadas de maderos sólidos y prietos, guardando entre sí un espacio de 2 metros, y comunicándose con un alambre eléctrico que un soldado extiende hasta cierta distancia (fig. 4).

Se pega fuego á las cajas por ese alambre, y mediante una simple percusión con el aparato Breguet. Son de esas sorpresas que los sitiadores reservan á los sitiados, y que se preparan de noche, para que el cuerpo sitiador no sufra accidentes al efectuarlas (fig. 2).

Después de la explosión, un cuerpo de tropas puede entrar en la ciudadela. Las empalizadas se destrozan completamente, como se ve en la fig. 5.

En otra experiencia colocaron tres cajas análogas á las primeras bajo la muralla, bajo los cimientos. La muralla fué dislocada en la explosión, como si hubiese sufrido un terremoto. Cinco veces mas de pólvora se habria necesitado para producir el mismo efecto. Ahora el muro cederá al menor choque; con un poco mas de dinamita habria caído.

Los oficiales de ingenieros continúan esos curiosos experimentos y los varían para estudiar todos los diferentes efectos de ese terrible agente. ¡Triste es ver que la ciencia trabaja para descubrir tales aplicaciones! Pero en planeta como este, poblado de tanto malo, es desgraciadamente necesario perfeccionar mas y mas los medios de defensa y de ataque, en tanto que la Tierra se haga un poco mas inteligente y se ponga á la altura de Júpiter, donde la paz reside sin tregua en el seno de su eterna primavera. C. F.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuación. — Véase el número 1,024).

Rugge tomó una actitud trágica, y sin reconocer aun en las abultadas facciones de aquel hombre groseramente vestido, el talle elegante y el rostro fresco y brillante del Jasper Losely que le habia vendido en

otro tiempo aquel fenómeno que se le escapó tan pronto, refirió prolijamente las pérdidas que Waife, Losely y Sofia le habian hecho experimentar. Solo habló con respeto de Mrs. Crane, y Jasper supo entonces por la primera vez (mas irritado por su intervencion que reconocido por su generosidad) que Arabela habia pagado las cien libras, librando á Sofia de las reclamaciones de Rugge. El ex-director pasó despues á referir sus infortunios posteriores que atribuía á Waife y á la niña fenómeno.

— Caballero, yo era ambicioso, dijo. Desde mi niñez soñaba con el gran teatro de York, y por tres veces he creído ser dueño de él. ¡Fatal ilusión! Si no hubiera sido por este deseo, no hubiera caído como las secas hojas de los árboles al impulso del viento; nunca me hubieran faltado compañías de buenos amigos, no hubiera descendido al horror de la pobreza con mi pobre hechicera. Pero, caballero, cuando yo acogi por la primera vez en mi seno á William Waife, demostró un genio tan extraordinario, que Downton (¿habeis visto á Downton? ¡qué gran actor!) Downton era un niño de teta á su lado. Entonces se exaltó mi ambición, el sueño de mi infancia volvió á ocupar mi pensamiento, ya no pensaba mas (¿os acordais, hechicera?) que en el teatro Real de York. Pero aunque esto parece increíble, el ingrato Waife me abandonó con el pérfido designio de representar en los teatros de Londres los papeles que yo le habia enseñado; pero la justicia divina le hizo apurar el emponzoñado cáliz de la amargura, haciéndole perder un ojo, dejándole cojo, y enronqueciendo su voz. Y sin embargo, volví á ajustar aquel escorpion por la niña fenómeno. Cuando esta apareció en la escena con vestido de seda color de rosa y adornada de perlas, me creí ya en posesión del gran teatro de York. Aquella era ya en mí una idea fija, una manía. Cuando la niña fenómeno desapareció, marchándose, segun me dijeron, á América, donde quisiera estar ahora para representar en Nueva York ó en otra parte, ante un pueblo libre é ilustrado, el papel de Rolla, entonces, señor, se apoderó de mí aquella manía con mas fuerza. « ¡Pues qué! dije á mi fiel hechicera; ¿dejaré yo de tomar el teatro de York porque esa niña perfida me ha abandonado? ¿Ha de quedarse sin realizar la ambición de un inglés por esa muñeca adornada con lentejuelas? » Y tomé el teatro de York, caballero. Yo solo.

— ¿Y el teatro de York os arruinó? dijo Losely que sentía una triste satisfacción escuchando las desventuras de un hombre cuya condicion le parecia aun mas abyecta que la suya.

— Justamente, respondió Rugge, con tono medio lastimero medio triunfante. Era una empresa arriesgada, capaz de arruinar al banco de Inglaterra, que absorbió mi capital con la misma facilidad que me tragaria yo una ostra si tuviera aquí una en mi plato. Desde la primera semana comprendí que la cosa iba mal. El dia en que yo hice mi salida para desempeñar el papel de Mortuner en *el Cofre de hierro*, el papel de Kean, caballero, solo hubo tres libras y diez y seis peniques de entrada. Habia un complot contra mí; el público tuvo el descaro de silbarme. Las economías de una vida consagrada al drama inglés, á las producciones del genio nacional, desaparecieron rápidamente. Pero no era un espectáculo comun, y el cielo mismo lo contemplaba con placer (la hechicera puede decirlo), ver á un gran hombre luchando contra la adversidad y sucumbiendo noblemente con el sentimiento de su dignidad. Aun se acuerda York. Tuve que declararme en quiebra; ese fué mi último recurso. Pero no me arrepiento; realicé mi sueño; no todos pueden decir lo mismo. Desde entonces he tenido muchas bajas en mi fortuna y ninguna alta. Yo he sido apuntador en mi teatro, caballero, bajo la dependencia de mi gracioso, que se casó con la trágica y adquirió mi propiedad. ¡Ay! por una miseria adquirió el teatro, las decoraciones y todos los demás accesorios, con el derecho de conservar su título: « Gran exhibición teatral de Rugge. » No pudiendo soportar el imperio del hombre que se habia revestido de mi autoridad, que llevaba aquel mismo calzon de escarlata que yo sacaba en mi gran papel del baron feroz, resolví huir de aquella tiranía, y con esta fiel compañera romper mi cadena y vivir libre como el aire. No tenemos mucho dinero; pero gracias á los dioses inmortales, somos independientes; aunque hablándoos en confianza, me admiro de que aun estemos vivos los dos.

— Si, vosotros vivís, dijo Jasper con gran interés, porque en aquel momento pensaba que tampoco sabia el cómo podria vivir; vivís, eso es admirable. ¿Y cómo?

— Mi fiel compañera dice la buenaventura, y algunas veces recoge bastante dinero cuando da con viudas ó solteras de cierta edad; pero eso es peligroso. El trabajo es dulce, caballero; pero no el trabajo forzado en el calabozo de una sala de corrección. Mi compañera ha conocido esa clase de trabajo, y en aquel intervalo la he echado mucho de menos. No llores, hechicera; lo repito, vivo.

— Ahora comprendo; vivís á sus expensas. Son excelentes criaturas en verdad, esas hechiceras como vos las llamais. Un hombre no se sabe á qué extremo puede llegar á parar. Supongo que no habeis vuelto á ver á Waife, ni á aquel bribon tan bien vestido y de tan buen semblante que os vendió el fenómeno, ni al fenómeno tampoco, ¿eh? añadió Losely estirándose y dando un bostezo cuando vió que la botella de aguardiente se habia acabado.

— Sí, he visto á Waife, á ese monstruo tuerto. Le vi ayer tarde, y fué para mí un gran consuelo.

— ¿Visteis ayer á Waife! ¿Dónde?

— En Ouzelford, de donde hemos salido mi compañera y yo esta mañana.

— ¿Y qué hacia? dijo Losely con una bien fingida indiferencia. ¿Mendigaba, rompía piedras?

— No, dijo Rugge con abatimiento; me pareció en buena posición, tenia el aspecto de un buhonero, vendia varios objetos en una banasta, sobre el Rialto, quiero decir el mercado, no tenia á su lado como yo una hechicera, sino un perrazo francés. Un perro inglés no hubiera querido semejante compañero. Pero no tenia un semblante tan alegre como cuando permanecía en mi compañía. ¿No es así, hechicera?

— Le remuerde la conciencia, dijo la hechicera con acento solemne.

— ¿Le hablasteis?

— No. Hubiera querido hablarle; pero no pudimos hacerlo en aquel momento porque no gozábamos de nuestro habitual estado de independencia. Basta fiel criatura era conducida ante los magistrados, y yo con ella; la acusaban de haber engañado á una cocinera á quien la hechicera se habia limitado á decir « que si las cartas decían la verdad, podria andar en coche. » La acusación resultó falsa, pero nosotros pasamos la noche en los oscuros calabozos, y esta mañana nos han arrojado de la ciudad y estamos en camino para otra población mas hospitalaria.

— ¿Y la niña no estaba con el viejo? ¿Qué es de ella entonces?

— Tal vez esté con él en su casa, si tiene casa; pero de cualquier modo no estaba con él en el Rialto, quiero decir, en el mercado. Lo que puedo asegurar es que hace dos años vivía con él, y entonces estaba en mejor posición que hoy, segun parece. Por eso me he alegrado de verle simple buhonero. Ha caído como las secas hojas, á semejanza del hombre á quien abandonó.

— ¿Y dónde le visteis hace dos años?

— En una aldea próxima á Humberston. Tenia una linda casa y vendia banastas. La jóven vivía con él, y era protegida de una señora, una marquesa, caballero.

— ¿Una marquesa? ¿Cerca de Humberston? Seria la marquesa de Montfort.

— Es probable; yo no me acuerdo. Lo que sé es que hace dos años mi antiguo gracioso, convertido en mi director, me dijo con sonrisa burlona: « El viejo gentleman Waife, á quien vos maltratábais tanto, y Julieta Araminta, están ahora muy bien. » Y aquel bribon me contó para hacerme rabiar, que la última vez que visitó á Humberston, en la semana de las carreras, un jóven dependiente de comercio, que hacia la corte á Colombina, que me debe á mi su educación artística, habia invitado á esta Colombina y una de sus compañeras (su tia sin duda, que hizo despues en Surrey el papel de Desdemona) á un dia de campo en un hermoso parque (¡vaya una disciplina! ¿eh? Pues bien, caballero, Colombina y su tia vieron á Waife al otro lado de un arroyo donde estaban jugueteando.

— El gracioso os lo diria acaso para haceros rabiar.

— La misma Colombina me confirmó aquella relación, y añadió que al volver á la posada del lugar para subir sobre el carro, quiero decir sobre el omnibus, preguntó si vivía por los alrededores un tal Waife, y respondieron que sí, que vivía allí con su nieta; hizo nuevas preguntas, y supo todo lo que el gracioso me habia referido. Y para que veais lo que es la ingratitud, Colombina no quiso decir que aquel traidor habia dependido de mí, y al reconvenirlo yo porque no habia denunciado al miserable, me dijo que aquello podia haber perjudicado á aquel hombre tan generoso, de tan buen corazón. ¡Una Colombina á quien yo habia dado tan buenas lecciones! Pero cuando mi gracioso, insultando mi dolor presentó ante mis ojos el cuadro de la prosperidad de mi enemigo, aquello me llegó al corazón como una puñalada. Por este motivo renimos y le abandoné á su suerte. ¡Y ahora me regocija ver al gentleman Waife reducido á la condición de buhonero! El cielo es justo, caballero, y de nuestros vicios llenos de deleite hace los instrumentos de... de...

— ¿De nuestro castigo! dijo lúgubrememente la hechicera.

Losely llamó, y al poco tiempo se presentó la criada.

— ¡Mi caballo y mi cuenta! Muy bien, M. Rugge, he pasado el tiempo agradablemente con vuestra conversación. Ahora no está mi bolsa en muy buen estado; si no fuera así os rogaria que aceptáseis...

— Cualquier bagatela, interrumpió la hechicera con su habitual gravedad.

Losely, que en su miseria tenia toda la liberalidad de un Catilina, *alieni appetens, sui profusus*, sacó algunas monedas de plata, y aunque segun su cálculo solo debían quedarle, despues de pagar la cuenta, tres chelines, arrojó dos á la hechicera. Esta los recogió haciendo una profunda reverencia, y se los entregó al derrotado monarca que la acompañaba, derramando una lágrima y exhalando un suspiro que hubiera conmovido el corazón del mas cinico republicano.

A los pocos minutos Losely estaba otra vez á caballo y se dirigia á Ouzelford, mientras Rugge y su fiel compañera se marchaban á pié por el lado opuesto, desapareciendo á los ojos de Jasper como van á desaparecer ahora de esta historia. Primero pasan cerca de

un molino de blancas paredes, despues cerca de un tronco de árbol tendido á la orilla del camino, hasta que entren en el patio de una granja próxima, mas lejos se les ve pasar cerca de una zanja llena de agua estancada al lado de un estercolero. Aquí el camino hace un recodo, y el estercolero los oculta. Ya han desaparecido de la superficie del mundo.

V.

La ciudad que yo oculto bajo el nombre de Ouzelford, que hace ya bastantes años era representada en el Parlamento por Guy Darrell, y que tal vez en el porvenir conservará en el salon de las juntas del consejo municipal el retrato del distinguido orador, es una de las mas hermosas de Inglaterra.

Si os acercáis á sus arrabales por el camino de Londres, se os presentará coronando con sus blancas casas la elevada meseta donde se halla situada. Por un lado vereis fértiles cercados que aun no han sido sacrificados á las duras exigencias de la agricultura moderna; mas allá bosques venerables y verdes prados que rodean muchas casas de campo, donde se encuentra una franca y hospitalaria acogida.

Los castillos de los grandes no ocultan á las modestas casas del simple caballero ó del squire las bellezas del paisaje, ni amenazan « con la influencia legitima de la propiedad » los votos de los ciudadanos recalitrantes.

Por todas partes, como para indicaros el camino del cielo, se elevan las torres de las iglesias, rodeadas de modestas cabañas en el fondo de los valles ó en la falda de las colinas. En el horizonte una cadena de montañas se confunde con las nubes. En el centro de la ciudad, próxima á las ruinas de un antiguo castillo, cuyos muros están cubiertos de hiedra, se eleva la catedral, dominando toda esta escena.

Las quintas donde los comerciantes van á descansar de sus negocios, adornan el camino por ambos lados con sus jardines cultivados con esmero. El pequeño río, ó por mejor decir, el arroyo Ouzel, que da su nombre á la ciudad, corre entre espesos matorrales y frondosos árboles, y crece en importancia al pasar bajo los arcos de un antiguo puente; despues desliza sus claras aguas por fértiles praderas, donde pacen numerosos rebaños, perdiéndose por último entre los verdes juncos, y lo que bajo el puente de la ciudad tenia el aspecto de río majestuoso, se convierte en un arroyuelo humilde en las soledades de los campos.

De una de las mas hermosas de aquellas quintas sale un caballero de una edad media, y un semblante dulce que previene en su favor. Una jóven sin sombrero, con un pañuelo sobre sus hermosos cabellos negros, le acompaña hasta la puerta del jardín, y asiendo afectuosamente las manos del gentleman le suplica que tenga cuidado de no mojarse los piés al caminar por la orilla del agua, que vuelva antes que sea de noche, porque los periódicos hablan de personas robadas y asesinadas en los caminos, hasta en los mas frecuentados, y sobre todo que no dé oído á los mendigos y se deje engañar por ellos.

Por último, antes de separarse de él le abotona el gaban hasta el cuello, le coloca en los oídos unos pedacitos de algodón, y se separa de él cariñosamente.

El gentleman echó á andar como un hombre que no tenia necesidad de todos aquellos consejos inspirados por la ternura.

— ¡La pobre niña, murmuraba, es como su madre! ¡Querida Ana Maria, cuán feliz soy al verla tan bien casada!

A los pocos pasos, al echar por un camino de la derecha que terminaba en la estacion del camino de hierro, se encontró de pronto con otro gentleman, mucho mas jóven, y con un traje propio de un ministro de la iglesia. Ambos se reconocieron con sorpresa.

— ¡Qué veo! ¡M. Jorge Morley!

— ¡M. Hartopp! ¿Cómo os va, mi respetable amigo? ¿Cómo os encuentro aquí tan lejos de vuestra casa?

— He venido á ver á mi hija Ana Maria que se ha casado hace poco tiempo con el jóven Jessop. Su padre es uno de los primeros negociantes de Ouzelford; de una de las familias mas dignas y respetables. La jóven pareja habita ahí en esa hermosa quinta. ¿Y vos ireis á Ouzelford? Iremos juntos. Yo voy á leer los periódicos. Pero vos vendreis acaso de Londres. ¿Qué noticias traeis?

— No sé nada. No vengo de Londres, y no he leído los periódicos.

— ¡Oh! qué individuo tan extraño nos sigue. ¿Es acaso criado vuestro?

— ¿Mi criado? No, es mi compañero de viaje ó por mejor decir mi guía. Voy á Ouzelford con la débil esperanza de descubrir en esa ciudad un pobre amigo á quien busco hace mucho tiempo.

— Tal vez puedan ayudaros los Jessops, ellos conocen en Ouzelford á todo el mundo. Pero puesto que la casualidad me ha hecho encontraros, voy á pedir os consejo acerca de cierto asunto que me inquieta mucho hace veinte y cuatro horas, respecto de una persona que he descubierto en Ouzelford, aunque no la he buscado por cierto, una persona de quien hablamos hace algunos años vos y yo en casa de vuestro digno padre.

— ¡Ah! dijo Jorge vivamente, ¿de quién hablais?

— De aquel singular vagabundo, que decia llamarse

Chapman, siendo su verdadero nombre William Lose-ly, un criminal que habia cumplido su condena. Vos deciais que era inocente, aunque él mismo se declaró culpable ante el tribunal.

— Su carácter prueba lo contrario. ¡Oh! ¡M. Hartopp! ¡Cometer aquel hombre el crimen que se le ha imputado! ¡hacerse culpable de un robo premeditado, de ingratitud, de abuso de confianza! ¡Un hombre que rechaza el dinero que no gana, aunque se lo ofrezcan con súplicas sus amigos! ¡Un hombre que se ha marchado voluntariamente, solo, á sus años, para ganar un pedazo de pan en un humilde oficio, por no comprometer la felicidad de la niña por cuya existencia ha velado! ¡El ladrón! No le creais aunque se acuse á sí mismo. Tal vez hace uso de esa noble mentira por salvar á otra persona. ¿Pero sabeis de él? ¿le habeis visto en Ouzelford?

— Sí.

— ¿Cuándo?

— Ayer. Yo estaba en el salon de lectura, junto á la ventana, y vi un gran perro blanco, que reconocí al punto, aunque estaba algo cambiado en su traje natural, y tenia las lanas tan largas como una lama del Perú. ¡Ese es sir Isaac! dije para mí. Detrás de sir Isaac vi despues á Chapman (yo le llamo así) con una cesta bajo el brazo como las que llevan los buhoneros, y con gran sorpresa mia vi á Jessop el padre, que es un hombre grave, de maneras reservadas, tal vez demasiado solemnes, (sea aquí dicho *inter nos*), hablando con Chapman con afabilidad y comprándole algo de lo que llevaba en la cesta. Al poco tiempo se alejó Chapman y no tardé en perderle de vista. Jessop entró en el salon de lectura.

— Os he visto, le dije, hablando con un viejo buhonero, que tiene un perro de aguas francés.

— Sí, me respondió, es un buen hombre; habla de un modo que conmueve. Es preciso que le conozcáis.

— Gracias, le dije, no quiero que me engañe.

— No temais, es el hombre mas sencillo del mundo.

Al oír estas palabras me costó trabajo contener la risa.

— ¿Y vive aquí, pregunté, y es un buhonero ambulante? Entonces me dijo Jessop que hacia dos semanas que le habia visto por la primera vez, y que al principio le trató con aspereza creyendo que era un vagabundo vulgar, pero que Chapman le respondió en tan buenos terminos y le enseñó tan bonitas cosas de su cesta, que Jessop le compró unos puños para Ana Maria, y creyendo en el curso de la conversacion, supongo que por alguna seña, que Chapman era francmason, como mi amigo, que entusiasta por esa locura, es maestro de una lógia, encontró en el buhonero un nuevo atractivo. Jessop se aficionó á él de tal modo que le ofreció su proteccion y le proporcionó alojamiento en la casa de una anciana viuda que vive en un extremo de la poblacion, y fué en otro tiempo criada de su familia. ¿Y qué diriais que le compró? Un par de guantes de lana que me ha regalado. Justamente los llevo puestos. Mirad, están bien hechos y abrigan mucho. Pero yo he guardado para mi consejo lo que sé de Chapman y no le he dicho nada á Jessop para que esté alerta. Muchas veces me pesa haber obrado así. Por otra parte, aunque ese hombre haya cometido un crimen, lo que vos os negais á creer, me parece muy cruel descubrir su afrenta y colocarle en la imposibilidad de ganar de comer. Por otra parte, si fuera aun un ladrón, un hombre peligroso, no debería... no debería... ¿Vos que sois eclesiástico y hombre instruido no me podreis aconsejar?

— Mi querido M. Hartopp, no atormentéis vuestra conciencia con ese dilema que os honra. Ayudadme á encontrar á ese antiguo amigo, ó por mejor decir, bienhechor mio, y espero convencerle para que al menos, si no vuelve á la casa donde le esperan, se venga á vivir conmigo. ¿Sabeis el nombre de esa viuda en cuya casa se hospeda?

— Sí, se llama Halse, y yo conozco bastante bien la poblacion para acompañaros, si no á la misma casa, al menos á sus cercanias. Permitidme que os acompañe, porque os aseguro que á pesar de la ligereza con que he hablado de Chapman jamás me ha interesado tanto ningun hombre. Muchas veces me he reconvenido por haber sido tan duro con él, muchas veces le he visto en mis sueños, vagando por el mundo, desterrado de la sociedad y privado de la niña que me confié. Ayer hubiera corrido hácia él ó esta mañana hubiera ido á verle para decirle que dispusiera de mis servicios, si no me hubieran hablado con tanta severidad de él y de su hijo; si no hubiera sido reprendido, por solo pronunciar su nombre, por un hombre tan respetable, que goza de una consideracion tan general como Guy Darrell, el gran Darrell.

Jorge Morley exhaló un suspiro.

— Yo creo, dijo, que Darrell ignora la historia del anciano Lose-ly, y está prevenido en contra suya por los delitos de su hijo, en cuyas manos (aunque no se os puede culpar por la facilidad con que lo hicisteis sin prever las consecuencias) entregásteis á esa pobre niña sin madre.

— ¿No está ahora con su abuelo? Espero que vivirá aun á pesar de que estaba muy delicada.

— ¡Sí, vive y está en seguridad! Pero cuidado.

Y al pronunciar Jorge estas últimas palabras, un hombre á caballo que se dirigia rápidamente hácia el puente, pasó tan cerca de nuestros dos amigos, que Jorge Morley apenas tuvo tiempo de empujar á Hartopp echándole á un lado para que no fuera atropellado por el caballo.

— ¡El imprudente! exclamó el bondadoso M. Hartopp indignado, limpiándose el polvo de que le habia cubierto el jinete al pasar. Debe estar borracho.

El jinete al llegar al puente se detuvo un momento para pagar el peaje. Entonces M. Hartopp y Jorge pasaron á su lado y observaron con alguna atencion su rostro sombrío y sus músculos de atleta. A pesar del traje grosero de aquel hombre y el cambio que debian haber producido en él los hábitos de intemperancia, se notaba aun en su persona algunos restos de una elegancia natural que en otro tiempo debia haber acompañado á unas proporciones mas simétricas. Al penetrar en la ciudad, el caballero entró en la primer posada que encontró. Jorge Morley y M. Hartopp seguidos á poca distancia por Merle, el compañero de viaje del primero, se dirigieron al otro extremo de la poblacion, y despues de preguntar dos ó tres veces por la viuda Halse, Prospect Row, llegaron á un grupo aislado de cabañas, muy agradablemente situadas sobre la falda de una colina, dominando de frente los tejados de la ciudad y las resplandecientes vidrieras de la catedral. Por detrás de aquellas cabañas se extendian sus deliciosos jardines.

La habitacion de Mrs. Halse estaba al extremo de aquel grupo de cabañas; pero la puerta estaba cerrada, preguntaron á una vecina y les dijo que Mrs. Halse se habia marchado para pasar fuera de su casa aquel día, y que su huésped, que tenia la llave, rara vez volvia antes de la noche; sin embargo, le encontrarían en el mercado de granos ó en las calles cercanas, para lo cual les ofreció un muchacho que les guiase. Jorge consultó aparte con Merle, y resolvió enviar al rememond con el guía; pero le encargó que no dijese que él le acompañaba temiendo que Waife, en su obstinacion, prefiriese ocultarse á volver á encontrar los amigos de quienes huía.

Merle se marchó con un niño de rubia y rizada cabellera, que parecia muy complacido á la idea de dar caza á sir Isaac y á su amo. Hartopp y Jorge abrieron la puertecilla del jardín, situada detrás de la cabaña, y se sentaron pacientemente en un banco, debajo de un viejo manzano. Despues de algunos minutos de conversacion, observando que una de las ventanas daba al jardín, Jorge se levantó involuntariamente y miró el interior de la habitacion.

A la primera mirada comprendió que aquella habitacion era la de su amigo. Aunque pequeña, era agradable, y estaba muy limpia. Un pinzon cantaba en una jaula de mimbre colocada en el borde interior de la ventana; al lado de la jaula habia una maceta de flores. Sin duda se habia quedado abierta la ventana que daba al Mediodía para que el pájaro y la planta gozasen del aire y del sol.

Sobre una mesa, cerca de la chimenea, entre la ventana y la puerta, estaba la pipa de Waife y la bolsa de tabaco construida por los lindos dedos de Sofia. Jorge vió tambien con emocion sobre aquella mesa la Biblia que habia regalado al pobre buhonero, al lado de los anteojos de que Waife tenia que servirse hacia algun tiempo para leer.

El aspecto de aquella habitacion indicaba la habitual limpieza de Waife. Para Jorge era evidente que aquellas sillas habian sido arregladas por el mismo Waife, y que por política habia barnizado el retrato de un hombre con traje azul y chaleco de ante, sin duda el llorado esposo de la viuda hospitalaria.

Jorge hizo una seña á M. Hartopp para que se acercara y mirase tambien el interior, y cuando el digno negociante se inclinaba por encima de su hombro, le dijo en voz baja:

— ¿No hay en la habitacion que habita un hombre algo que indica su carácter? ¿Será culpable el hombre que aqui habita?

M. Hartopp iba á responder, cuando oyeron el ruido de una llave que giraba bruscamente en la cerradura de la puerta; apenas habian tenido tiempo de retirarse de la ventana, cuando Waife entró precipitadamente en la habitacion, seguido no de Merle, sino por el caballero de rostro torbo que habian encontrado en el camino.

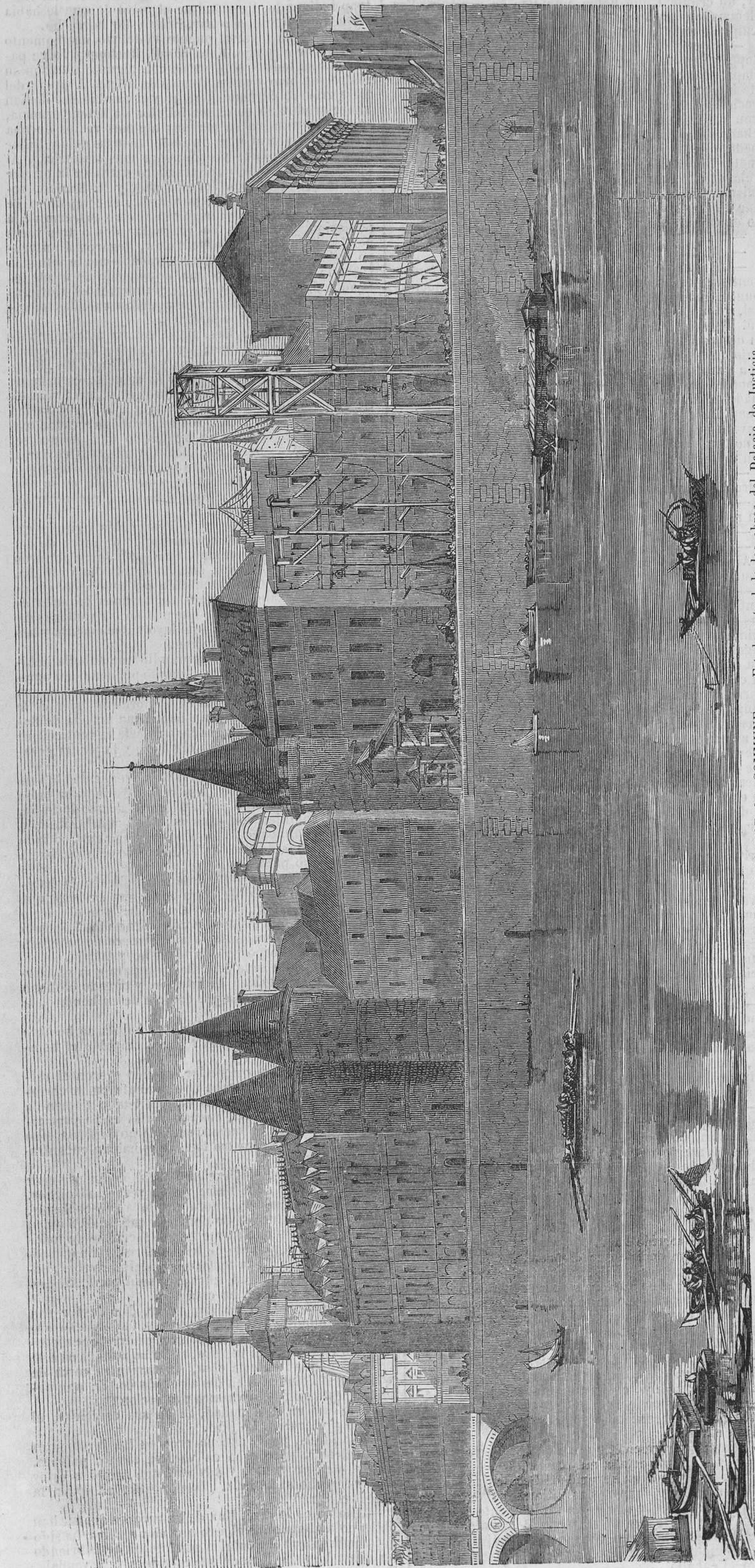
— ¡Gracias al cielo! exclamó Waife dejándose caer sobre una silla; aqui nadie puede vernos ni oírnos. Ahora podeis hablar, ahora puedo yo escucharos. ¡Oh! hijo desnaturalizado del ángel que perdi, á quien en vano he intentado salvar por el sacrificio de todos mis derechos al respeto de los hombres, ¿con qué objeto me buscis? Nada tengo que podais llevaros. ¿Será acaso la niña? Mirad, mirad, buscad por todas partes, registrad la casa. No está aqui.

— Perdonadme, si podeis, señor, dijo Jasper con tono casi humilde. Al menos de vos todo puedo sufrirlo. Pero estoy en mi derecho al pedir os que me digais sin equívocos ni reserva, si Sofia, aunque no esté en la actualidad en esta casa, se encuentra cerca de vos, en esta ciudad ó en los alrededores. En una palabra, ¿está aun bajo vuestra proteccion?

— No está en esta ciudad, ni en sus cercanias, ni bajo mi proteccion. Lo juro.

— No juréis, padre; yo no creo en los juramentos de los demás, pero creo en vuestra simple palabra. Ahora, otra pregunta, y advertid que tambien estoy en mi derecho al hacerla. ¿Dónde está? ¿A quién la habeis confiado?

— Eso no os lo diré. Una de las razones que me han obligado á abandonar el aire que ella respira, ha sido el impedir os que descubrais sus huellas descubriendo las mias. Ya está libre de que la robeis y la vendais. Podeis atormentarla, hacerla ruborizar de vergüenza



RESTAURACION DE LOS EDIFICIOS INCENDIADOS POR LA COMMUNE. — Estado actual de las obras del Palacio de Justicia.

proclamando que sois su padre ; pero volver á apoderaros de ella para entregarla á la infamia y al vicio, nunca, nunca. Ya no está bajo la salvaguardia de un miserable convicto, á quien la ley no puede respetar; no es ya una niña abandonada, sin voluntad. Ahora nada tiene que temer, inútiles serán todos vuestros esfuerzos para cubrirla de ignominia. ¡Oh! Jasper, Jasper, sé compasivo, ella es de una salud tan delicada, es tan sensible á la menor reconvenccion, tan susceptible sobre cualquier asunto de honor, que no soy digno de permanecer ahora á su lado. Yo hace tiempo que vivo como un miserable vagabundo, y aunque inocente, estoy marcado con el sello de la infamia. Pero tú que nunca la has amado, que no puedes echarla de menos, tú que no sientes como yo despedazado el corazon al pensamiento de haberla perdido, saldrías de una de esas casas de infamia donde has pasado voluntariamente tu vida para decirle : « Desciende de tu morada bendecida por Dios, para venir conmigo. » ¡Oh! no, no, Jasper, vos no haréis eso, no podeis hacerlo, sería preciso que vuestra alma tuviera la infernal maldad del demonio.

— Padre, callad, exclamó Jasper trémulo y con el rostro livido. Yo os debo mas á vos que á esa chiquilla. Conozco mejor que vos el falso brillo de todas esas muñecas de cera de las cuales muchos ilusos hacen sus ídolos. A cada paso se encuentran en la calle muchas de esas lindas muchachas de ojos azules ó negros; los hombres que las llevan del brazo se jactan de poseer en su adorada ó en su hija un ángel de pureza. Pero yo nada debo á esa niña. Sé que á vos os lo debo todo. Me ordenais que no la busque, y me decís : « Yo soy tu padre. » ¿Crees que no padezco y no me siento humillado al venir á recordaros que yo soy vuestro hijo?

— ¡Jasper! murmuró el anciano volviendo los ojos sorprendido por el contraste que se advertía entre aquellas palabras de ternura filial y el cinismo que demostraba al hablar de otros lazos no menos sagrados.

— Y cuando recuerdo, prosiguió Jasper, lo mucho que me amábais en otro tiempo y los sacrificios que me hacíais por aquel amor, siento un amargo resentimiento contra esa niña que ocupa en vuestro corazon el lugar que me pertenecía y os hace indignaros contra mí porque tengo la pretension de buscarla. Qué, me acusáis de la maldad de un demonio porque no quiero morir de hambre mientras esa niña que me ha robado vuestro cariño nada en la abundancia, porque veo en ella el único y último recurso que puede impedirme deshonoraros y afligiros aun mas de lo que lo he hecho hasta hoy?

— Es que aunque Sofia estuviera en vuestro poder, Darrell no se prestaria mas fácilmente á enriqueceros ó á ayudaros. Nunca querría creer vuestro cuento, ni se dignaria examinar las pruebas.

— Quizás lo haria al fin, respondió Jasper de una manera evasiva. Es indudable que con toda su fortuna, y no teniendo mas heredero que un pariente lejano, hijo de un disipador arruinado que se casó con la hija de un comerciante de paños, debe tener mas necesidad que vos de una nieta. Además, esas pruebas de que hablais os han convencido y dais fe á ellas.

— Sí, yo lo creí porque para mí era dulce creerlo. ¡Ah! ¡con qué alegría fui á buscaros á Paris cuando cumplí mi condena! Engañado por cartas, muy raras en verdad, que os dignásteis escribirme, me halagaba la idea de que para recompensarme por haber expiado vuestro crimen, os encontraría en cambio, al volver á veros, bueno, honrado, estimado, purificado, digno de vuestra pobre madre, cuyo recuerdo hubiera debido preservaros del mal. Pero cuando os ví ennegado en el vicio, sócio de una casa de juego, y lo que es mas infame todavía, viviéndo á expensas de mujeres perdidas, dominado por aquella vil Desmarts... ¡Mi hijo, mi hijo, el hijo de mi pobre Lizzy, rechazado para siempre de la sociedad! Entonces hubiera muerto de dolor y de vergüenza si no me hubiérais dicho al jactaros de la impostura de que os valisteis para sacar á Darrell el dinero que pertenecía á su nieta, que la niña vivía todavía. ¡Oh! sí, sí, yo os creí entonces, porque al menos me quedaba un ser á quien amar, á quien poder consagrar mi vida.

La voz del viejo se apagó en un sollozo. Jasper, á pesar de su depravacion, se sintió conmovido hasta el punto de verter lágrimas, y se arrojó á los piés de su padre, ocultando el rostro entre sus manos temblorosas.

— Señor, señor, dijo con voz entrecortada, no lloréis delante de mí. Vos no me creereis, pero os aseguro ante Dios, que si resta aun en mi corazon afecto para un ser humano, vos sois el que lo inspirais. Si fui bastante miserable para hacer recaer en vos el peso de la pena que yo debía haber sufrido, era por vanidad mas bien que por egoísmo, vanidad absurda, eonvengo en ello.

(Se continuará.)

Los Editores-Propietarios responsables :

X. DE LASSALLE Y MÉLAN

Paris. — Tipografía de J. Best, 15, rue des Missions.

siasmo por los que se habian quedado en el convento, y el organista se encargó de ir á la Alberca en busca de los cazadores y de nuevas provisiones, que ya se hacian escasas.

Después de tomar el chocolate en la sombría cocina del convento, se cantó en la iglesia el oficio de difuntos, por correr á la sazón el mes de noviembre, que es el dedicado á las almas del purgatorio.

Cuando las últimas graves y solemnes notas se perdieron en la bóveda, cada cual volvió silenciosamente á sentarse junto al hogar encendido, y se pasó la velada en hablar de los proyectos del día siguiente.

Así que amaneció este, las señoras que, gracias al cansancio, habian pasado una excelente noche, reunidas todas en una celda, se vistieron apresuradamente y fueron á lavarse, como princesas de la *Odysea*, en el claro arroyo que baña la cerca del convento. Felizmente habian traído tohallas, pues según aseguró la mujer del guarda, entre los sencillos habitantes de la vecina sierra eran pocos los que habian vuelto á lavarse desde el día en que nacieron.

Celebrábase aquel día la fiesta de San Juan de la Cruz, que es uno de los patronos del Carmelo, y aunque ya se oían entre los matorrales los gritos de los cazadores y los ladridos de los perros, fué necesario oír misa antes de partir, en la iglesia del convento. En España es la vida una serie de prácticas austeras y de alegres diversiones, que lo mismo hacen necesaria la presencia del capellan en una partida de placer que en un entierro.

«Salimos del convento por una puerta de la tapia que mira al Norte, y agarrándonos á los matorrales, conseguimos llegar á fuerza de trabajos á una especie de observatorio, obra del Creador, desde donde podiamos asistir á la cacería sin correr riesgo alguno.

» ¡Cuál sería nuestra emoción cuando á poco de llegados vimos pasar, ligero como una flecha, un ciervo herido que perseguían los cazadores! Ya creíamos por el silencio que observamos que estos habrían perdido la pista, cuando sonaron furiosos ladridos primero, el sonido de las cornetas después, y mas lejos frecuentes descargas que nos asustaron de tal manera que corrimos á refugiarnos en la cerca.

» Una vez allí, visitamos la ermita del guardian, que es la mejor conservada. Sobre el altar, en pie todavía, habia un pupitre en que me puse á escribir á mi hija; pero en aquel momento entró un pobre perro herido, y mientras el hijo del guarda lo llevaba al convento para que lo curasen, nos fuimos de nuevo á visitar la ermita del padre Cadete, adonde involuntariamente se dirigian siempre nuestros pasos.

Antonio, el hermano del capellan, quiso entrar en el subterráneo en que el anacoreta acostumbra á sepultarse. Al levantar la plancha que lo cubre, salió una mariposa que primero nos pareció negra, pero que luego nos dejó admirar los mas ricos colores. Antonio siguió removiendo la tierra, y encontró una de esas suelas de corcho que los mismos anacoretas fabrican, y que debió de pertenecer á una sandalia de aquel santo hombre. Clavé la mariposa en la suela, y las guardé con otras reliquias recogidas tambien en aquellos mismos sitios.

» Visitamos en seguida el interior del convento, cuyas celdas están arruinadas en su mayor parte; cada una se componia de dos piezas, dormitorio del religioso la primera, y dedicada al trabajo la segunda. Tenian además un pequeño jardín sembrado de árboles frutales y plantas medicinales, regado por una cañería que corre de uno á otro jardín. Lo que jamás nos llamó la atención en ellos, fué el gran número de magníficos naranjos, cargados de frutas.

Recorrimos tambien la biblioteca, que á juzgar por los estantes debió de ser muy rica, pero en la que no se conservan hoy día mas que algunas hojas apolilladas, habiendo ido á parar algunos de sus libros á la Alberca y perdidos la mayor parte.

Nada hemos dicho de las cuatro capillas que ocupan los cuatro ángulos del claustro. Cada una tiene un altar en que se veneran los santos de los anacoretas, santa Teresa y san Juan de la Cruz.

Acababan los viajeros de visitar el convento, cuando un tiro avisó la vuelta de los cazadores: á mas del ciervo herido, que vieron perseguido por los perros, traian un enorme jabalí de mas de doscientas libras de peso. El destrozo se hizo en el patio del convento, guardándose los cuernos y los colmillos para los amigos ausentes.

Concluida esta operacion, se reunieron de nuevo en la cocina para oír las proezas de los cazadores; esta eterna escena de *les Facheux*, de Molière, que lo mismo se representa en las Batuecas que en el resto del mundo.

Aquí termina su relacion la condesa de las Navas, y me atrevo á esperar de vos, señora, que en adelante ya no dudareis de la existencia del misterioso valle de las Batuecas. Réstame saber si entre las muchas dudas que, como al comun de los mortales, os agitarán ciertamente, era esta de las que mas empeño teniais en dilucidar; pero me parece este empeño háto delicado, y me detengo aquí sin añadir mas que una sola palabra.

Decís en vuestras Memorias, que siendo muy joven recibisteis del aya del rey Luis Felipe vuestra primera leccion de socialismo. ¿Quién sabe si sería el rey Luis Felipe, á su vuelta de España, el primero que dió á su aya noticias de las Batuecas?

ANTONIO DE LATOUR.

(El Tiempo.)

Literatura sanscrita.

EL RAMAYANA.

I.

Dos grandes poemas nos ha legado la India antigua, poemas primitivos, espontáneos, probablemente formados á la manera de la *Iliada* ó del *Romancero*, y esencialmente distintos de las producciones eruditas y artificiosas del poeta Kalidasa que floreció en la celebrada corte del radjá Vikramaditia, contemporáneo de Augusto (1). Estos poemas son el *Mahabharata*, atribuido á Krisna-Dvaipayana, por otro nombre Veda-Vyasa, y el *Ramayana*, atribuido á Valmiki.

La época en que han sido escritos estos poemas, es tan incierta como el verdadero nombre de sus autores. Inútil nos parece decir que ni Veda-Vyasa ni Valmiki son otra cosa que personajes legendarios, bajo cuyo nombre se ha publicado la coleccion de rapsodias que constituye ambas producciones. La misma cuestion que respecto á Homero ha suscitado la crítica, se presenta á propósito de Valmiki y Veda-Vyasa; pero así como la existencia del autor de la *Iliada* se halla todavía en cuestion, ningun escritor serio se atreve, por el contrario, á sostener que Valmiki ni Veda-Vyasa tengan realidad histórica. El *Mahabharata* y el *Ramayana* son inmensas compilaciones de rapsodias, debidas, no solo á numerosos poetas, sino á épocas muy distintas, y redactadas en su forma actual por algun escritor erudito en época relativamente moderna. Con respecto al *Mahabharata*, la cuestion no da lugar á dudas. Se sabe con certeza que en su redaccion primitiva, probablemente muy próxima á la fecha de los sucesos que refiere (1250-1200 a. d. C.), constaba de 8,000 *slokas* ó disticos, al paso que en su forma actual se compone de la enorme cantidad de 100,000 disticos. El poema ha sufrido todo género de interpolaciones, entre las cuales merece notarse el célebre episodio filosófico del *Bhagavad-ghita*; si á esto se añade que en él se hace mención de personajes y hechos de fecha muy reciente (165 a. d. C.), es fácil comprender que su redaccion definitiva ha sido objeto de un trabajo de siglos, y que el nombre de su supuesto autor no tiene valor alguno á los ojos de la crítica.

A pesar de la incontestable importancia del *Mahabharata*, no es posible concederle el nombre de epopeya. Lejos de expresar la civilizacion entera de una edad humana, lejos de cantar un hecho de aquellos que llevan en sí el porvenir de la humanidad (condiciones inexcusables de la verdadera epopeya), limitase á referir la larga y encarnizada guerra entre los Kurus y los Pandavas (1250-1200 a. d. C.), guerra terminada por la sangrienta victoria de los Pandavas en los campos de Kurukhetra, donde pelearon dos formidables confederaciones de pueblos diversos; batalla que recuerda, como con razon dice Lenormant (2), la no menos terrible de los campos Catalaúnicos en que concluyó el poderío de Atila. Y no solo carece de esta condicion esencial de la epopeya, no solo es un mero poema nacional y heroico, sino que en vez de ser una concepcion unitaria y orgánica, es una aglomeracion confusa de episodios inconexos, de fastidiosa lectura, donde no hay pensamiento capital, ni protagonista, ni plan alguno; condiciones sin las cuales la epopeya no existe. Tan clara y manifiesta es la diferencia que hay entre este poema y el *Ramayana*, diferencia que coloca al uno en el número de los poemas heroicos nacionales, y al otro en el de las epopeyas, que los mismos indios la reconocen y confiesan y aunque de un modo imperfecto distinguen el uno del otro denominando al *Mahabharata itihasa* (coleccion de tradiciones), y al *Ramayana adikavya* (poema antiguo). Es pues indudable que la verdadera epopeya de los pueblos indo-aryanos es el *Ramayana*.

Sin poseer las elegantes proporciones de los poemas clásicos, el *Ramayana* es, sin embargo, un poema regular, formado con arreglo á un plan preconcebido y con rigurosa unidad de pensamiento. Un solo hecho fundamental, realizado por un verdadero protagonista, á quien se opone, como en casi todos los poemas, un *anti-protagonista*, constituye la base de la obra. Numerosos episodios, con frecuencia sobrado extensos y no muy bien relacionados con la accion, la diversifican; pero aun en medio de este desorden la unidad del poema no se pierde, como acontece en el monstruoso plan del *Mahabharata*.

Estas cualidades denotan que el *Ramayana* ha sido compuesto en época posterior al *Mahabharata*; y con efecto, todos los críticos convienen en que su redaccion definitiva debe fijarse en el siglo VIII (a. d. C.).

(1) Kalidasa representa en la literatura sanscrita el papel que representaba en la clásica su contemporáneo Virgilio. El Ragú-Vansa, que es el mas notable de sus poemas, está con el *Ramayana* en la misma relacion que la *Eneida* con la *Iliada*. Kalidasa como Virgilio son los poetas cortesanos que dan forma erudita y elegante á las gigantescas creaciones épicas de la poesia primitiva.

(2) *Histoire ancienne de l'Orient*, tomo III, libro VIII, capítulo III.

Adviértese, además, que el trabajo de redaccion no ha sido tan lento, por lo cual las interpolaciones no abundan tanto como en el otro poema. Formado indudablemente por una coleccion de rapsodias, reunidas bajo el legendario nombre de Valmiki, el *Ramayana* fué arreglado y compilado en breve plazo y por manos hábiles y cultas que la del compilador del *Mahabharata*. De menor extension que este, conserva, sin embargo, las proporciones colosales de todos los monumentos del arte y de la literatura de los indios. Consta de seis libros, divididos en 540 capítulos, que contienen 48,000 versos.

Dos redacciones diferentes existen del *Ramayana*, obra acaso de dos distintos compiladores. La una se ha formado en las provincias del Norte de la India, y suele usarse en Benarés; la otra recibe su nombre de la parte de Bengala á que se llama el Gauda: esta redaccion es la que habitualmente siguen los traductores europeos, y á ella ha arreglado Gorresio su traduccion italiana (Paris, 1843-1859). Existe además una traduccion francesa debida á M. Fauche (Paris, 1854-1858). El mismo traductor, deseando sin duda vulgarizar el poema, ha hecho con él lo que nuestro Quintana hizo con el *Bernardo*, de Balbuena; le ha abreviado, acortando los episodios, suprimiendo muchas digresiones y toda la introduccion, y le ha publicado en dos volúmenes en 1864.

II.

Canta el *Ramayana* la derrota y muerte de Ravana, rey de los Rakshasas ó demonios vampiros establecidos en la isla de Lanka (Ceylan) y la conquista de esta isla; empresas ambas llevadas á cabo por Rama, hijo de Dasaratha, rey de Ayodhya (Oudda), en union con los ejércitos de monos y osos, acaudillados por Sugriva, rey de los primeros. Si tal asunto fuera interpretado literalmente, la crítica no veria en el *Ramayana* una gran epopeya, sino un caprichoso cuento de hadas, semejante á los que se contienen en las celebres *Mil y una noches*, ni concedería á este poema otra importancia que aquella á que se hiciese acreedor por su mérito literario.

Fácilmente comprenderá el lector que esta fábula es una forma simbólica que oculta un hecho real y una concepcion grandiosa, y así es en efecto; para la crítica moderna Rama, Ravana y Sugriva con sus ejércitos de demonios, osos y monos, son personificaciones colosales de pueblos y razas, y la expedicion contra Lanka no es otra cosa que la lucha formidable que sostuvieron los Aryas con los primitivos pobladores de la India, y cuyo resultado fué el triunfo de la civilizacion fecunda y progresiva de nuestra ilustre raza sobre las tribus bárbaras que ocupaban el Indostan. Por ser el *Ramayana* expresion de este grande hecho, á cuyo feliz resultado debe seguramente el mundo culto la civilizacion y prosperidad de que disfruta; por cantar, no una lucha intestina como la gran guerra que celebra el *Mahabharata*, sino un hecho de trascendencia universal y de consecuencias incalculables; y por ser al mismo tiempo fidelísima representacion del ideal y de la civilizacion de los indios, es decir, del ideal y civilizacion de la rama mas ilustre y antigua de los Aryas, origen y fuente probable de toda la cultura europea, es por lo que el *Ramayana* merece el nombre de epopeya y la reputacion é importancia de que goza en la literatura y en la historia.

Entiende la crítica moderna, según hemos dicho, que la lucha de Rama contra Ravana representa simbólicamente la lucha sostenida entre los Aryas invasores de la India, contra las tribus indígenas que la poblaban. Para poner en claro esta cuestion y determinar precisamente, en lo que cabe, qué significan y á quién representan los extraños personajes de la epopeya, conviene hacer algunas indicaciones acerca de las diversas razas que existian en la India, cuando verificada la dispersion de los Aryas pobladores de la Bactriana, la rama que luego se ha denominado India, penetró en aquellas apartadas comarcas en una época remota que aproximadamente puede fijarse hácia 2500-1500 (a. d. C.).

Los primeros habitantes de la India fueron tribus de la raza *melania* ó negra (1), raza que acaso es la mas antigua, que sin duda dominó gran parte de la tierra hasta ser sometida y casi exterminada por otra superior (la amarilla), sojuzgada á su vez por la raza privilegiada entre todas, por la raza *princeps*, por la blanca. Estos negros, de quienes son acaso rama desparecida los habitantes de la Australia, no han desaparecido por completo de la India. El pueblo que ocupa la comarca llamada Ghondavana y que se divide en la nacion de los Ghonds, la de los Kolas y la de los Sauras; las tribus de los Kolás propiamente dichos, los Bhillas, los Meras, los Tchitas, los Minas, los Paharias de Bengala, los Ravats ó Radjis y los Doms del país de Kamaon son restos esparcidos de aquella primitiva poblacion negra, que hoy ascienden á siete ú ocho millones de hombres, y que á pesar de su largo contacto con los Aryas, conservan todavía las groseras supersticiones y las bárbaras costumbres propias de su raza.

(Se continuará.)

(1) Lenormant, *Histoire ancienne de l'Orient*, tomo III, libro VIII, cap. I.



TROUVILLE. — Experiencias de artillería hechas en presencia del Presidente de la República.

LOS

Palomos viajeros.

I.

No es posible leer en París las tres palabras que encabezan este artículo sin que al punto no se despierten los dolorosos recuerdos del sitio, junto con una especie de curiosidad y de interés acerca de los alados viajeros que prestaron tan inapreciables servicios.

Así se explica el gran éxito obtenido por la exposición y por el *lâcher* de los 479 palomos belgas en el palacio de la Industria el 11 de agosto. En presencia de esa curiosidad y ante el deseo del público de querer conocer en sus detalles la enseñanza y costumbre de esos graciosos mensajeros, hemos pensado que un estudio completo y especial sobre el asunto podría ser útil y oportuno en nuestro periódico ilustrado.

Por esta razón el dibujante señor Miranda y el autor de este artículo acaban de devolver á los palomos de Courtrai la visita que ellos hicieron á los parisienses. Hé aquí el resultado de tan curioso estudio:



LOS PALOMOS VIAJEROS.

Interior del palomar á que pertenece el palomo vencedor en el concurso de Paris.

En Francia la pasión del *sport* está poco extendida, sin duda porque pocos hombres se creen con los medios de satisfacerla. En Bélgica no es así. Los obreros franceses suelen de tiempo en tiempo asistir á las carreras y las regatas, pero nunca tienen idea de crearse placeres análogos; en tanto que el obrero belga se pregunta, cuando vuelve de esos espectáculos, si no habría un medio menos costoso que las cuatro herraduras de un caballo ó los ocho remos de un bote, para satisfacer la afición propia á los triunfos que se disputan en luchas pacíficas. Con tales predisposiciones, se

no están muy en boga, y así es que las citamos de paso. Con efecto, contrariadas un instante por una ley prohibitiva, anulada despues, no han vuelto á encontrar sus antiguos apasionados. En cambio las luchas de pájaros-cantantes, esencialmente populares, no han perdido nada de su antiguo favor. Gana el premio aquel pájaro, canario ó pinzon, que haya repetido su canción mas veces en una hora. Se citan pinzones heróicos que repitieron hasta 425 veces.



LOS PALOMOS VIAJEROS. — Vista exterior del palomar.

concibe que en Bélgica la menor diversion sirva de pretexto para fundar sociedades y concursos.

El domingo último era la fiesta de Courtrai, ó sea en flamenco, la *kermesse*. Ahora bien, entre otras curiosidades vimos desfilar con tambores, banderas y medallas de premios, cinco ó seis sociedades de... jugadores de bolos. Cada corporacion viste un traje particular. Sin perjuicio de los premios atribuidos á los vencedores, se reserva una prima para la sociedad que lleva el uniforme mas notable. Los que llamaban mas la atención vestían de terciopelo negro y oro.

Seria muy fácil acumular los ejemplos.

No hablaremos pues de los tiros de balleta, ni de las justas musicales, ni de otros modos de concurso, para atenernos á aquellos en que figuran los animales. Las riñas de gallos

Pero la pasión dominante, aquella que no encontrando ya puesto en el reino para extenderse, comienza á pasar la frontera, la que interesa indistintamente á todo el mundo, es la del palomo viajero. Aquí todos tienen entrada; el mas pobre puede medirse con el mas rico, sin gran desventaja. Esto explica la multitud prodigiosa de criadores de palomos en Bélgica. No hay pueblo de alguna importancia que no posea su pequeña sociedad, y en las ciudades varía su número segun la población.

Este *sport* de tan particular carácter, tiene sus periódicos especiales. Por ejemplo, *l'Épervier* es órgano de 300 sociedades, y en él se da cuenta del resultado de los últimos concursos, inserta todos los programas y las reclamaciones, denuncia los volátiles extraviados en palomares ajenos, anuncia las ventas, etc. Apenas sus doce columnas bastan para esta tarea hebdomadaria.

Las sociedades se forman en cada localidad por grupos de aficionados de igual clase.

Courtrai cuenta siete círculos diferentes, á saber: *La Peristeraphile* (á la que se debe la iniciativa del último concurso de París); — *Saint-Christophe*; — *l'Aigle*; la *Colombe fidèle*; — *l'Union*; le *Cerf-volant* y los *Sans nom, non sans cœur*, con 250 miembros en todo, que poseen cierta cantidad de palomos viajeros. Se calcula en 25, por término medio, el número de palomos en un palomar; lo cual da solo en Courtrai un total de 6,250 palomos.

No hay para qué añadir que para casi todos los aficionados, el palomar es una simple distracción á la que se conceden únicamente los pocos ratos de ocio de una vida laboriosa. Entre los muchos que hemos conocido, solo uno está retirado de los negocios. Los demás son negociantes, manufactureros, empleados y obreros. Sin embargo, tal es el ardor y la convicción con que exponen sus teorías de cría, ó cuentan las habilidades de sus palomos, que á la primera impresión, se creería que es el único cuidado de su existencia. El que visita, por ejemplo, veinte palomares, oye veinte veces las mismas explicaciones generales, con glosas de diversos matices; veinte veces tiene que examinar las alas de los palomos similares; veinte veces tiene que examinar uno por uno los treinta mismos timbres aplicados sobre cincuenta plumas, y veinte veces contempla los mismos ojos, blancos unos y otros anaranjados. Y no obstante, el visitante no se cansa, muy lejos de eso, va cobrando afición á los palomos, y terminada la revista, es raro que no quiera contarse entre los apasionados de tan interesantes volátiles.

En el próximo artículo entraremos en detalles sobre el asunto cuyas principales generalidades dejamos trazadas; pero no queremos concluir este sin rendir homenaje al vencedor del último concurso de París.

M. Verhulst, que hace un modesto comercio de cal y de carbon, se conserva desde hace largos años á la cría del palomo viajero. Su palomar, desdeñoso de los lujosos refinamientos inventados por los teóricos modernos, es sin duda alguna el mas pintoresco de todos los que hemos visitado. El aparato destinado á la salida y á la entrada de los palomos, domina un vasto corral como el de una granja. El lápiz de nuestro colaborador señor Miranda describe todo esto mejor que podríamos hacerlo nosotros con la pluma. Pero lo que no describe, porque no corresponde al asunto, y lo que nosotros querriamos poder pintar, es el hechizo penetrante de ese interior flamenco; la enorme chimenea blanca por donde se pasean los palomos; la batería de cocina que resplandece como el oro; los aparadores de nogal grandes como armarios; la ropa de mesa blanca como la nieve, el aseo que se distingue en todo. Es una limpieza verdaderamente admirable.

Pero volvamos á los palomos.

Aunque M. Verhulst no haya adoptado todavía los nuevos sistemas, no por eso deja de ser el héroe de un triunfo sin precedente en los anales de las sociedades á que nos referimos. Siete palomos presentó en el concurso de París, y ha ganado los cuatro primeros premios.

Cuatro de sus palomos que salieron de París á las diez y 45' de la mañana, entraron en Courtrai, tres juntos, á la una y 40' 30", y el otro á la una 45' 30", adelantándose medio minuto al quinto que llegó.

El 49º vencedor, esto es, el último de los que ganaban premio, entró á la una y 59'. Ahora bien, siendo la distancia de París á Courtrai (á vuelo de pájaro) de 227 kilómetros, el tiempo medio que los palomos emplearon en atravesarla da una velocidad de 1 kil. 227 por minuto, ó sea 73 kil. 620 por hora.

J. D.

(Se continuará.)

Revista de París.

París se encuentra mas abandonado que nunca de los parisienses. Las vacaciones y la inauguración de la caza se han llevado á los mas recalcitrantes. En cambio abunda la población extraña. Bulevares, paseos y teatros se hallan invadidos por oleadas de provincianos y de extranjeros que se renuevan incesantemente; y en tanto los habitantes de la capital se pasean por las playas marítimas. Es el furor del día. Diríase que los parisienses no han visto el mar, tal es la abundancia de ellos que se entretienen hoy contemplando las olas, segun nos dicen las crónicas, de Dieppe, de Fecamp, de Etretat, y principalmente de Trouville.

Con efecto, Trouville está á la moda, sobre todo desde que el presidente de la República habita el chalet Cordier, objeto de tantas y tan minuciosas descripciones. Pero ¿qué decimos? No es ciertamente la habitación de M. Thiers el objetivo de los cronistas: su vida pública y privada está dando margen cada día á una sucesión de noticias que no dejan de tener su intención y su carácter. Lo que menos prueban es que se aclimatan en este país las costumbres democráticas; pues en verdad, jamás los incidentes de la vida de un monarca han suministrado tanto pasto al telégrafo y á las correspondencias, como los hechos todos de la existencia del presidente de la República en Trouville.

Pase aun, cuando se habla de cosas de interés general como las experiencias de artillería que acaban de hacerse á presencia de M. Thiers; pero introducirse en el gabinete de tocador para describirnos las costumbres domésticas del jefe del gobierno, parece tarea mas que indiscreta, y cuyo interés no comprendemos. Y no se crea que estos detalles se publican en periódicos que conservan ciertos usos de corte que explican perfectamente las tales indiscreciones sobre la vida íntima de los soberanos; no por cierto, son, al contrario, los órganos de la opinión republicana mas avanzada los que escriben hoy con tanto fervor, sobre todo cuanto atañe á la persona del presidente.

Es verdad que nos vamos alejando de aquellos días en que la Asamblea estaba en Burdeos, y M. Thiers, representante de veinte y tantos departamentos, parecía á la prensa á que nos referimos, el peligro mas inminente de las nuevas instituciones. Hoy, por el contrario, se fundan en él todas las esperanzas, y por consiguiente no es de extrañar que las lisonjas en cuestión sean el capítulo favorito de la prensa republicana.

Un ejemplo queremos señalar, para que no se nos tache de exagerados. Habla *el Rappel*, diario de un rojo subido, que rara vez tenemos ocasion de citar en nuestras columnas.

Hé aquí sus palabras:

« Un amigo nuestro, que conoce la vida íntima del presidente de la República, nos ha dado los siguientes detalles sobre sus usos y costumbres.

M. Thiers se levanta muy temprano, y procede inmediatamente á su tocador, con tanto cuidado como puede hacerlo una mujer bonita.

Todas las mañanas se afeita bien, y luego peina sus canas, que nunca han sufrido el contacto de los cosméticos.

Terminado el tocador, M. Thiers baja al jardín, y da una vuelta por las caballerizas; pues como es sabido, le gustan los buenos caballos, y tiene la pretensión de ser en esto muy inteligente.

Después del paseo matutino, vuelve á sus habitaciones, y seguidamente un criado le presenta una taza de porcelana, cerrada y sellada con lacre encarnado. Esta taza contiene unos veinte y cinco centilitros de leche de burra, que se toma todas las mañanas el presidente, y que le traen caliente del establo de Trianon.

¿Por qué la taza está cerrada herméticamente? Lo ignoramos.

Por la tarde, el presidente de la República sale en coche, y medio tendido en los almohadones, con los brazos cruzados, parece echar un sueño. Lo cierto es que no abre los ojos hasta que el carruaje está de vuelta en el hotel de la presidencia.

M. Thiers se acuesta á las doce de la noche, para dormir de veras.»

Hasta aquí la cita traducida literalmente. ¿No se diría que estamos leyendo un fragmento de crónica del tiempo famoso de Luis XIV?

Decíamos al principio de nuestra revista que las vacaciones habían dado el último impulso á la emigración veraniega hacia las playas normandas; y á este propósito parecemos oportuno decir algo sobre los concursos que interesan al teatro.

Desgraciadamente, los del Conservatorio han dado un triste resultado, relativamente á los cantantes.

El porvenir de la ópera se ve cada día mas comprometi-

tido. Los artistas conocidos y queridos del público decaen, como es natural, con los años, y los concursos del Conservatorio se suceden sin que salgan de ellos individuos que los reemplacen.

El jurado se componía de los señores Ambroise Thomas, presidente; A de Beauplan, Jules Barbier, François Bazin, Benoist, Bonnehée, Duprató, Halanzier et Georges Hainl.

M. Obin es el profesor de la clase de ópera.

M. Boyer, que se llevó el primer premio de canto y el primero de ópera cómica en los dos años anteriores, ha ascendido en este, obteniendo el primer premio de ópera, de la clase de hombres: cantó el terceto y el duo del *Hamlet*, de M. Ambroise Thomas.

Es el discípulo mas notable. Un barítono.

En la clase de mujeres ganó el primer premio Mlle Vidal: cantó una pieza de *la Africana*.

Tanto M. Boyer como Mlle Vidal se llevaron los primeros premios, segun hemos dicho; pero sin excitar entusiasmo.

¿Puede darse un concurso menos brillante?

En la tragedia y comedia fué otra cosa.

La afluencia de espectadores era extraordinaria, y distinguíanse allí muchos actores y actrices de las primeras escenas parisienses.

El jurado era el siguiente: señores Ambroise Thomas, presidente; Charles Blanc, A. de Beauplan, Alexandre Dumas, de Saint-Georges, Emile Perrin, Jules Barbier, Delaunay y Edouard Thierry.

Hace años que el jurado no ha concedido el primer premio, y lo mismo ha sucedido en este; pero esto no quiere decir que no haya habido alumnos sobresalientes: lo que únicamente indica es que el nivel del arte está muy alto, por lo mucho que abundan en París los artistas de primer orden.

De todos modos, M. Dupont-Vernon, que ha obtenido por unanimidad el segundo premio de tragedia, es ya un artista excelente.

También por unanimidad se dió el segundo premio, en la clase de mujeres, á Mlle Blanc, otra esperanza para los teatros franceses.

En las dos clases hubo ocho competidores, que desempeñaron siete escenas del repertorio clásico.

En la comedia fueron mas aun; fueron veinte y seis que ejecutaron veinte y cuatro escenas diferentes.

No hubo primer premio en la clase de hombres; pero en la de mujeres obtuvo el primer premio por unanimidad Mlle Blanc, representando una escena de *Kotzebue*.

Es el nombre que sobresale este año en los concursos del Conservatorio.

De todos modos, esta solemnidad de los concursos ha tenido ocupado á París durante algunos días. ¿Quién no tiene algun interés de familia en la inmensidad de establecimientos de instrucción como se encuentran en esta capital, emporio de la enseñanza en todos los ramos del saber? ¿Qué de alegrías en el hogar doméstico! La abundancia de premios está bien calculada, para que siendo muchos los llamados sean muchos también los escogidos. Sin embargo, cuando se trata ya de carreras especiales, los jueces son mas parcios en la distribución, como acabamos de ver en las noticias que anteceden sobre los concursos del Conservatorio.

La crónica de la semana debe señalar un suceso que un instante produjo bastante conmoción entre los parisienses.

En la mañana del día 22 el telégrafo dió cuenta á las autoridades de que se había declarado un gran incendio.

Con efecto, tres nubes de espeso humo oscurecían el cielo por la parte del Arco de Triunfo, de la Villette y de la estación de Estrasburgo, extendiéndose hasta la línea de los bulevares y de la calle de Rivoli, de modo que desde la Bastilla podía creerse que ardía el nuevo ministerio de Hacienda.

M. Alberto Brionard, secretario de la prefectura de policía, iba y venía de las habitaciones particulares de M. Renault á las oficinas del telégrafo, donde el empleado encargado de la recepción de los despachos transcribía las noticias que llegaban de los diferentes barrios de París.

En un telegrama muy conciso se anunciaba que acababa de declararse un gran incendio en dirección de la estación de Estrasburgo, en la calle de Meaux, y que dos compañías de bomberos se dirigían á ese punto con una bomba de vapor.

En otro telegrama llegado casi al mismo tiempo que el anterior se ponía en conocimiento del prefecto de policía que estaba ardiendo el depósito de forrajes de la compañía de *Petites voitures*, situada en la calle de Chauffonniers.

A la misma hora un tercer telegrama anunciaba un tercer incendio en la plaza de San Fernando, en las Ternes.

Y finalmente, un cuarto despacho anunciaba igualmente otro incendio en la calle de Hautefeuille.

M. Ansart, jefe de la policía municipal, se trasladó inmediatamente á las Ternes.

Todos los habitantes de ese barrio ocupaban las calles

desde la plaza de Wagram á la avenida titulada de la Grande Armée.

La plaza de San Fernando, situada detrás de la iglesia, estaba rodeada por un cordón de centinelas y ocupada por un gran número de bomberos.

Los talleres del establecimiento de aserrar maderas de M. Guyot, el cual abarca un vasto espacio situado entre las calles de Bunel y San Fernando, estaban ardiendo.

En todas las casas inmediatas sus habitantes se daban prisa en arrojar á la calle los muebles y los objetos de mas valor, temerosos de que se propagase el incendio. Todos los carruajes de la Compañía Binder, establecida enfrente del establecimiento de aserrar maderas de Guyot, se colocaron en lugar seguro para que no se propagase á ellos el fuego.

Por último, á la una y media las llamas se hallaban circunscritas al sitio ocupado por el establecimiento de aserrar maderas y sus dependencias, y no habia ya miedo de nuevos desastres.

No han ocurrido mas que pérdidas materiales. En la calle de Hautefeuille, el fuego se ha manifestado en la casa número 30, en la cual están la litografía de M. Chardon y los talleres de M. Kenig, fabricante de instrumentos de óptica.

Los operarios de M. Chardon pusieron en juego la bomba del establecimiento, viéndose en breve secundados por los bomberos de la calle del Vieux-Colombier, que han acudido con una bomba.

A la una se habia conseguido dominar el fuego.

En la Villette tampoco ha habido mas que daños materiales.

Lo que ha llamado la atención de todo el mundo, es que en un mismo día y casi á la misma hora se hayan declarado en París tantos incendios. Sin embargo, no se achacan todos ellos mas que á causas fortuitas.

Hablemos ahora de los teatros parisienses.

Las funciones notables de la semana nos han vuelto á ofrecer ciertas producciones que yacian olvidadas en el polvo de los archivos hace largos años.

En Cluny se acaba de dar uno de los primeros dramas que escribió Alejandro Dumas, titulado *Teresa*, que ha parecido una triste obra.

Días pasados se vendió en París por 30,000 francos el derecho de impresion y representacion de todas las producciones del célebre difunto, y el comprador fué su hijo, quien se propone no permitir la ejecucion de ninguna de las obras dramáticas durante cierto tiempo. El éxito que acaba de tener *Teresa*, en Cluny nos demuestra que el hijo ha tomado una disposicion muy laudable respecto de la memoria de su padre.

Los actores han perdido la nota del drama enérgico de hace treinta años. Como los cantantes de la escuela de Verdi interpretan mal las divinas melodías de Mozart y de Bellini, así ellos que poseen el temperamento artístico de la literatura presente están ya muy distante del que exigía el romanticismo.

Sucede pues, que el drama de Alejandro Dumas acaba de sucumbir por causa de sus intérpretes. Frederick Lemaitre, hijo, podrá ser un actor de comedia; mas en nuestra opinion, el drama en que tanto brilló su padre, será para él un terreno desconocido.

Mientras en la Gaité sale otra vez á luz el *Hijo de la Noche* de M. Victor Séjour, con el famoso atractivo del navío maniobrando en medio de la escena que ha hecho la admiracion de los parisienses durante tanto tiempo, la empresa del teatro del Chatelet acaba de poner en escena otra novedad melodramática que traducida en todas las lenguas ha dado la vuelta al mundo en la época en que hacian furor las producciones de esta clase.

Su título es, los *Perros del Monte de San Bernardo*, obra que se estrenó en París allá por los años de 1838.

Casi sería oportuno hacer el análisis de este melodrama tan lleno de situaciones conmovedoras y de peripecias trágicas, en razon á que si bien todo el mundo le ha visto, todo el mundo tambien lo tiene olvidado; pero la pluma se cae de las manos al pensar que se ha de emprender una tarea tan ingrata.

En el teatro esas situaciones de brocha gorda que despiertan hoy la emocion entre cierto público, no dejan á la verdad de presentarse con alguna ilusion debida al aparato escénico, ilusion que naturalmente tiene que desaparecer en un análisis.

Sin embargo, recordaremos brevemente el punto capital del drama, el que ha hecho su fama universal y que producirá siempre honda impresion en los espectadores.

Conocida es la interesante historia de la creacion del hospicio y la institucion de los perros del monte de San Bernardo.

Un canónigo italiano llamado Bernardo fundó á fines del siglo X, el hospicio y el convento que aun existe, como parador de los viajeros que se trasladaban á Roma por aquellos montes inhospitalarios.

Ocho ó diez religiosos procedentes de la comunidad, residen en esa triste morada, y como el rigor del frio es sumamente excesivo á tal altura, tienen que reemplazar á los monges cada dos años.

El deber que se han impuesto es el de socorrer á los viajeros que atraviesan esas comarcas, para lo cual recorren con perros bien enseñados las montañas cubiertas de nieve mas de medio año, y recogen y dan asistencia al transeunte que lo necesita.

La situacion culminante del drama en cuestion, tiene por escenario esos famosos montes. Se trata de cometer un crimen. El inevitable traidor arroja al abismo á una criatura inocente que salva Leon, el perro del convento. Aquí está todo el drama.

La escena del perro se aplaude con delirio, como la del navío en el *Hijo de la Noche*; y estos cuadros de grande espectáculo nos explican por qué las empresas vuelven á sacar á luz semejantes producciones.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

UNA PREGUNTA.

Sol, espléndido y radiante
En la ancha esfera sujeto,
No te pregunto el secreto
De tu esplendor rutilante.

Ni por qué nube distante
Tiñes de ópalo y rubí,
Pero, perdóname si
Te pregunto en mi querella,
¿Si estará pensando en mí
Como estoy pensando en ella?

Luna, brillante topacio
Que con nebuloso tul,
Cruzas la techumbre azul
De las salas del espacio,

Si se fijaron despacio
Sus bellos ojos en tí,
Y si la miraste, dí,
Si estaba doliente y bella,
¿Si estaba pensando en mí
Como estoy pensando en ella?

Mar inmenso, que te agitas
Sobre tu lecho de arena,
Y que hora en bonanza plena
Tus olas no precipitas.

Tú que bañas las benditas
Riberas en que viví,
Los sitios donde la ví,
Tan pura, tan dulce y bella,
Responde ¿si piensa en mí
Como estoy pensando en ella?

Brisas que acaso pasando
Jugaste con su cabello,
Tú que besaste su cuello,
Su megilla acariciando.

Y que luego suspirando
Te fuiste lejos de allí:
Si eres la misma que aquí
Pasa sin marcar tu huella,
Responde ¿si piensa en mí
Como estoy pensando en ella?

Nubes, que en blanco celaje
Bordais el manto del cielo,
Cual aves que alzan el vuelo
Sobre el inmenso paisaje.

Decidme si en vuestro viaje
Lejos, muy lejos de aquí
Llegásteis á verla, y si
Respondéis á mi querella,
¿Si estaba pensando en mí
Como estoy pensando en ella.

Noche, apacible y serena
Aunque te motive enojos,
Que sean mas bellos sus ojos
Y mas negra su melena.

Presta un consuelo á mi pena
Ya que sufriendo viví,
Y pues no llega hasta aquí
El resplandor de esa estrella,
Responde ¿si piensa en mi
Como estoy pensando en ella?

Sol y luna, mar y viento,
Nubes y noche, ayudadme,
Y en vuestro idioma cantadme
Si es mio su pensamiento.

Si es igual su sentimiento
A aquel que mi pecho hiere,
Decid si mi amor prefiere
A la calma que perdió,
Decidme en fin si me quiere
Lo mismo que la amo yo.

JOSÉ GAUTIER Y BENITEZ.

Trouville.

Las correspondencias de Trouville aseguran que jamás se ha visto en aquella playa tanto lujo como en estos días. La presencia del presidente de la República entra por mucho en esta boga. Por lo demás, si los desocupados pasan el tiempo luciendo sus galas en la playa, segun pueden ver nuestros lectores en las págs. 176 y 177 de este número, M. Thiers se entrega á otros cuidados, asiste á experiencias de artillería muy interesantes, lo cual nos ha servido de asunto para otra lámina. (Véase la página 172).

Sobre este punto entraremos en explicaciones. El sitio elegido para las experiencias se encuentra á la derecha del hotel de las Roches Noires, y del Chalet Cordier, que habita M. Thiers, y la batería de las piezas sometidas á la prueba, piezas de 4 y de 7 y piezas suizas de nuevo modelo, se halla establecida cerca del cuerpo de guardia de la aduana en la direccion de la embocadura del Sena. El blanco es una barca anclada en la mar, á 2,000 metros de la punta de Villerville, en cuyo mástil ondea una bandera encarnada. A algunos centenares de metros de la barca hay un aviso que á cada cañonazo enarbolaba un pabellón de marina para indicar el resultado. Finalmente, detrás de los artilleros han levantado un mástil, en el cual se repiten las señales, para indicar á bordo del aviso que se han comprendido.

Las piezas de 4 y de 7 puestas en batería no son las mismas que las de la guerra y del sitio de París. El coronel Reffye las ha modificado mucho, particularmente la de 4, que en la actualidad se carga por la culata. Los proyectiles son granadas de cohete percudente, que parece ser el proyectil adoptado.

Las experiencias comenzaron el 10 de agosto, en presencia del presidente de la República, acompañado del ministro de la Guerra, de los directores de artillería y del material del mismo ministerio, del coronel Reffye y de muchos oficiales de estado mayor, y continuaron los días siguientes. Gracias á las modificaciones, la pieza de 4 que se carga por la culata tiene un alcance inesperado, resultado que producirá sin duda la adopcion de la pieza, en razon á las ventajas que ofrece, siendo la primera la del peso. En cuanto á la precision no deja nada que desear. Algo menos favorables han sido los resultados de la pieza de 7, que, sin embargo, tiene tambien sus ventajas. Por lo que hace á las dos piezas suizas de nuevo modelo, son excelentes, y una de ellas dió en el blanco, á los aplausos del público. La barca zozobró, y como tenia debajo un banco de arena, quedó fuera del agua lo alto de la arboladura, con la bandera encarnada.

En aquel momento se oyó una doble salva consecutiva de los cuatro cañones, y los cuatro proyectiles cayeron con notable precision en torno de la bandera encarnada.

M. Thiers llamó al brigadier que mandaba la batería de la pieza suiza, y era un soldado condecorado con la medalla militar y la medalla de Crimea. Entre tanto los artilleros adornaron con ramajes de árboles y banderas suizas un carro de artillería, engancharon la pieza de 4, y la música del regimiento n.º 24 saludó á los artilleros que habian apuntado la pieza suiza.

El presidente se retiró, y poco despues el cortejo se puso en marcha, dirigiéndose al Chalet Cordier; M. Thiers mandó dar una gratificacion á los dos artilleros, y seguidamente marcharon al hotel de Roches Noires, en donde habita el general Forgeot, despues de lo cual volvieron á su campamento.

En resumen, los resultados son excelentes en cuanto á precision y alcance, relativamente á las piezas suizas y francesas. La artillería puede hoy escoger con todo conocimiento de causa entre los dos sistemas.

X.



LA PLAYA DE TROUVILLE EN AGOSTO DE 1872.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuación. — Véase el número 1,025).

— Yo me creía nacido, continuó Jasper, para ser rico; me creía predestinado á cautivar el corazón de una opulenta heredera, y pensaba, si llegaba á conseguirlo, compartir con vos mis riquezas; esperaba que seriais dichoso en vuestra vejez, y que mi esplendor os consolara de la vergüenza que os había hecho sufrir. Cuando me casé y obtuve una pequeña suma de mi suegro, que me negaba el capital de la fortuna de su hija, capital ridículamente exiguo en comparación de lo que yo esperaba, mi primera idea fué enviaros la mitad de aquella suma; pero desgraciadamente vivía en una sociedad que no considera nada tan ridículo como una intención generosa, nada tan absurdo como una buena acción. ¡Y después siempre tenía al lado aquel demonio de risa burlona, aquella Gabriela! Siempre tenía delante aquel fatal tapete verde que me fascinaba. Podía esperar, podía doblar aquel capital antes de enviaros la mitad, y si la suerte me era favorable.... ¿Cómo poder resistir á aquel pensamiento? ¿Cómo disminuir mi capital hasta el momento de doblarlo? ¡En breve procuré separar de vos mi pensamiento, y cada vez que me acordaba de vos decía entre mí: « La vida es larga, al fin seré rico, y un día ú otro llegará á participar de mi fortuna. » ¡Basta, basta! ¡Esta vana habladuría debe cansaros!

— No, dijo Waife con voz débil; y extendiendo la mano tocó el hombro de Jasper, que seguía de rodillas delante del anciano; pero la retiró vivamente, como si temiera aquel contacto.

— Entonces, como decís, me encontrásteis en París. Yo os dije dónde había dejado á la niña, no creyendo que Arabela consintiese en separarse de ella, ni que vos querriais cargar con aquel cuidado. Creía que encontrariais como en otro tiempo algun amigo, ó algun pariente campesino con quien vivir, y que de cuando en cuando iriais á visitar á aquella niña para distraeros, puesto que os alegrábais tanto de que aun viviera. De ese modo nos separamos, vos á lo que parece no teniendo mas deseo que el de impedir que aquella niña cayese en mis manos ó en las de Gabriela Desmarts, y yo apresurándome á olvidarlo todo, á excepcion del mundo que se agitaba ante mí en el desorden, hasta que...

— Hasta que volvísteis á Inglaterra para robarme la sonrisa del único rostro que no debía jamás mirarme con desprecio, y para decir al hombre honrado con el cual había contado para encontrar un asilo seguro, que yo era un criminal que había cumplido mi condena, y cuyo amor mancillaba á aquella niña. ¡Oh! ¡Jasper, Jasper!

— No, yo nunca he dicho semejante cosa. Fué Arabela que quería llegar á su objeto con esa voluntad obstinada de la mujer que todos los medios los cree buenos. Sin embargo, yo os robé la niña, es cierto, pero ¿para qué? En primer lugar, porque necesitaba dinero, y por adquirirlo hubiera vendido cien niñas por la mitad de la suma que Rugge me ofreció por educar á Sofia para una profesion, que, despues de todo, nada tiene de terrible, puesto que vos la dedicábais á la misma carrera; despues, porque yo veía que no habiais querido dirigiros á vuestros antiguos amigos, que nada teniais para vivir, y que la chiquilla era una carga enojosa para vos.

— Y me direis tambien, respondió Waife con una amarga é irónica sonrisa de incredulidad, que por cariño hacía mi quisisteis arrebatarme de nuevo á Sofia algunos meses despues para colocarla en casa de aquella mujer odiosa que seguía en relaciones con vos. ¡Horror! ¡Horror! ¡Maldad inconcebible! ¡Queríais vender á aquella niña inocente y pura, vos, su padre!

— ¿Qué quereis decir? ¡Ah! ya recuerdo. Era cuando Gabriela estaba en Londres y os ví en el puente. ¿Quién os ha dicho que en aquella época quería volver á apoderarme de la niña?

Waife guardó silencio. No quería hacer traicion á Arabela Crane. Jasper estaba en la mayor perplejidad; pero pronto comprendió el terrible sentido de las palabras acusadoras de su padre. Entonces exclamó lleno de cólera:

— El que os haya dicho que yo alimentaba el designio de que me habláis con indignacion, ha mentido. Hace muchos años Gabriela hizo conocimiento con Darrell, bajo otro nombre y como amiga de Matilde (esta historia es demasiado larga para que os la cuente ahora, y por otra parte carece de importancia en la actualidad), y Darrell creo que nunca ha descubierto la impostura. Justamente en aquella época de que habláis supe que mi suegro había hecho un viaje á Francia, para probar por sí mismo la exactitud de la primera relacion que yo le había hecho de la muerte de la hija de Matilde y de los derechos de Sofia como nieta suya, y que despues se había marchado á Italia. Un día, hablando yo con Gabriela sobre este asunto, se le ocurrió la idea de que con aquella niña podría ir á buscar á Darrell, volviendo á tomar el título y los

privilegios de amiga de Matilde. Darrell no quería escucharme, pero escucharia á la amiga de su hija. Gabriela confirmaria la verdad de mis aserciones, buscara el medio de conmovertle, le llevaria insensiblemente á un arreglo, porque su habilidad era incomparable. Hubiera vendido á Sofia, es cierto; pero ¿por qué? por una pension que me hubiera librado del hambre y del erimen. ¿Y á quién la hubiera vendido? Al hombre que debía ver en ella á la hija de su hija, educarla para dejarle su fortuna en herencia, y velar sobre ella como había velado por su propio honor. Hé aquí cuál era el designio que excita vuestra indignacion. ¡Basta, basta! Nunca hubiera creído que podría ser tan débil que me excusara temblando por lo que he hecho. Y aun ahora mismo al pronunciar estas excusas, las palabras me parece que salen con esfuerzo de mi boca; al miraros me parece que estoy aun en aquella edad de mi infancia, en la cual siendo un niño turbulento, caprichoso, indócil, temia afligiros por una falta, y olvidaba aquel temor cuando no estaba en vuestra presencia.

— ¡Oh! Jasper, exclamó Waife, poniendo suavemente su mano sobre la cabeza de su culpable hijo, y fijando sus ojos llenos de lágrimas con una expresion inefable de ternura en aquel rostro melancólico; ¿ha descendido al fin á tu alma el arrepentimiento? Si, recuerda los dias de tu infancia, contéplalos como yo, vuelvo á verlos presentes en mi pensamiento. Tú eras turbulento, indócil, caprichoso; pero eras turbulento porque la vida desbordaba en ti: indócil porque como el ave cuando por primera vez se lanza fuera de su nido querias remontar libremente tu vuelo; caprichoso, porque la naturaleza te había prodigado ricos dones que nos hacian indulgentes contigo. Si vuelvo á verte en aquella edad feliz de la infancia, contemplo tambien aquel día en que el crimen y la ignominia lo oscurecieron todo por la primera vez á tu alrededor. ¡Oh! no caiga sobre él la vergüenza! exclamé en el fondo de mi corazón, ¡sobre él que en su juventud dá tan grandes esperanzas! ¡Caiga sobre mí, cuya vida inútil hasta ahora, nada puede prometer! Y mi boca siguió el impulso de mi corazón, y dije á los jueces: « Reaiga sobre mí la severidad de la ley, yo soy el culpable. » ¡Oh, niño inhumano! ¡qué precocidad en tu juvenil edad para el vicio y el engaño! Cuando entrastes furtivamente en mi habitacion en aquella sombría noche de invierno y arrojándote á mis piés me hablastes de tus deudas de jóven y de tu temor de tener que abandonar una profesion honrosa, yo te dije: « No, no temas nada. Tu principal te quiere, y me ha escrito sobre el particular; en este momento estoy buscando el medio de adquirir dinero y ese dinero lo adquiriré á cualquier precio. Yo te salvaré; el hijo de mí Lizzy no conocerá jamás el horror de una prision; en adelante evita las tentaciones. » Y mientras yo te hablaba, meditabas friamente el crimen cuya deshonor me seguirá hasta la tumba.

— ¡No, yo no le meditaba! ¿Cómo era posible? Hasta despues de aquella entrevista en que me hablasteis con tanta indulgencia y tanta bondad no se me ocurrió la idea de que podía salvarme proporcionándome aquel dinero sin exponeros á sufrir ninguna pérdida. Recordad que estando conmigo os llamó Gunston y os fuísteis á hablar con él á la plaza inmediata; yo le oí cuando os dijo que tenía billetes que nunca había contado y os describió el sitio en que se encontraban. Entonces me asaltó esta idea de una manera irresistible: « Mas vale robar á Gunston que despojar á mi padre. » No pretendo, señor, hacerme mejor de lo que era. Yo no era un novicio como vos suponiais. Avido de placeres que no estaban á mi alcance, arrastrado por el ánsia de gastar mas de lo que mis medios me permitian, me repugnaba dirigirme á vos para satisfacer mis deseos, pero no tenía los mismos escrúpulos tratándose de otra cualquier persona. Yo había aprendido á abrir las cerraduras con instrumentos muy sencillos, sin que nadie me creyese con aquella habilidad, de suerte que no tenía ningun peligro que temer, y apenas necesitaba premeditar mis golpes. Encima de vuestra chimenea encontré un clavo, lo hice enrojecer al fuego, y despues con un martillo que había tambien encima de la chimenea lo torcí, y no necesité ya nada mas para poner en ejecucion mi proyecto. Os digo esto para demostraros que no iba armado de instrumentos, y que nada había combinado de antemano; puse mi proyecto por obra inmediatamente despues de concebirlo. Y tanto me apresuraba, que con el hierro me abrasaba las manos; pero no sentía el dolor, tan absorto estaba en mi pensamiento. Antes de que Gunston se separase de vos, ya estaba mi plan completamente formado y mi único instrumento confeccionado. ¿Cómo podía yo imaginar que habría de descubrirse el robo? ¿Cómo podría aquel hombre echar de menos la falta de algunas monedas de oro, ó de algunos billetes de aquellas cantidades que no contaba nunca, sospechando de vos, la persona mas honrada que tenía á su servicio? Y á no ser por aquella maldita capa que me disteis cuando me separé de vos con paternal ternura, ninguna prueba hubiera existido contra vos ó contra mí á excepcion de aquel malhadado billete de cinco libras que yo os obligué á aceptar cuando nos encontramos en la poblacion donde yo debía ocultarme hasta que vos terminárais mis negocios con mis acreedores. ¿Y por qué os hice guardar aquel billete? Porque vos me habiais preguntado si tendria para vivir mientras os aguardaba, y yo para impedir que me diérais vuestra bolsa os dije que sí, os enseñé el dinero que tenía y puse en vuestra mano

aquel billete para que lo distribuyérais entre varios de mis acreedores en pequeñas fracciones.

— Lo que me preocupaba era vuestro honor, y vos pusisteis en mis manos crédulas, una parte del fruto de vuestro robo.

— Señor, replicó Jasper con una dulzura y un respeto de que nadie le hubiera creído capaz, y al mismo tiempo con aquella ceguedad moral que turbaba su razon, os aseguro que yo no creía de ningun modo exponeros al menor peligro.

Y viendo que su padre permanecía silencioso con una expresion de dolor en su semblante, prosiguió con tono imperioso:

— Lo que se ha hecho no se puede deshacer. Olvidad el pasado y mirad el porvenir. Vos estais con una banasta de buhonero y yo con la bolsa vacía. ¿Quién puede salvaros á vos de la miseria y á mí del cadalso? Yo no veo mas que un medio: que las personas que han recogido á esa niña compren su reposo con una pension que pueda yo compartir con vos. Decidme dónde se encuentra, y dejadme arreglar este negocio del mejor modo posible. ¿Por qué os asustais de mis palabras? Yo no quiero amedrentarla ni robarla. Yo me despojaré de este traje grosero de bandido, me haré limpio y elegante como en otro tiempo. ¡Oh! yo puedo hacer el papel de gentleman, al menos por una hora ó dos si la cosa vale la pena. Vamos, señor, tened confianza en mí, decidme dónde se oculta esa niña cuya suerte no debe interesaros mas que la de vuestro hijo que se muere de hambre. ¡Ah! no quereis hablar. No importa. Ya me figuro yo dónde se encuentra. Conozco á la gran señora que en memoria de la amistad que la unia en otro tiempo á la madre, y del amor virginal que concibió por Darrell, colma hoy de atenciones y rodea con el esplendor de su lujo á la heredera rechazada del célebre personaje. ¡Ah! vuestros ojos me dicen que he adivinado la verdad. En otro tiempo conocí á esa dama, es rica y á mí me debe en gran parte su fortuna. Debe estarme agradecida, yo iré á recordárselo. Y vos, señor, no terminareis vuestra vida en un hospicio, ni yo moriré en un cadalso ó cargado de cadenas.

El anciano que había permanecido sentado, se levantó lentamente haciendo un esfuerzo; despues se irguió en toda su altura, la edad, sus achaques, su debilidad, todo pareció desaparecer, y una majestad extraña se pintó en su rostro.

— Escuchadme, desgraciado, dijo, escuchad con atencion. Por librar á esa niña de la vergüenza, he confiado á otra persona el derecho de protegerla; pero no creais que seguiré huyendo ahora que me anunciáis vuestra intencion de perseguirla aun. No, puesto que mis ruegos no os conmueven, puesto que el sacrificio que os he hecho de mi felicidad es inútil, puesto que no consigo mi objeto separándome de ella, vos me vereis otra vez en la casa donde quereis ir á buscarla. Y si nos encontramos allí, y vos llegais con la intencion de destruir su reposo y emponzoñar su vida, entonces no seré yo William Losely, el criminal. A la faz del cielo, proclamaré la verdad y diré: « ¡Ladron, cambia tú de lugar conmigo en el desprecio del mundo; sufre á tu vez esa pena que yo he sufrido inútilmente por salvarte! »

— ¡Bah! señor, ya es demasiado tarde. ¿Quién os creeria?

— Todos los que me han conocido en otro tiempo, ¡Amigos influyentes y en alta posicion defenderian mi causa; yo revelaria hechos que he disimulado, suministraria pruebas que suprimi cuando me declaré culpable, para desviar de vos las sospechas, ingrato!

— Decid lo que querais, exclamó Jasper. Yo no soy un hipócrita, para asustarme por semejantes amenazas. Si me arrebatáis lo que siempre he considerado como mi último recurso para poder encontrar el medio de vivir, iré á la cárcel, pero por un hecho mas grave que aquel por el cual me reconvenis. Haced lo que querais. ¿Qué importa?

— ¿Qué importa que un padre acuse á su hijo? No, no, hijo mio, eso no puede ser. Mi martirio será completo. ¡Oh! ¡Jasper, Jasper! hijo de mi amor, dejame la única causa que puede ahora llenar el vacío de este corazón que tú has desolado. No hables de morir de hambre, de cometer nuevos crímenes. Quédate conmigo, participa de mi refugio. ¡Yo trabajaré para los dos!

Aquellas últimas palabras conmovieron á Jasper hasta el fondo de su corazón. Al mirar al anciano tendiéndole los brazos con actitud suplicante, se arrojó sollozando á sus piés, asió sus manos y se las besó.

Despues, se levantó vivamente, y se lanzó á la puerta.

— ¡Participar de vuestro refugio! No, no. Os despedazaria el corazón, si me viérais todos los dias y á todas horas, tal como soy. ¿Que os deje trabajar para dos! No, no, aun no me he degradado tanto. En cuanto á la niña renunció á buscarla. Yo procuraré obedeceros, yo procuraré luchar contra el hambre, contra la desesperacion, contra los pensamientos que impelen al hombre al crimen en la miseria. Si, si, yo lo intentaré. Si no lo consigo, cumplid vuestra amenaza; acusadme, entregadme á la justicia, justificaos; pero si quereis imponerme un castigo mas terrible que todas vuestras maldiciones, no me habléis con esa ternura que me confunde. No me detengais así, padre mio, dejadme, dejadme. ¡Ah! os he hecho daño, con mi brusco movimiento? ¿Qué veo! ¡Me bendecis! No, yo no lo merezco, dejadme, dejadme marchar. ¡Adios!

Y Jasper, separándose del anciano que quería retenerle en sus brazos, salió de la casa, bajó la colina y desapareció en breve entre las sombras de la noche.

VI.

Waife cayó en el umbral de la puerta de la calle exhalando gritos, suspiros, gemidos, hasta que su voz se fué extinguiendo por grados. El perro que se había quedado fuera de la casa, con las orejas levantadas y la cabeza baja, se lanzó al interior en cuanto salió Jasper. Jorge y M. Hartopp, que escuchaban detrás de la ventana abierta, dieron la vuelta, y al entrar vieron el perro que apoyando una de sus patas en el hombro del pobre anciano, procuraba atraer su atención.

Con la mayor ternura, con el mas profundo respeto levantaron al pobre mártir que acababa de purificarse á sus ojos. Cuando el anciano volvió en su conocimiento, su cabeza descansaba sobre el pecho del noble y caritativo predicador; el honrado comerciante inglés, con su deferencia instintiva por la buena reputación y su respeto á la ley, estaba arrodillado á sus pies y estrechaba su mano. Waife miró á los dos y expresó su sorpresa con algunas confusas palabras.

— Perdonadme, exclamó Hartopp conteniendo sus sollozos, perdonadme. Me dijisteis una vez que me arrepentiría si llegara á saberlo todo. Ahora lo sé y me arrepiento. ¡Perdonadme! Nunca me perdonaré yo lo que he hecho.

— ¿Estoy soñando? ¿Qué es esto? ¡Vos aquí, M. Morley! Pero... pero aquí había otra persona. ¡Ah! ¡se ha marchado! ¡Está perdido! ¿Y vosotros nos habeis oído?

— Os escuchábamos al lado de la ventana. Ya lo veis; á pesar vuestro, el cielo ha revelado vuestra inocencia, y con esa inocencia vuestro sublime sacrificio.

— ¡Silencio! No me hagais nunca traición, ni vos tampoco, M. Hartopp. ¡Denunciar un padre á su hijo! ¡Oh! ¡esto sería horrible!

Waife estuvo á punto de perder otra vez el sentido, y durante algunos momentos parecía desvanecerse. Cuando Merle (que en vano había recorrido con su guía toda la ciudad en busca del buhonero, hasta que por último le dijeron que le habían visto en una calle extraviada con un hombre de alta estatura, vestido groseramente que le había detenido y le siguió después cuando Waife echó á andar) cuando Merle volvió para manifestar el mal éxito de su expedición, Hartopp y Jorge habían transportado al anciano á su alcoba, le habían acostado en la cama, y en pie á su lado observaban la alteración y la turbación de sus facciones, y se confiaban en voz baja sus inquietudes.

Waife oyó á M. Hartopp proponer que se fuera á buscar un médico, y exclamó con la mayor tristeza:

— No, tengo miedo á los médicos. Dejadme solo. El silencio y el reposo me restablecerán. Mañana estaré bien.

Jorge corrió las cortinas de la cama y Waife le dijo asíéndole por el brazo:

— Ni una palabra de lo que habeis oído. Ya comprendereis que ahora me importa poco el juicio de los hombres. Sería un crimen deshacer lo que he hecho. ¡Yo declarar en contra del hijo de mi Lizzy! ¡No, no, es imposible! Tengo confianza en vos, mi querido M. Morley; haced que M. Hartopp comprenda que moriría de pena si supiera que salía de su boca una palabra de lo que yo he dicho.

— No temais nada, dijo Hartopp en voz baja á Waife, yo guardaré silencio, aunque de buena gana le diría á William al menos que no me habiais engañado. Os obedeceré.

Jorge y M. Hartopp se llevaron á Merle que se preguntaba qué murmurarían en secreto, y había cogido al vuelo algunas palabras sueltas. Waife, no quedó completamente solo. Su mano al abandonar la de Jorge encontró la cabeza del perro.

M. Hartopp volvió á casa de su hija en la mayor agitación. En la mesa bebió mas vino que ordinariamente; habló con un tono mas magistral que de costumbre; lanzó algunas frases de misántropo contra el mundo; dijo que William había adquirido una arrogancia insoportable, y que le iba á dar su retiro; en una palabra, dejó á la familia en la mayor confusión; esforzándose por adivinar qué le habría pasado á aquel hombre generalmente tan dulce.

Entre tanto Merle sacaba un horóscopo por averiguar qué le sucedería á Waife, así como á él, á los tres meses; pero todos los aspectos fueron tan contradictorios, que tuvo que convenir en que no había adelantado respecto del porvenir mas que antes.

Jorge Morley se quedó en la cabaña. De vez en cuando se deslizaba en la alcoba de Waife, pero procurando no fatigarle haciéndole hablar. Antes de las doce el pobre anciano se durmió, pero su sueño era muy agitado; parecía tener ensueños penosos. A pesar de todo se levantó temprano; estaba aun muy débil, pero la fiebre le había abandonado dejándole en su cabal razon. Con viva alegría de Jorge las primeras palabras de Waife fueron para expresar el deseo de volver al lado de Sofia.

(Se continuará.)

VIAJES.

La isla de Pascua.

DIARIO DE UN OFICIAL DEL ESTADO MAYOR DE «LA FLORE.»

(Continuación. — Véase el número 1,025.)

Las cercanías de la bahía de Hanga-Piko son muy animadas por la tarde, cuando salen las embarcaciones; los oficiales se sientan en medio de los grupos de los indígenas.

Los misteriosos observadores siguen tambien en sus altos puestos.

Yo me coloco en medio de mis amigos Hanga Atamon, Petero, el jefe anciano; y Maria y Jueritai llegan corriendo á nosotros.

Los indígenas cantan... Habría querido escribir algunos de sus aires; pero es imposible, las notas que poseemos son insuficientes.

La música de los tahitianos es alegre y fácil; la de la isla de Pascua, es, por el contrario, muy triste; se compone de frases interrumpidas y cortas, con finales inauditos; los hombres cantan con una voz quejumbrosa, que no tiene nada de natural, y en cambio las mujeres dan notas suavísimas.

En el momento en que J... nos trae el bote, aparece la criatura mas singular del mundo, pequeña y regordeta, con cara de china como las que se ven en los abanicos. Está bien peinada y viste una túnica de muselina amarilla, cubierta con una manta encarnada; sus labios tienen pinturas. Se adelanta con zalamería y se sienta con discreción. Petero afirma que es la mujer de los *papas farania*, lo que sorprende al pronto; despues sabemos que es la esposa morganática del anciano danés.

Huga nos conduce á la embarcación, por temor de que ocurra algun accidente. Por fin partimos...

*

**

5 de enero.

El dia siguiente podemos obtener otra embarcación J... y yo; la brisa del Este entorpece nuestra marcha y nos moja de pies á cabeza. Queremos arribar cuanto antes á la bahía de Cook; pero conociendo mal el paso nos enredamos en la barra. Sin embargo, llegamos á la playa, enfrente de la ruinoso casa del misionero. Atamon había corrido á recibirnos con algunos salvajes de figura desconocida, y puedo hacer entre ellos la adquisición de un pequeño idolo engalanado con plumas negras. Me dirijo con mi amigo al Morai, cuyas estatuas debemos llevarnos por la tarde; los indígenas organizan una danza general en torno de aquellas piedras: parecen una legión de diablos.

Camino de la aldea encontramos á varios amigos que nos detienen: allí está el jefe anciano acurrucado en el hueco de una roca, murmurando frases ininteligibles; mas allá, su mujer y su hija arrancando batatas.

Todos nos tienden las manos y nos dicen:

— Amigos siempre.

Deseando yo uno de aquellos penachos de plumas negras que llevan los jefes, hacemos pesquisas para ello, y Petero me presenta en varias guaridas, donde veo viejos muy pintados, inmóviles como momias y que parecen no distinguirme. Uno de ellos trabaja en arrancar los dientes de una mandíbula humana para poner un ojo á su idolo. Allí hay muchos penachos, pero me piden muy caro, todo mi uniforme, y tengo que renunciar á la compra.

Llegamos hasta la casa de Adam Smith, el viejo danés; fué morada antiguamente de los misioneros, y es la única que no está ruinoso. Bastante espaciosa, tiene un gran jardín con su baranda.

La esposa morganática nos divisa por la ventana, se despacha á ponerse su vestido amarillo y á envolverse en su manta encarnada, despues de lo cual sale á recibirnos con muchas sonrisas. Su amo y señor está ausente, pero nos trae agua dulce, que es en el país un gran regalo, pues solo se encuentra despues de las grandes lluvias en ciertos charcos del cráter de Ranokan.

Los indígenas la conservan en calabazas, donde fermenta, y los infelices que se atracan de liquen y de batatas, muy á menudo tienen que privarse de beber.

Vi encima de la mesa un gran registro abierto, y leí algunas frases inglesas.

Era el diario particular del danés, donde escribía cada dia sus impresiones, sus dificultades con los naturales, todas las circunstancias de una singular existencia.

Al regreso, muchos salvajes se obstinan en vendernos conejos. Este es uno de los lances mas desagradables del país: cada uno de los naturales lleva colgado del cinto muchos conejos, y atormenta á los extraños para que se los compre. Un conejo por un alfiler; tal es la tarifa que han establecido los marinos.

Entramos á bordo, donde me espera el almirante con impaciencia, para enviarme á hacer un dibujo exacto de la estatua antes de tomarla, dibujo que quiere enviar al ministerio.

Dispuesto ya todo, partimos con la chalupa cien hombres en busca del coloso. M. Rodolfo, alférez de navío, manda la expedición.

La chalupa, muy cargada, pasa con dificultad la barra, y acaba por amarrarse en posición conveniente.

Los indígenas se habían reunido en multitud, y lanzaban gritos penetrantes. Habiase esparcido la noticia de que se iban á llevar la estatua, y acudían para asistir á la ceremonia, habiendo muchos de los que habitan la bahía de la Pouse, en la otra parte de la isla. Así es que veíamos muchas caras nuevas.

Los cien hombres de M. Rodolfo se trasladaron al Morai, en buen orden y al paso, y los cornetas tocan marcha, ruido insólito que pone á los indígenas en un estado indescriptible.

¡Qué escena en el Morai! Los salvajes, siguiendo el ejemplo, se mostraron tan vándalos como nosotros.

Al cabo de una hora todo estaba trastornado, las estatuas rotas, y no se sabía aun á cuál correspondría el honor de que la cortaran la cabeza para ir á figurar al Louvre, en compañía de las divinidades egipcias y asirias.

En medio de la horrible tarea los salvajes bailaban y gritaban como poseídos... De pie y apartado estaba un anciano jefe, con la cabeza rizada de plumas negras, contemplando tristemente aquella escena de destrucción. Solo él, sin duda, conservaba el respeto de las cosas sagradas.

La estatua elegida es una que está tendida cabeza abajo con el rostro en la tierra; cediendo al esfuerzo de las palancas, vuelve sobre si misma y cae de espaldas. Su caída es señal de una danza general; los salvajes saltan como locos sobre la cara y el vientre de la estatua, y lanzan al cielo mil gritos frenéticos. Aquellos muertos de las razas primitivas no han oído semejante estrépito desde que se durmieron en su Morai... si no es el que debieron hacer sus estatuas cuando cayeron de vejez, una por una.

*

**

Habiendo terminado mis dibujos para el almirante, me vuelvo con Atamon á la aldea, en donde encuentro á Nuga que trabajaba con ardor en confeccionarme la corona de plumas negras tan codiciada, y que me entregó aquella misma tarde.

Mientras esperaba, el anciano jefe de Rapa-Nui me enseñó un polvillo negro que tenía envuelto en hojas secas. Con eso se pintaba de azul.

Volví á bordo á las cinco, con un penacho de plumas negras y otro de plumas blancas, que hicieron la admiración general.

Despues de comer, el comandante de L.... me propuso que le acompañara el dia siguiente por la mañana en una excursión que proyectaba hacer al cráter de Rano-Raroku, situado á seis leguas de la bahía de Cook, en la otra parte de la isla.

*

**

6 de enero.

Nuestra pequeña expedición se pone en marcha á las cuatro, y antes de amanecer llegamos á la bahía de Cook. Por el lado de la aldea se distingue humo entre la yerba, el cielo está enteramente cubierto; pasamos cerca de Morai, cuyo aspecto es siniestro.

El viejo danés que debía servirnos de guía y se había ofrecido á esperarnos á la orilla del mar, no está en su puesto, y así es que marchamos adelante en la yerba mojada, y al cabo de media hora el mar y la fragata han desaparecido detrás de los accidentes del terreno. Penetramos en la parte de la isla señalada en el mapa de los misioneros con la palabra *Tekahangearu*, escrito en gruesas letras por el obispo de Tahiti. Es el mas antiguo de los nombres que los indígenas dieron á su isla.

Por los mismos tiempos en que la población era numerosa, ese territorio central estaba deshabitado.... ¡Extraño país!

Atravesamos áridos llanos, cubiertos con un sinnúmero de pequeñas pirámides de piedra; parece un inmenso campo santo.

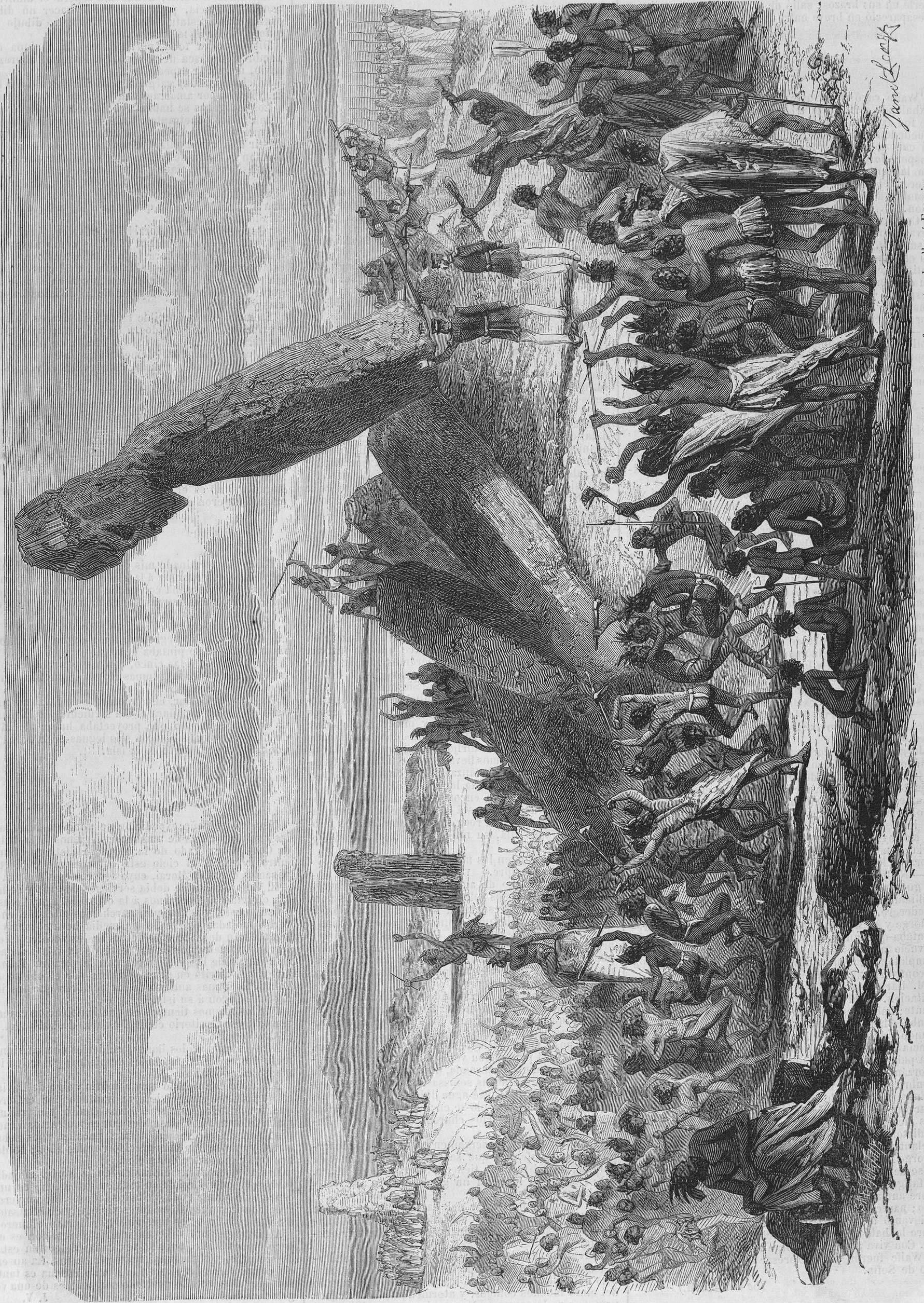
Amanece con tiempo muy sombrío y algo de lluvia: el horizonte aparece siempre limitado por cráteres que tienen todos la misma forma cónica y el mismo matiz informe. Las pirámides que encontramos á cada paso son de piedra sin labrar, puestas unas sobre otras, y que se han ennegrecido con los años; no deben tener menos de dos siglos.

Hasta las rodillas entramos en la yerba mojada, yerba que cubre la isla en toda su extensión; es una especie de planta ruda, de tallos leñosos, de un verde gris, con imperceptibles flores violeta, y de ella salen á miles esos insectos menudos que llaman efimeros.

Atravesamos un valle en que la vegetación es un poco menos triste, pues se ven cañas dulces en estado silvestre, y algunas mimosas y moreras. La ausencia completa de árboles en la isla de Pascua es tanto mas singular, cuanto que todo son señales de una vegetación destruida.

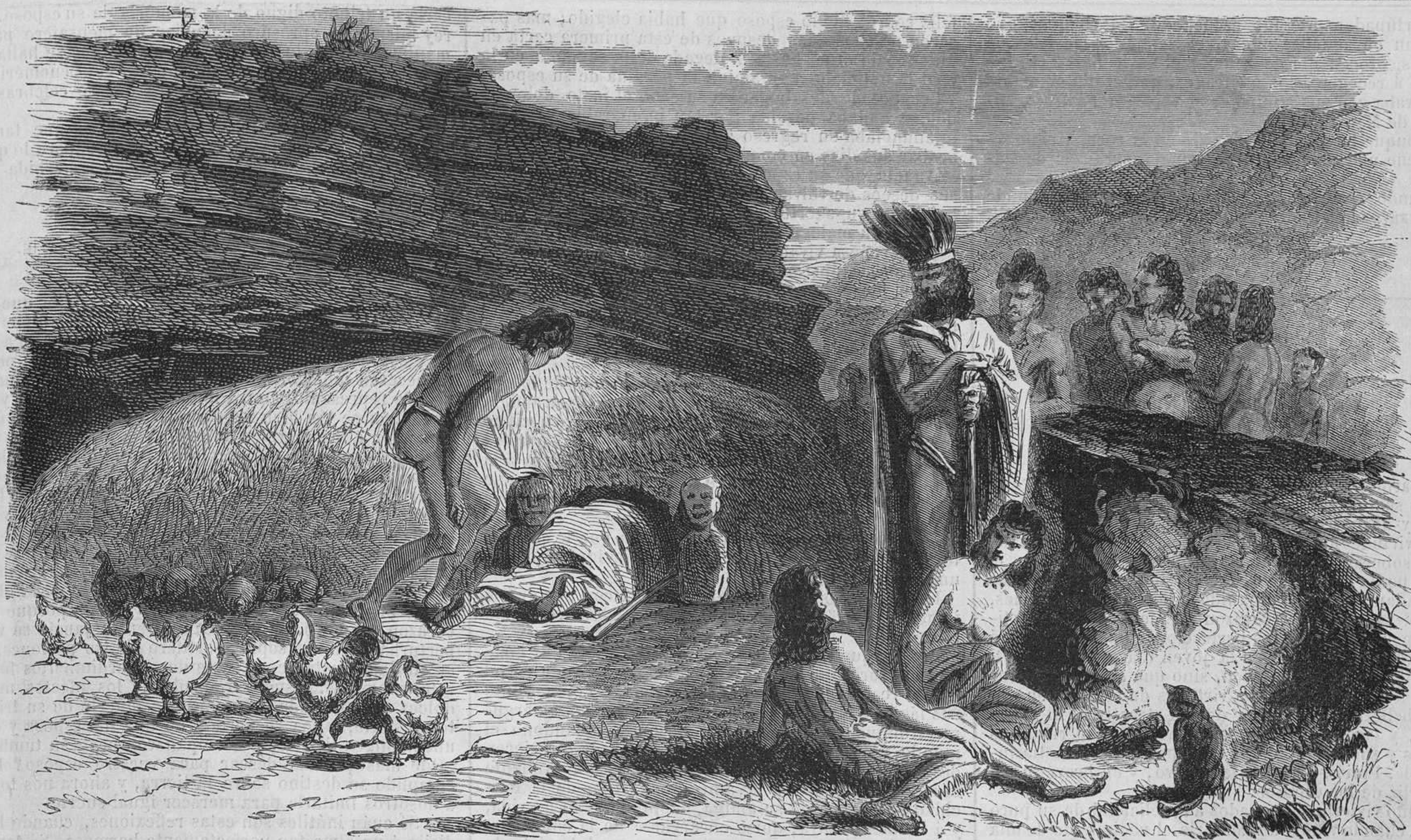
J. V.

(Se concluirá.)



Janez G. Clark

Expedicion de la fragata *la Flore* á la isla de Pascua. — Destacamento de la tripulacion de *la Flore* derribando las estatuas de Vailhu para traer fragmentos de ellas á Francia.



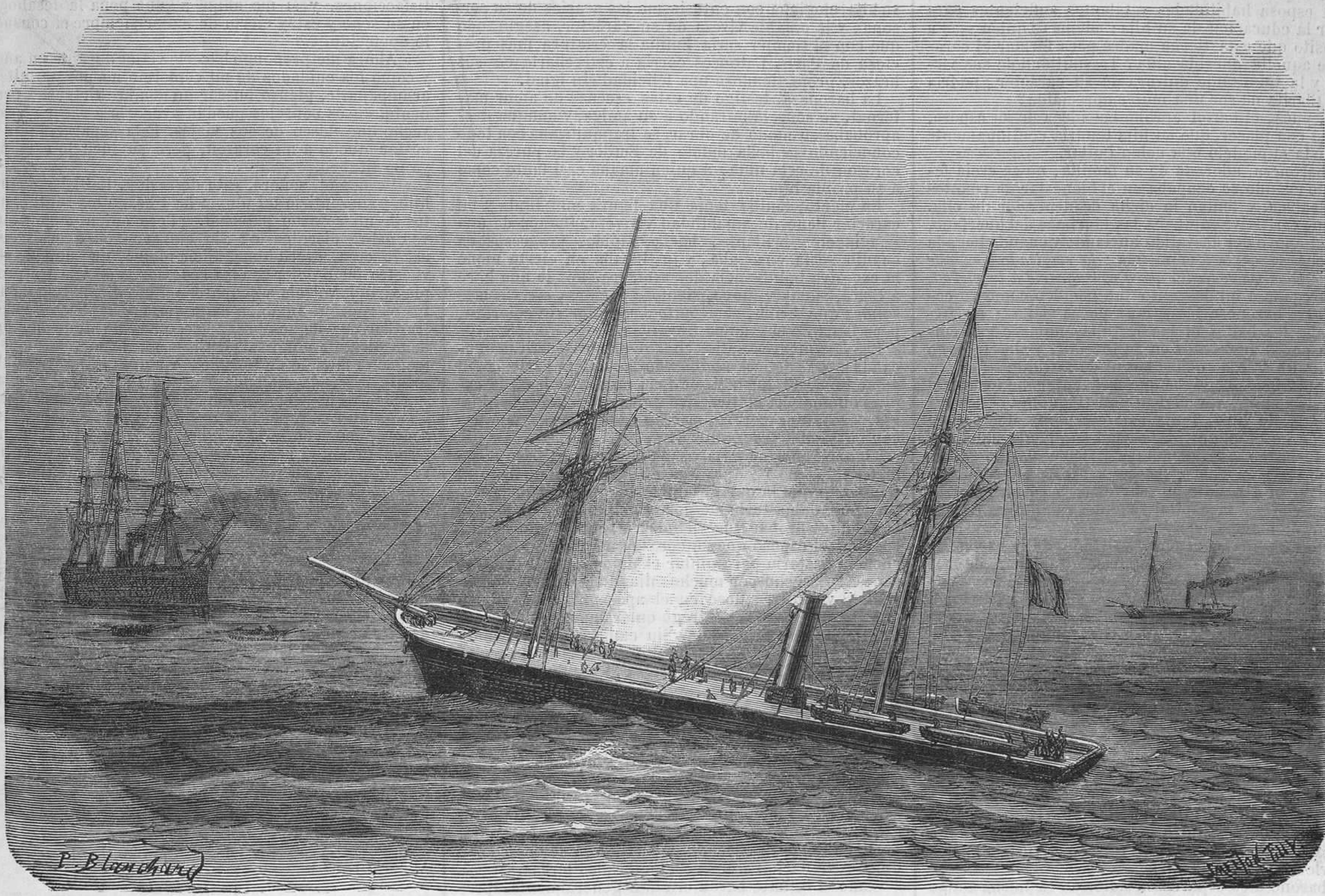
Expedición de la fragata *la Flore* á la isla de Pascua. — Aspecto de la choza de un jefe de tribu.

Nafragio del vapor *la Savoie*.

La semana última, el vapor francés *la Savoie*, de la Compañía general de trasportes marítimos, salía de Génova, con cuatrocientos cincuenta pasajeros.

El tiempo estaba sereno, no había un sople de aire, y poco á poco una nube densa, impenetrable, se esparció en el mar. El buque navegaba con su velocidad ordinaria, cuando de repente tuvo efecto un fuerte choque : era que acababa de pegar en el escollo de Medos, en el paso de las islas de Hyères.

La escena que siguió es indescriptible : todos los viajeros se precipitaron sobre el puente del buque varado, llamándose, buscándose, corriendo á los botes, y en medio de esta confusión y de este ruido incansante, el cañon de alarma hacia oír su lúgubre voz cada minuto.



Nafragio del vapor francés *la Savoie* en las islas de Hyeres.

P. Blanchard

J. J. J. J.

Afortunadamente fué escuchado. Dos buques que estaban en aquellas aguas, el vapor de las islas de Hyères, procedente de Tolon, y el navío *Luis XIV*, llegaron á recoger á los naufragos, que el día siguiente se llevaba con sus equipajes el vapor *la Picardie*, enviado de Marsella.

El buque ha quedado clavado en la roca, y si no sobreviene una tempestad, se tiene esperanzas de salvarle.

Cuando naufragó marchaba á Marsella, de donde debía zarpar el 15 de agosto para la Plata y el Brasil. P.

Emilia y Clara.

NOVELA ORIGINAL.

El baron de Benlie, despues de haber prestado relevantes servicios á su patria, determinó retirarse de la córte y acabar sus días al lado de una compañera, cuyas virtudes asegurasen su reposo y felicidad. Amado de su soberano y respetado de cuantos le conocian, el baron podia aspirar por sus riquezas y demás prendas á las alianzas mas distinguidas: pero no eran bienes, ni nobleza lo que su corazon apetecia en la que eligiese por esposa: otras perfecciones buscaba, y halló cumplidos sus deseos en la jóven Clara de Harcourt. Nada diremos de esta jóven, sino que siendo su corazon el templo de todas las virtudes de su sexo, su singular belleza era el menor de sus atractivos. El baron la vió, y tardó muy poco en conocer su mérito, sus gracias y sus talentos realizados por una modestia inimitable. Pidió su mano, la obtuvo, y en breve fué el mas feliz de los esposos.

Un año vivieron entregados á la felicidad de su puro afecto, cuando vino á aumentarla el nacimiento de una niña. La baronesa desde entonces entregada á los cuidados maternales, olvidó el mundo entero para no ocuparse mas que en los dos objetos dulcísimos de su corazon, encontrando en la ternura de su digno esposo y en las primeras sonrisas de su hija, la recompensa de todas sus virtudes. ¡Felicidad pura y pacífica, cuántos te buscan y no te hallan, porque tú solo habitas en los corazones verdaderamente virtuosos!

Concluidos los cuidados que exige la primera infancia, la baronesa quiso encargarse enteramente de la educacion de su Clarita, y consultó á su esposo sobre sus deseos y sus planes, pidiéndole el auxilio de sus consejos. El baron consintió en todo conociendo en su esposa habilidades y talentos suficientes para dirigir la educacion de su hija; además ¿quién mas á propósito que esta tierna madre para formar el corazon de aquella querida niña? Trasmitiéndole sus virtudes y la inimitable dulzura de su carácter ¿podria dejar Clarita de ser una mujer apreciable?

Así, pues, el baron aprobó las ideas de su esposa, y pensó con placer, que su hija tendria continuamente á la vista el modelo que debía imitar.

La baronesa, adorada de su familia, no se creia feliz, sino cuando se ocupaba en el bienestar de cuantos la rodeaban, y tenian la dicha de depender de ella. Su mano caritativa enjugaba las lágrimas del huérfano, y era el apoyo del desvalido anciano; y cuando llegada la noche se decia á sí misma: *he empleado bien este día que Dios me concedió para consagrarle á la virtud*, se entregaba á un descanso tan pacífico como su corazon. La baronesa tenia muy pocas visitas; no frecuentaba los bailes ni las tertulias numerosas: empleaba pocos momentos en su tocador, y sin embargo no tenia un solo de ociosidad ni de fastidio.

Entre los pocos amigos que frecuentaban la casa del baron de Benlie, apreciaban y distinguian los dos esposos á M. de Luzi. Tenia este cincuenta años, y era padre de un niño de tierna edad á quien amaba con un entusiasmo que encantaba á la baronesa. M. de Luzi no vivia en Paris; los cuidados de su comercio le obligaban á residir en Marsella; pero en sus frecuentes viajes á la capital, hallaba sumo placer en la amistad de los dos esposos.

Lleno de veneracion por las virtudes de la baronesa, se complacia infinito en su trato. Hablaban de sus hijos, de su educacion, de sus progresos, de sus esperanzas, y formando proyectos para su futura felicidad, se deslizaban apaciblemente las horas.

Seis años se pasaron sin ningun acontecimiento particular. Clarita era el idolo de sus padres, y hacia rápidos progresos dirigida por su tierna madre. No podremos decir que Clarita era una niña bonita, pero aseguraremos era una criatura angélica, dócil, aplicada y llena de dulzura: prometia ya en su corta edad toda especie de virtudes adornadas de un talento nada comun.

Por aquel tiempo recibió la baronesa una carta de madama Vertel. Era esta su mas querida amiga, y la compañera de su infancia. Habian vivido siempre juntas y en la mas dulce armonia, hasta que casada la primera con el coronel de Vertel, se vió obligada á seguirle á América.

La baronesa se separó con dolor de su tierna amiga y careció mucho tiempo del consuelo de saber de su suerte. En fin, recibió noticias suyas y supo que era

feliz con el digno esposo que habia elegido; mas pasaron muchos años despues de esta primera carta en un silencio cruel hasta la llegada de la segunda, en la cual le noticiaba á su amiga la pérdida de su esposo, y despues de desahogar en su seno el justo dolor de que se hallaba poseida por tan irreparable pérdida, le anunciaba su regreso á Paris con la intencion de acabar sus días en compañía de su amiga.

Añadia que su esposo, antes de morir, conociendo sus deseos de volver á su patria, habia asegurado en la misma su suerte y la de una hija de tierna edad, fruto de su malogrado amor.

La baronesa vivamente conmovida por la suerte de su amiga, se apresuró á buscarle un alojamiento junto al suyo, y esperó con ansia el momento de estrecharla contra su pecho y enjugar sus lágrimas. Su esposo participaba de su impaciencia, disponiéndose á ofrecer á la afligida viuda los sinceros consuelos de una amistad generosa.

Una navegacion feliz condujo mas pronto de lo que esperaba á madama de Vertel á los brazos de su amiga. La baronesa mezcló su llanto con el suyo y dulcificó su amargura. Despues de los primeros trasportes, madama de Vertel puso en brazos de la baronesa á la pequeña Emilia, niña de tan interesante belleza, que conmovió el corazon de los dos esposos. La baronesa la llevó junto á Clara, y la dijo:

—Hija mia, ve aquí una compañera que te presento: ¡ójala vuestra amistad sea algun día igual á la que une á vuestras madres!

Las dos niñas se abrazaron, y Emilia con una gracia infantil, dijo á su mamá que Clarita seria su amiga inseparable.

Desde aquel día se estableció entre estas dos amables criaturas una armonia sin igual. Madama de Vertel fijó su residencia junto á la de su amiga, y bien pronto sus lágrimas empezaron á correr con menos amargura. Aunque todavia jóven y hermosa, abandonó el mundo, y desechó varios partidos que se la ofrecieron desde su llegada á Paris, para consagrarse enteramente el amor maternal y á la amistad. Testigo de la felicidad doméstica de su amiga, adoptó su plan de vida, y á imitacion suya, quiso encargarse de la educacion de su hija. Se buscaron maestros, que á la vista de sus madres enseñasen á las niñas, aquellas habilidades de puro adorno, que tanto realce dan á una buena educacion.

Sin embargo, madama de Vertel, aunque llena de virtud, distaba mucho de poseer los talentos sólidos y la prudencia de la baronesa. Su ternura hácia su hija llegaba algunas veces á ser indiscreta, tolerando por temor de disgustarla y afligirla, aquellos caprichos tan comunes en los niños. La baronesa remedia en lo posible este daño, enseñando con su ejemplo á su amiga, la utilidad de una prudente correccion.

Madama de Vertel estaba cada día mas ciega por su hija, elogiaba con entusiasmo las gracias de su persona, y la amable viveza de su carácter, asegurando que con el tiempo seria Emilia la criatura mas preciosa de Paris. Entonces corria á estrecharla en sus brazos, prometiéndose una felicidad sin igual.

La baronesa, testigo de estas escenas de amor maternal, se sonreia mirando á su amiga, y aunque desaprobaba su modo de obrar, se tranquilizaba con todo conociendo la bella índole de Emilia y la pureza del corazon de esta niña, á quien amaba casi tanto como á su propia hija.

En efecto, Emilia tenia una figura muy linda y un carácter lleno de amabilidad y viveza. Dotada de una imaginacion brillante, hacia rápidos progresos en cuanto se la enseñaba, y justificaba en cierto modo la excesiva indulgencia de su madre. Por lo que hace á Clara, siempre dulce, siempre pacífica, ofrecia mas solidez que brillo, semejante á una flor sin colorido, pero llena de suavísima fragancia.

Las dos madres satisfechas de sus respectivas educandas, eran felices recibiendo las dulces caricias del amor filial. El buen M. de Luzi en sus viajes á la capital aumentaba el atractivo de sus reuniones familiares, y los días corrian para estas virtuosas familias con envidiable tranquilidad.

Algunos años se pasaron de esta suerte, pero como la felicidad no es duradera en este mundo, llegó el tiempo en que la que gozaba la baronesa ya hacia tantos años, debía turbarse por el golpe mas terrible. El cielo quiso probar sus virtudes arrebatándole en pocos días el esposo que su corazon adoraba: ¡qué elocuencia bastaria para pintar el dolor de esta amante esposa! Desechó por muchos días toda suerte de consuelos, y encerrándose en el aposento donde habia muerto su esposo, se entregó enteramente al doloroso sentimiento de su pérdida. Sin embargo, la baronesa llena de virtudes, poseia en alto grado la de la resignacion á los decretos de su Dios: la voz de la religion se hizo oír, y abrió sin reserva su corazon á sus sublimes consuelos. Era madre, y este precioso título la imponia obligaciones que apreciaba demasiado para abandonarlas. La amistad siempre igual de madama de Vertel, le ofrecia tambien á porfia los mas afectuosos consuelos, y su alma reanimada por tan tiernos afectos, recobró poco á poco el sentimiento de la existencia. Conoció que sus deberes sobre la tierra, exigian de ella un riguroso cumplimiento. Escondió, pues, su dolor en el fondo de su alma, y se dedicó con dulce resignacion á sus acostumbradas tareas.

Como el difunto baron era tan generalmente apreciado, recibió por todas partes muestras nada equivo- cas de amistad y de consuelo, apresurándose á ofre-

cerla un tributo digno de la memoria de su esposo. El rey mismo se apresuró á enviar un mensajero para manifestar á la viuda el sentimiento de que se hallaba poseido por la pérdida de un súbdito tan benemérito, é inmediatamente dió orden para que se celebrasen magnificas exequias en su honor.

La baronesa agradeció estas muestras que tanto honraban la memoria de su amado esposo, pero lo que mas apreció fué una carta de M. Luzi, concebida en estos términos:

CARTA DE M. DE LUZI Á LA BARONESA DE BENLIE.

«No creo, señora, que deba pintaros el dolor que la pérdida de vuestro esposo y mi digno amigo me ha causado. Vuestro corazon sensible os dará una idea de él, y así excusaré renovar unos sentimientos que permanecerán indelebles en el fondo de nuestras almas.

» Me represento, amiga mia, vuestra afliccion, y si no conociese tan bien vuestras virtudes y piadosa resignacion á los decretos de una sábia providencia, temeria por esa vida tan preciosa para el bien de la humanidad. Llorad en hora buena la separacion que la muerte ha puesto entre dos corazones unidos por los vinculos mas fuertes, como son los de la virtud y el amor, mas no olvideis que esta separacion no es eterna, y que la muerte del hombre justo es la aurora de una felicidad que jamás disfrutó sobre la tierra. Vuestro esposo recorrió su carrera acompañado de la gloria y del amor; la paz habitó en su pecho, porque su corazon era puro. Su pacífica existencia jamás se vió perturbada por el soplo mortífero de las pasiones, y sus últimos instantes exentos de remordimientos fueron tranquilos. Esperó rodeado de los afectos, mas dulces que sin duda despojaron la muerte de su triste prestigio, y los recuerdos de una fiel esposa y de unos amigos tiernos, le acompañaron hasta su tumba. ¿Qué mas podiais desear para vuestro esposo? Ha cumplido su destino sobre la tierra, y ahora nos toca á nosotros imitarle para merecer igual suerte.

» Sé cuán inútiles son estas reflexiones, cuando las dirijo á un alma tan perfectamente hermosa. Sé tambien cuánto amais vuestros deberes, y que el amor materno os une á la vida con unos lazos tan fuertes que no quereis romperlos.

» Tambien yo perdí una esposa jóven y amable, pero me quedaba un hijo, y el cuidado de su educacion llegó á disipar toda otra idea de mi mente. La felicidad renacia para mí á medida que este querido hijo adelantaba en juicio y en sensibilidad. Yo mismo he formado su corazon, y en el día este objeto de mis esmeros y delicias me recompensa con usura de todos mis cuidados. Tengo ya en mi hijo un compañero inseparable y un amigo fiel; participa de todas mis satisfacciones, y si me aflige alguna pena la desahogo en su seno y estoy cierto de hallar siempre el consuelo apetecido.

» Ahora me propongo hacerle viajar durante un año, y como los cuidados de mi comercio no me permiten acompañarle, pienso buscar un hombre virtuoso y prudente, cuyos consejos puedan ayudarle á sacar el provecho que deseo de sus viajes. Esta separacion va á costar mucho á mi corazon, pero su bien lo exige, y yo no titubeo.

» Perdonad, señora, esta digresion. Hablaba de mi hijo, y sin sentirlo mi pluma ha trazado los sentimientos de mi corazon paternal. ¿Pero quién mejor que vos sabrá disculparlo? Sin embargo, si quereis que así lo crea, escribidme, diciéndome, que dulcificado vuestro justo dolor con las reflexiones de vuestra propia virtud, volveis á ocuparos en la felicidad de cuantos os rodean. Tambien exijo que me habéis de vuestra Clarita y de sus progresos, pues no dudo que los haga dirigida por vos. ¡Dichosa niña que tiene en su madre el modelo de todas las virtudes! Deseo igualmente saber de madama Vertel y su preciosa Emilia.

» Habladme siempre detenidamente de estas amables criaturas. Nada mas me queda que añadir. Vos, señora, conocéis todo el precio de la amistad que me ha unido con el baron de Benlie, y la que eternamente profesaré á su respetable esposa, y así me limitaré á concluir repitiéndome vuestro, etc.

» GUILLERMO DE LUZI. »

Esta carta causó un verdadero placer á la baronesa. Las virtuosas máximas y consoladoras reflexiones de que estaba llena, se hacian mas persuasivas en la boca de este respetable amigo, que habia siempre acreditado con sus obras sus consejos.

La baronesa procurando dominar su afliccion con estas reflexiones, se entregó á sus ocupaciones ordinarias, y la educacion de las dos niñas se hizo insensiblemente para ella un manantial de verdaderas satisfacciones. Dirigia sus lecturas, cuidando de que estas perfeccionasen el entendimiento de las dos jóvenes sin sobrecargarlo de ideas frívolas y romancescas, efecto comun de la lectura de novelas que desnudas de toda verosimilitud y solidez, llegan á corromper el alma.

(Se continuará.)

Estudios históricos.

LA VIDA Y HECHOS DE ATILA.

(Continuación. — Véase el número 1,025).

Aquilea no era menos importante como plaza de comercio, que como plaza de guerra, pues sus habitantes tan pronto soldados, como comerciantes y marinos, concentraban en sus muros los géneros de exportaciones de la Iliria, de la Panonia, y de los países bárbaros allende el Danubio. Su puerto situado cuatro leguas mas abajo á la embocadura del río, pasaba por uno de los mayores del Adriático, sirviendo de estación á la escuadra encargada de proteger aquel mar y de reprimir la piratería.

No sabemos qué se había hecho de aquella escuadra en 432; lo cierto es que no desempeña ningún papel en las operaciones de la guerra que nos ocupa. Aquilea, tan fuerte por la naturaleza y el arte, estaba considerada como inexpugnable cuando quería defenderse. Alarico no había podido tomarla.

El rey de los hunos empleó contra Aquilea los medios ordinarios de sitio, sin ningún éxito favorable, pues la guarnición secundada por los habitantes hacia frente á todo. Cada día Atila hacia una tentativa pasándose así tres meses, de modo que sus tropas cansadas y acosadas siempre por las frecuentes salidas de la guarnición y otras estratagemas se hallaban extenuadas, y por otra parte se acercaba ya la estación de los calores.

Mientras tanto se supo que los socorros que había pedido Aecio al emperador de Oriente acababan de desembarcar en el mediodía de la Italia, y corrían rumores de que el mismo emperador Marciano preparaba un desembarco en la Panonia. Los bárbaros, inclinados siempre al desaliento cuando tenían que batirse contra plazas fuertes, se aterraron acordándose de los desastres que acompañaron el sitio de Orleans, y lo que era mas raro aun en el ejército de Atila, en el campamento resonaban las quejas y las críticas de semejante empresa.

Atila sumamente impaciente y herido en su amor propio y orgullo no sabia ya qué resolución debía tomar. Seguir su marcha á través de la Italia dejando detras de sí á Aquilea, era una imprudencia que podía costarle muy cara; confesarse y darse por vencido teniendo que retirarse sin haber robado y peleado, era una vergüenza que no podría soportar, por consiguiente tenia que hacerse con Aquilea á todo trance. Un incidente que otro hubiese despreciado se la entregó, inspirando á los hunos un nuevo valor.

Un día que se paseaba Atila alrededor de las murallas cabiloso y estudiando el estado en que se hallaba la ciudad, vió varias cigüeñas que salían con sus hijuelos de una torre arruinada dirigiéndose al campo.

Atila se detuvo algunos minutos observando aquello, y luego volviéndose hácia los que le acompañaban les dijo: « Mirad estas aves blancas que tienen ya un presentimiento de lo que les va á suceder. Como habitantes de Aquilea, la abandonaron porque ya á perecer. Y no creáis que este presagio sea vano ó incierto, añadió, pues el temor de este peligro grande é inmediato cambia las costumbres de los seres que tienen el presentimiento del porvenir. »

Estas palabras pronunciadas de intento no tardaron en ser repetidas en todo el campamento y produjeron la impresion que él se figuraba, pues en otras varias ocasiones había sabido dar á sus palabras una especie de autoridad sobrenatural.

Inmediatamente los espíritus se animaron y cobraron fuerzas; el ardor se apodera de los hunos, construyen máquinas, ponen en juego todos los medios de destrucción, multiplican las escalas, y en fin, aproximándose á las murallas suben y entran en la ciudad robando y destruyendo cuanto encontraban. Los estragos que hicieron los bárbaros fueron tales, decía Jornandes un siglo mas tarde, que apenas si quedan hoy vestigios de aquella ciudad.

En tan horrible día se cometió toda especie de crímenes, sin olvidar las mas atroces violencias contra las mujeres. La historia nos habla de una jóven y hermosa mujer llamada Dugna ó Digna, la que viéndose perseguida por los hunos se cubrió la cabeza con su velo y se precipitó en el río desde lo mas alto de su casa.

Tal es la breve y triste relacion de los historiadores; pero la tradicion nos cuenta las cosas de otro modo, como suele hacer casi siempre. Dice, pues, que sorprendió Atila por un cuerpo de voluntarios de Aquilea en un reconocimiento que hacia por la noche, les hizo frente mucho tiempo apoyado contra la muralla de la ciudad con el arco en la mano y la espada en los dientes, y que solo se les escapó salvándose por encima de un monton de cadáveres; se le reconoció, dice la tradicion popular por el fuego que echaban sus ojos. Se dice que los venecianos tienen aun su casco que recogieron en el campo de batalla.

Segun otra tradicion menos heroica, parece que los habitantes de Aquilea se pusieron en salvo y llegaron

á meterse en sus lagunas por medio de una estratagemas muy inverosímil á la verdad, pero que acoge siempre gustosa la credulidad del vulgo.

Se dice pues que para proteger su retirada hácia la mar y ocupar la atencion de los hunos, mientras que los defensores de la plaza ponian á salvo sus familias y bienes, colocaron sobre las murallas estatuas con armas en vez de centinelas, y que Atila luego que entró en la plaza se halló con las casas vacías y sin habitantes en ningún lado.

Estos cuentos no están de acuerdo con los hechos, porque Atila no arriesgaba nunca su vida sin necesidad, y por otra parte los restos de la poblacion de Aquilea no se refugiaron en Venecia, por la razon sencilla que no existia, sino en Grado. En fin, Atila castigó cruelmente á los habitantes de Aquilea y arruinó la ciudad.

Semejante ejemplo le produjo el efecto que se prometia, pues todo el resto del pais no pensó mas que en ponerse á salvo. Concordia, Altinum y hasta la misma ciudad de Pádua abrieron sus puertas, y sus habitantes se marcharon en la mayor parte. En fin, en lo que no cabe duda es que casi todos aquellos habitantes se refugiaron á los islotes inmediatos que en la alta marea formaban un archipiélago inaccesible, y permanecieron ciudadanos de las lagunas guardados y defendidos por el mar.

Del seno de aquellas miserias nació la bella ciudad de Venecia situada sobre unas setenta y dos islas; pero la reina del Adriático no salió de un solo golpe de la espuma de las olas como Venus, á quien los poetas la han comparado tantas veces.

Medio siglo despues del paso de Atila, el archipiélago veneciano aun no presentaba mas que una poblacion de poca consideracion, pobre, pero industriosa, compuesta de pescadores y de marineros.

En fin, el territorio de Venecia fué robado y quemado, pasando los hunos en seguida á la Liguria en donde hicieron lo mismo. Sin embargo, la historia solo cita dos ciudades saqueadas en esta última provincia, que son Milán y Ticinum, hoy Pavia; pero la tradicion local las cita casi todas, y esto parece muy probable.

Las ciudades situadas al mediodía del Po sufrieron mucho menos, en razon á que por aquella parte se hallaban varios cuerpos del ejército romano, y que Atila por prudencia contenia sus masas hácia la parte norte del río. Su residencia en Milán, fué marcada por una aventura que la historia no ha echado en olvido, y en la que se ve el carácter burlon y altivo del rey de los hunos. Paseándose Atila por la ciudad, había notado una de aquellas pinturas con que los romanos les gustaba adornar los pórticos, y se detuvo para examinarla.

El cuadro representaba dos emperadores majestuosamente sentados en sus tronos dorados con el manto de púrpura y la diadema, mientras que los scitas (el historiador no dice si eran hunos ó godos) se hallaban prosternados á sus piés despues de una derrota, y en ademán de implorar el perdón. Inmediatamente mandó Atila borrar aquella insolente pintura, y que le pudiesen á él en su trono, teniendo delante de sí á los emperadores romanos, cargados con sacos y derramando á sus piés un torrente de oro.

El tiempo se iba pasando, pues estaban ya á mediados de julio, y por consiguiente los excesivos calores desarrollaron muchas enfermedades en el ejército de los hunos, debilitado por las victorias, y por otra parte cargados los soldados de despojos y de oro, no deseaban mas que poner el fruto de sus rapiñas en punto seguro.

El clima, este fiel auxiliar de los italianos contra los invasores del Norte combatía liberalmente por ellos, y justificaba la prevision de Aecio.

Los hunos se iban consumiendo de día en día, sus excesos atrajeron el hambre y la peste, por manera que la Transpadana no podia alimentarlos. En semejante situacion Atila tenia que tomar un partido; pasar el Po, marchar sobre Roma resueltamente, forzar el paso de los Apeninos, y librar batalla á Aecio que parecia huir, era el partido que mejor convenia á su orgullo, pero su ejército le desaprobaba. Tanto los jefes como los soldados deseaban que la campaña terminase allí por aquel año, aunque hubiese que principiarla de nuevo el siguiente, puesto que les había sido favorable y lucrativa, pues habían recogido inmensas riquezas y sus carros estaban atestados de botín.

A esta poderosa consideracion en unas tropas que solo hacia la guerra por robar, se unia otra diferente, pero casi tan fuerte como la primera, pues la idea de ver á Atila dirigirse sobre Roma les infundia un miedo supersticioso. A pesar de que la inviolabilidad de la metrópoli del mundo romano había desaparecido ya desde el atentado de Alarico medio siglo ántes, y á pesar de que su poder no era ya otra cosa que una palabra sin sentido, con todo esta palabra infundia cierto terror en sus corazones, de modo que la sombra de la ciudad de los Césares quedaba en pié acompañada de la majestad de los sepulcros.

Amenazarla con la espada parecia una sentencia de muerte contra el profanador que tal cosa hiciese, pues su imaginacion no olvidaba que el mismo Alarico victorioso muriera á poco tiempo sin otra causa. Atila deseaba sin duda humillar á la soberbia Roma; pero por otra parte su corazón no era inaccesible á los temores supersticiosos, y además acababa de saber que el ejército enviado por el emperador Marciano se diri-

gia sobre la Panonia con la intencion de atacarle al desembocar en los Alpes y cortar la retirada.

Sin embargo de su prudencia acostumbrada, el deseo de dar un golpe ruidoso contrabalaceaba en él las ansiedades del temor y los cálculos de la razon. En su consecuencia dió orden á sus tropas de concentrarse mas abajo de Mántua cerca del confluente del Po y del Mincio sobre la grande via romana que iba á Roma por los Apeninos, y él mismo llegó al punto marcado indeciso aun de lo que haria.

El proyecto de Atila, confirmado por el movimiento de su ejército, consternó á los habitantes de Roma. El emperador, el Senado y el pueblo, consultado en tan crítico momento, fueron de parecer que era preciso humillarse delante del conquistador bárbaro, y obtener á todo precio que no marchase sobre la ciudad, por manera que no se olvidaron ni súplicas, ni regalos, ni hasta la oferta de un tributo para en lo sucesivo, pues resolvieron emplear todos los medios antes de sufrir la suerte de un sitio.

En otro tiempo Roma nunca quiso entrar en composiciones cuando el enemigo estaba á sus puertas, pero en esta ocasion se daba prisa en presentar ventajosas proposiciones antes que se acercase el enemigo.

El silencio que guarda la historia sobre ciertos hechos justifica cuando menos que Aecio no tuvo parte en un acto tan vergonzoso. El ilustre patricio, hallándose á la cabeza de su ejército, meditando probablemente el plan de defensa de los Apeninos, se ocupaba de salvar á Roma; pero esta no le consultó para entregarse cobardemente.

Sin embargo, á fin de cubrir un poco la ignominia de la negociacion por la eminenia del negociador, se eligió para jefe de la embajada al mismo sucesor de San Pedro, el papa Leon, dándole otros dos personajes para que le acompañaran, de los que el uno era, segun dicen, Genadio Avieno, que pretendia descender de Valerio Cervino.

Leon, llamado el Grande por la Iglesia romana, y el Sabio por la griega, ocupaba entonces la silla apostólica con un brillo y un talento que imponia hasta los mismos paganos. Los literatos, por un singular abuso de lenguaje, le proclamaron el Ciceron de la cátedra de San Pedro, el Homero de la teologia y el Aristóteles de la fe; y la gente de mundo hallaban en él una inteligencia firme, simple y siempre recta, y una rara fineza de miras, unida al don de persuadir. Estas cualidades hicieron de Leon un negociador útil en las cosas del siglo, al mismo tiempo que un pastor eminente en la Iglesia.

En 440 solo era aun diácono, cuando quiso la regenta Plácida enviarle á las Galias para calmar una querrela naciente que podia encender la guerra civil en el Occidente, querrela muy temible en razon á que esta era entre Aecio y uno de los grandes funcionarios de aquella prefectura llamado Albino.

Leon con solo la recomendacion de su persona, llegó á reconciliar á dos rivales que pasaban por intratables, y en ese tiempo el pueblo y el clero de Roma le elevaban á la silla pontifical, aunque aun no era sacerdote, pues su virtudes y su talento merecian la confianza pública. Desde entonces no había hecho mas que crecer en experiencia y en saber por la práctica de los negocios de la Iglesia que abrazaban muchos intereses seculares.

La historia nos lo pinta como un anciano de mucha estatura y de una fisonomía noble y respetable; y así es que el emperador y el Senado tenían confianza en que sabia contener á Atila.

Los embajadores se pusieron en marcha sin descanzar un momento, á fin de poder encontrar á Atila antes que pasase el Po, y en efecto, le encontraron un poco mas abajo de Mántua, cerca de un vado del Mincio.

Aquel fué por cierto un momento muy grave para la existencia de la ciudad de Roma, al ver á dos de sus hijos mas ilustres, uno que representaba las antiguas razas latinas que habían conquistado el mundo con la espada, y el otro el jefe de las nuevas razas que le conquistaban por medio de la religion; era un crítico y grave momento, digo, verles ir á poner á los piés de un rey bárbaro el rescate del Capitolio. También era, á no dudarlo, un momento grave para Atila. Las relaciones precedentes nos han representado al rey de los hunos dominado por el orgullo, y no obstante, su avaricia, mas deseoso aun de honores que de dinero.

La idea de ver á sus piés á Roma suplicando, esperando de su boca una sentencia de vida ó de muerte, al ver la toga de los Valerios y la tiara de los sucesores de San Pedro delante de sí, despues de haberle tratado de bárbaro y cobarde, esta idea, repito, le llenó de una alegría que en vano quiso ocultar. Hacerse reconocer vencedor y dueño de aquellos belicosos pueblos, era tanto para él como serlo en realidad, y por otra parte humillaba á Aecio, cuya espada rompía entonces de un solo golpe y de una sola palabra.

Su vanidad y la de su pueblo se hallaban satisfechas, y ya podia salir de allí sin el mas mínimo disgusto; y así fué que, dominado de estas ideas, mandó que le condujesen allí á los embajadores romanos, recibiendo los con toda la amabilidad de que era capaz un Atila.

Los negociadores se habían puesto las insignias de sus altas gerarquías para presentarse en una entrevista tan solemne, pues la historia nos dice que Leon

se había revestido de su traje pontifical. Al momento que se presentó, explicó al rey de los hunos las proposiciones del emperador, del Senado y del pueblo romano; y el rey de los hunos tuvo muchas atenciones con él.

Nosotros no sabemos en qué términos lo hizo; cómo pudo disfrazar bajo la dignidad del lenguaje la parte vergonzosa de pedir una paz sin combate, cómo ha podido conservar á su ciudad algo de grandeza presentándola de rodillas; por qué inspiración maravillosa supo contener en los límites del respeto á aquel bárbaro hinchado de orgullo, que hacia pagar tan cara con la burla y el desprecio su clemencia; si evocó el poder de los santos apóstoles para proteger la ciudad que guardaba sus sepulcros; si recordó al conquistador los sentimientos de su propia fragilidad por medio del ejemplo de la fragilidad de las naciones; nosotros no sabemos, digo, de qué medios se valió aquel sumo pontífice: lo cierto es que Atila le concedió lo que buscaba, es decir, la paz mediante un tributo anual, con lo que prometió salir de Italia. El tratado fué ajustado el 6 de julio, día de la octava de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

No parece que Atila en sus explicaciones con el papa haya dicho nada sobre Honoria, ni de su voluntad de quererla para esposa, pues Leon le hubiera hecho comprender que Honoria, estando casada ya, no podía ser esposa de otro en virtud de la ley cristiana y romana; pero, sea por capricho ó por cálculo, á fin de tener siempre un pretexto de guerra, declaró al marchar que quería que le enviaran á Honoria con sus tesoros, y que si no lo hacían vendría á buscarla con un ejército mayor en la primavera próxima. Tal fué el recuerdo burlesco dirigido por el rey de los hunos á la hermana del emperador y á la nieta de Teodosio el Grande: última prueba de su desprecio por aquella loca mujer, en quien no vió otra cosa que un vil instrumento indigno de sus deseos y de su respeto.

Para volverse á sus Estados no tomó el camino que había llevado, temiendo encontrar al salir de los Alpes al ejército que Marciano acababa de enviar á la Ponia; antes por el contrario, subiendo el curso del Adige tomó el camino de los Alpes Noricos, y sus soldados, no obstante el tratado de paz, saquearon la ciudad de Augusta, Ausbourg, que se hallaba á su paso.

Al pasar el río Lech, que está cerca de la última ciudad y que se pierde en el Danubio, un incidente singular llenó de una inquietud supersticiosa á los hunos.

Al entrar el caballo del rey en el agua, una mujer vestida con un traje casi de pordiosera, se puso delante de él, y cogiéndole por la brida, dijo por tres veces con solemne voz:

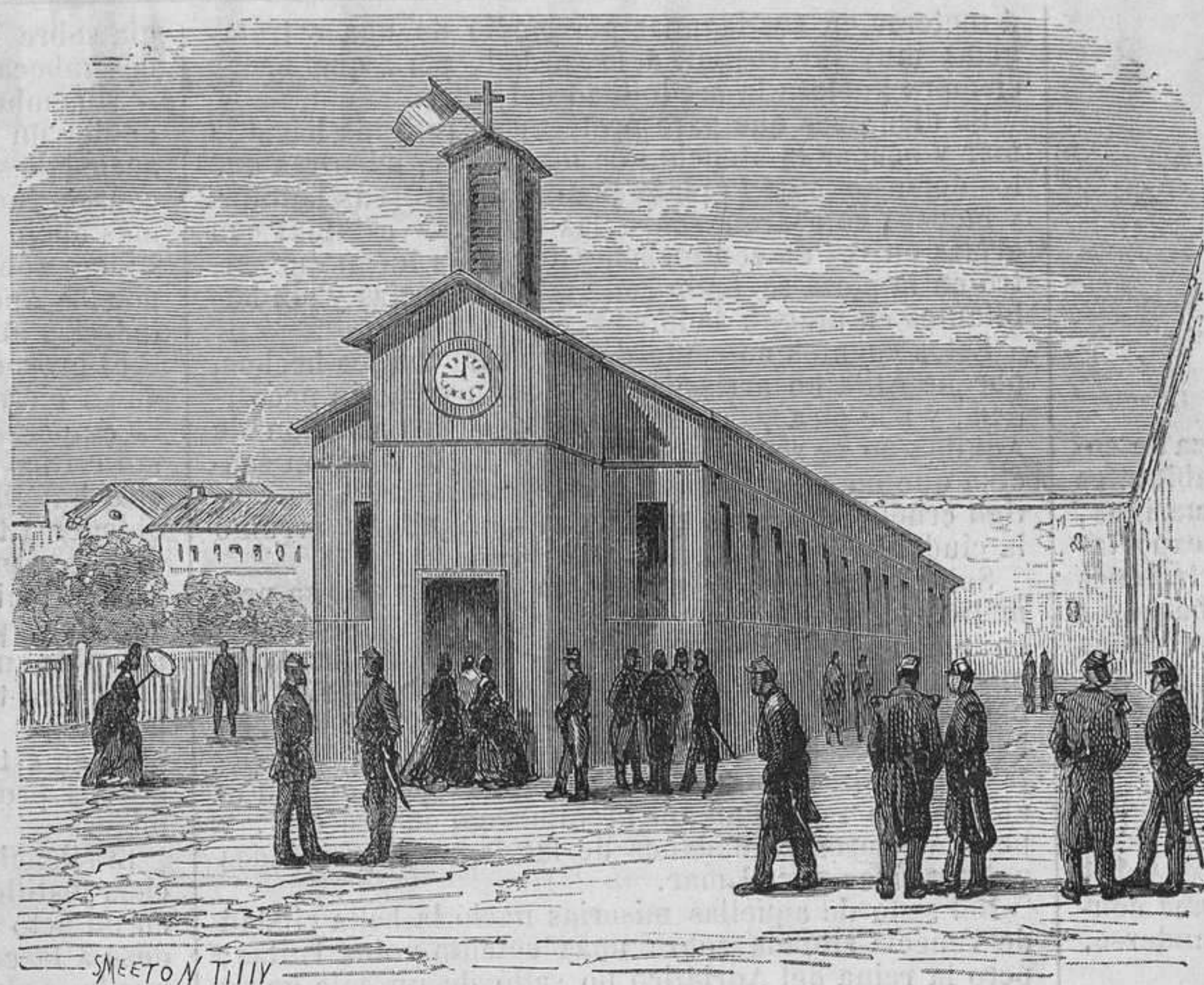
— Atrás, atrás, Atila, como indicando que un gran peligro esperaba al rey de los hunos al cabo de su viaje.

Los soldados que habían visto que su rey había cedido también á las súplicas del obispo Lupus, no parecían muy contentos, y decían que Atila invencible entre los hombres, se había dejado vencer por dos bestias.

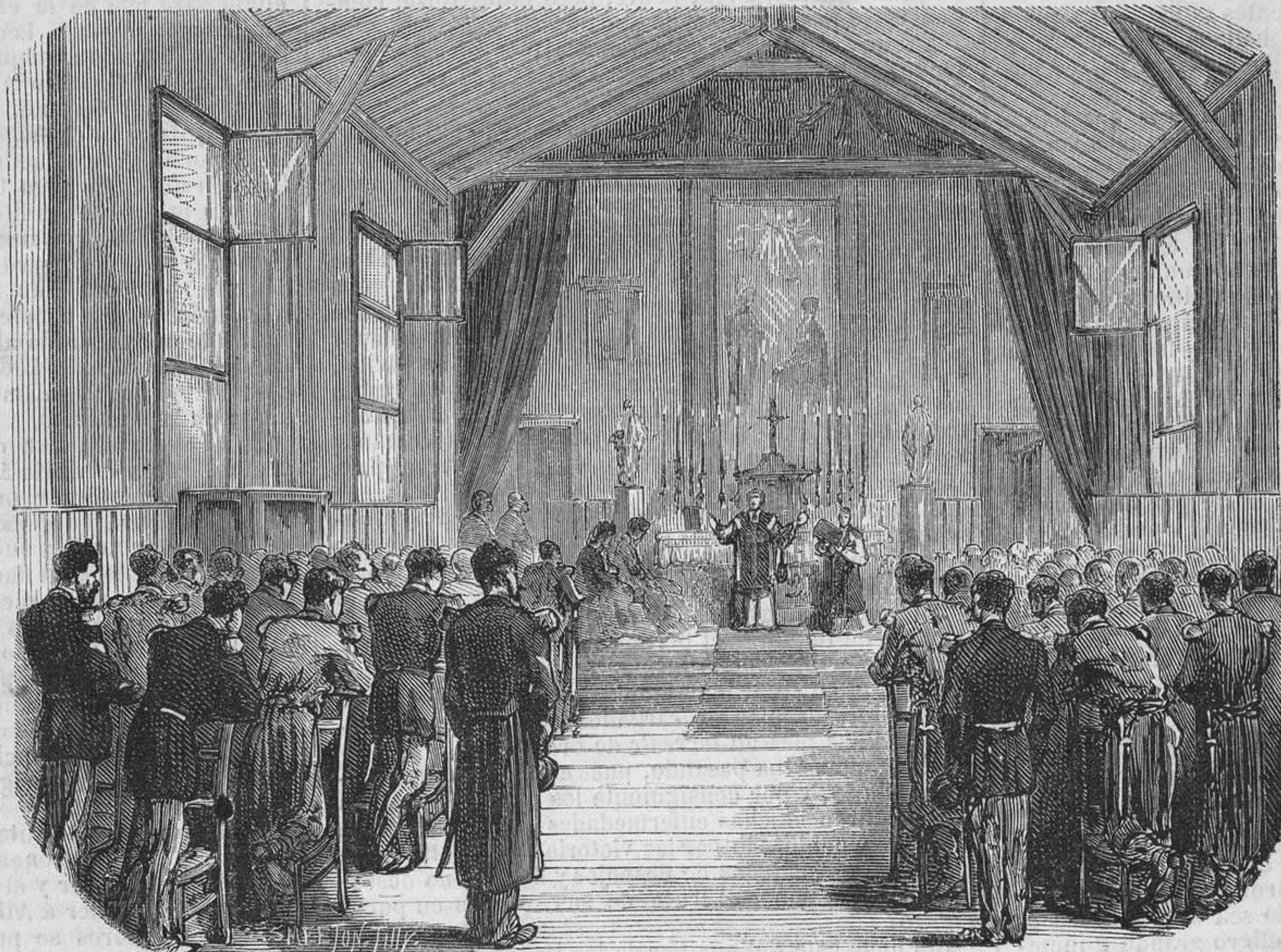
VIII.

MUERTE DE ATILA. — DISUÉLVESE SU IMPERIO.

El ejército romano oriental ocupaba ya la Mesia,



NUEVAS CAPILLAS MILITARES EN PARIS. — San Mauricio, vista exterior.



San Mauricio, vista interior.

dispuesto á atacar á los hunos; pero cuando supo que la paz había sido ajustada entre Atila y el emperador de Occidente, no quiso romper las hostilidades.

Sin embargo, Atila mandó decir al emperador Marciano que iría á buscarle en la próxima primavera hasta á su mismo palacio de Constantinopla, si no le pagaban inmediatamente el tributo convenido en otro tiempo con Teodosio II. Marciano, que no era hombre que cediese como lo había hecho Valentiniano, respondió á las amenazas haciendo preparativos de guerra.

Algunas batallas libradas á los alanos del Cáucaso que se habían insurreccionado en su ausencia, terminaron para Atila el año de 452. Fornandes, por una singular confusión, transforma la guerra de que acabo de hablar contra las tribus de los hunos en Asia, en una segunda campaña en las Galias contra Sangiban y los alanos del Loira, y hasta contra los visigodos. El error es demasiado claro para que necesite refutarse, pues los documentos históricos prueban, que Atila pasó tranquilamente el invierno en las orillas del Danubio, haciendo grandes preparativos para el año de 453; pero este año no le pertenecía ya en las miras de la Providencia.

(Se concluirá.)

LA

Capilla militar

DE SAN MAURICIO, EN PARIS.

Esta capilla se halla situada en el 18° distrito, en la Chapelle-Saint-Denis, plaza Hebert. El pensamiento que ha presidido á su erección y á la de otras muchas (se cuentan ya 28 en Paris), es un pensamiento de regeneración del soldado por la enseñanza y la práctica de los deberes religiosos, debido á los generales Gelin, de Courville y Ladmirault, y patrocinado con ardor por el arzobispo de Paris. Cada una de esas capillas se halla, pues, especialmente destinada á los militares acuartelados en el barrio, y deseosos de practicar los preceptos de la religión.

La de San Mauricio es de madera y de una sencillez evangélica, habiendo sido costeada con el producto de los dones de algunas almas caritativas.

Los materiales de su construcción provienen de las ambulancias de Longchamps; el terreno en que se eleva ha sido dado por el ferrocarril del Este, y el arzobispo de Paris entregó los primeros 500 fr. que han servido para comenzar las obras.

El celo del presbítero Cassan Floyrac, cura de la parroquia de Saint-Denis de la Chapelle, y del abate Binz, vicario de la misma parroquia y capellán del 90° regimiento de línea, destinado á la nueva capilla, han hecho lo restante. Por lo que toca á M. Binz, era, digámoslo así, una obra personal. M. Binz hizo la campaña del Rhin, estuvo en Gravelotte, y habiendo caído prisionero, se hallaba á punto de ser enviado á Silesia, cuando logró escaparse y entró en Paris dos días antes de cerrarse las comunicaciones. Se encontró en la acción de Champigny, y combatió con denuedo. Fácil es comprender que haya conservado un mal recuerdo de los prusianos, y que contribuya con mucho celo á cuanto le parezca propio para levantar á su país.

La capilla de San Mauricio tiene 24 metros de largo, sobre 8^m,10 de ancho. Sobre su portada saliente se eleva un pequeño campanario con una cruz, á cuyo lado ondea una bandera. La nave, de madera, está revestida interiormente de tela de algodón. A la izquierda está el púlpito, á la derecha el confesionario, y un harmonium en el fondo del altar. Detrás del altar se hallan la sacristía y un cuartito donde se guardan los libros y los juegos que se entregan á los soldados de la parroquia, pues la capilla de San Mauricio debe ser para la tropa no solo un lugar de enseñanza, sino también de recreo. El recinto que la rodea, donde juegan los soldados, será próximamente un bonito jardín.

Se ha previsto el tiempo lluvioso. En tales días, la nave de la capilla, separada del altar por un gran cortinaje, se transformará en una espaciosa sala de recreo, que se calentará en el invierno con un gran calorífero procedente de las ambulancias y regalado por el conde Serrurier, vice-presidente de la Sociedad de socorros á los heridos.

La capilla de San Mauricio ha sido consagrada el 14 de agosto último. Uno de nuestros dibujos representa esta ceremonia, presidida por el archidiacono de Nuestra Señora, M. Langenieux, quien entregó á M. Binz 200 francos para la adquisición de un cuadro que represente á San Mauricio.

P. P.